

I. AGUSTÍN, UN HOMBRE DE IGLESIA.

Una de las claves de interpretación de la vida y de la doctrina del hombre Agustín es, sin ninguna duda, su concepción de la Iglesia y el trabajo que ha desarrollado en favor de ella. Sin pretender una exposición exhaustiva de todas las implicaciones eclesiales y evangelizadoras del ministerio del Obispo de Hipona, en este estudio se ofrece al lector una aproximación a los distintos campos en los que este hombre se empeñó de forma decisiva en el servicio a la Iglesia; el fundador, polemista, reformador, pastoralista, sacerdote, predicador de la palabra, hombre de todos y contemplativo, está visto en y desde la Iglesia, unas veces defendiendo su causa ante todos aquellos que ponían en peligro la unidad, y otras, exponiendo su doctrina para el progreso de sus fieles.

Agustín es en la Iglesia, antes que nada, un amigo, un confidente sincero que cuenta sus experiencias. A Agustín le conocemos sobre todo porque él mismo nos cuenta cómo perdió la fe y fue de error en error, cómo volvió a la verdad, a la "católica", como gusta llamar a la Iglesia, cómo pasó, renunciando a toda esperanza terrena y a toda ambición, de ser un profesor con aspiraciones de puestos y honores, a siervo de Dios y de la Iglesia. Puede ser interesante contemplar a este Agustín de Iglesia, a este Agustín servidor y con conciencia clara de ser hijo de esta Madre.

Agustín conoció el racionalismo que rechaza toda fe, el materialismo incapaz de concebir el espíritu, el escepticismo que ve cortado todos los caminos para poder dirigir su vida (cfr. Confesiones 6,11,18); se sintió derrotado, mascó el polvo de lo absurdo, sin norte, sin guía, experimentó la rebeldía de su voluntad y la tragedia mas honda de una vida sin sentido; cuando más insatisfecho se encontraba, sintió el latigazo de la gracia y temblando, entre lágrimas, en un jardín de la ciudad de Milán, su corazón se purificó en aquellas palabras de S. Pablo: "No en comilonas y embriagueces, no en lechos y en liviandades, no en contiendas y emulaciones, sino revestíos de Nuestro Señor Jesucristo y no cuidéis de la carne con demasiados deseos" (Romanos 13,13). Aquí, en este jardín de Milán, ha tenido lugar una de las experiencias más interesantes de la historia del cristianismo. Pero aquí no termina todo, se puede decir que es aquí donde nace Agustín como hombre de Iglesia y para el pueblo. A partir de este momento sólo una realidad atrae la atención de Agustín: la Iglesia.

El hombre que no se conforme con el "poema", grandioso sin duda, de las Confesiones y quiera penetrar en el Agustín auténtico, se encontrará con un hombre apasionado por la Iglesia, su pasión es la "pasión" de la Iglesia; este es el sentido de sus palabras: "Esclavo soy de la Iglesia, máxime de sus miembros más débiles, sin que importe saber qué clase de miembro soy yo mismo" (El trabajo de los monjes 29,37). Sin la Iglesia no se puede entender a Agustín. Antes que fundador, polemista, reformador..., Agustín es el siervo de Dios que le preocupa sobremanera la unidad de la Iglesia, mejor dicho, si es fundador, polemista, reformador, pastor, es por la Iglesia y para la Iglesia; incluso, no está descaminado el afirmar que si es un gran pensador y teólogo, es por ser hombre-Iglesia y al servicio de la Iglesia. De aquí nace su obra, de aquí cobra sentido su vida.

1. Agustín fundador.

Sin lugar a dudas, la Iglesia ocupa el centro de interés de Agustín. Si pensamos en su fundación, la dimensión eclesial está bastante clara. Ciertamente ha habido una evolución, ha ido madurando y, posiblemente, en un primer momento ni él mismo se daba perfecta cuenta de lo que estaba haciendo por la Iglesia africana, pero, ya antes de instalarse en Tagaste, buscaba el lugar más a propósito para servir a Dios (cfr. Confesiones 9,8,17).

En una Iglesia como la africana en la que la unidad está amenazada por las divisiones internas (pensemos en los donatistas y demás sectas que tenían su asiento en suelo africano), donde la caridad de Cristo está en peligro de perder su fervor (no olvidemos que después de las conversiones en masa, debidas a la paz del imperio, se habían relajado las costumbres), Agustín pretende que sus seguidores sean cristianos comprometidos que garanticen la unidad de la Iglesia y la defiendan por encima de todo. Agustín quiere que en sus comunidades resplandezca la unidad de la Iglesia: "Pensad que calamidad es esta: ahora que nos gozamos en la unidad por los donatistas, lamentamos cismas internos en el monasterio" (Epístola 211,4). Esta comparación Iglesia-monasterio es, sin duda, intencionada, como se puede ver con más claridad cuando Agustín, comentando el episodio del paralítico que se cura en la piscina, dice: "Bajaba uno y no bajaban más. Uno solo se curaba, el cual simbolizaba la unidad de la Iglesia. Con razón ultrajan el nombre de unidad quienes se apartan de ella. Con razón ven con malos ojos el nombre de monjes, porque ellos no quieren habitar en unión con los hermanos" (Comentario al salmo 132,6).

Si al principio de la fundación no se ve con mucha claridad esta orientación, cuando Agustín se ha visto obligado a abrirse a la eclesialidad adquiere toda su dimensión. No hay duda alguna que cuando Agustín comprende lo que es la Iglesia, cuando descubre sus necesidades, cuando la ve como prolongación del misterio de Cristo en la historia, también en los monasterios se da esta apertura y se mira a la Iglesia como punto de referencia de su ser y de su actuar. En estos momentos Agustín se da cuenta con más claridad que es necesario que sus monjes se preparen para ser auténticos soldados de Cristo y de la Iglesia, es consciente que tiene que preparar a los apóstoles para que se pongan incondicionalmente al servicio de la Iglesia, de hecho, numerosos obispos del norte de Africa de este tiempo saldrán de los monasterios de Agustín (Cfr. Posidio, Vida 11).

A un joven que manifiesta deseos de ser monje, pero que se opone su madre, Agustín le escribe una carta (Epístola 243) que merece la pena ser leída con detenimiento, puesto que es un documento imprescindible para saber lo que Agustín piensa de sus monasterios. Agustín, en dicha carta, presenta a este joven el ideal eclesial, la necesidad que tiene esta Madre de miembros que se dediquen en cuerpo y alma a la labor de evangelizar, la necesidad de nuevos predicadores bien preparados, la urgencia que tiene de auténticos hijos dispuestos a defenderla ante los ataques de los herejes: "Esta Madre, difundida por todo el orbe, se ve agitada por variados y múltiples ataques del error: algunos hijos abortivos ya no dudan en luchar contra ella con armas desenfrenadas. Por la cobardía y pesadez de algunos que tiene que llevar en su regazo, se lamenta de que sus miembros se resfrían en muchos lugares y se hace menos capaz de llevar a sus pequeños" (Epístola 243,8).

La Iglesia ha de ser también el criterio para saber lo que tienen que hacer los monjes, de tal manera que los intereses de la Iglesia han de estar por encima de los intereses personales de cada uno: "No antepongáis vuestro ocio a las necesidades de la Iglesia, pues si

no hubiese buenos ministros que se determinasen a asistirle, cuando ella da a luz no hubiésemos encontrado medio de nacer". Y un poco antes había dicho: "Si la Iglesia reclama vuestro concurso, no os lancéis a trabajar con orgullo ávido ni huyáis del trabajo con torpe desidia" (Epístola 48,2).

La razón de esta orientación es, a los ojos de Agustín, bien sencilla: todo cristiano tiene que estar disponible para el ministerio: "Si alguno es llamado por la Iglesia y rehuye aceptar el ministerio será despreciado con razón y justicia por la misma Iglesia" y es que "quien retiene la fe evangélica de modo que le sirva de provecho a él pero sin rehuir aprovechar a la Iglesia, es el que va calzado de los dos pies. En cambio, quien estima que ya se ha asegurado a sí mismo pues ha creído, y no se preocupa de ganar a otros, no sólo quedará simbolizado en aquel que está descalzo de un pie, sino que llevará en sí mismo el oprobio de la descalcez" (Contra Fausto 32,10).

Es más, según Agustín, el que no quiera quedarse estéril, en el símil de Raquel y Lía, es necesario que despose a Lía, que viva en el apostolado. En el libro 22 Contra Fausto expone ampliamente esta idea. Viendo las necesidades de la Iglesia, es necesario aceptar el gobernar el pueblo, por mucho que estén enamorados y deseosos de contemplar la verdad en el ocio. En el texto parece que Agustín está hablando de sí mismo, de propia experiencia: "¿Qué es lo que pretendía en su corazón el religioso, qué ilusión acariciaba cuando la gracia le purificó de sus pecados sino la búsqueda de la sabiduría? Los hombres huyen del siglo y corren a refugiarse en el retiro para alcanzar la contemplación. Quieren desposarse con Raquel (contemplación) y no con Lía (apostolado), lo mismo que Jacob. Pero a veces les acontece lo mismo que a Jacob: Lía, que por sí misma no es amable, debe ser aceptada por razón de su fecundidad entonces el siervo de Dios tiene que tolerar su propia unión con Lía y servir otros siete años por Raquel, que es de quien está enamorado. Viene huyendo del siglo en busca de la contemplación, cuando de repente le hacen víctima de un trueque doloroso: le obligan a aceptar un ministerio eclesiástico; le imponen un servicio; le obligan, como si dijéramos, a casarse con Lía. Entonces el siervo de Dios se entrega fervorosamente al servicio del apostolado. Las gentes ponderan su proselitismo ardoroso, pero..., al mismo tiempo, ponderan en su presencia el bien del monacato, aquella contemplación o Raquel por cuyo amor había vuelto las espaldas al mundo y en cuyo camino se interpuso el ministerio público. Este siervo de Dios lo oye todo, propala afanosamente la buena fama de los monasterios y mientras él tiene que contentarse con la compañía de Lía, hace cuanto está de su parte para que Raquel disfrute la hermosura y fragancia de los frutos que apetece" (Contra Fausto 22,58).

2. Agustín polemista.

Un gran capítulo de la vida y de la obra de Agustín lo ocupa, sin duda, su labor de defensa y polémica contra los herejes que amenazaban a la Católica. Lo que más sobresale en el Agustín polemista es su amor a la Iglesia y su delicadeza para los hombres que están en el error. Maniqueos, donatistas, pelagianos, arrianos, paganos..., fueron invitados por Agustín a integrarse en la Iglesia, a descansar en la verdad.

Desde el púlpito en sus sermones, a través de sus cartas, en disputas públicas, a través de libros..., y con todos los medios de que disponía y puede uno imaginar, Agustín luchaba

incansablemente exponiendo los errores de los herejes, desmenuzando la doctrina católica explicando las verdades.

Con relación a los maniqueos, Agustín, acordándose de su propia experiencia, teme por los cristianos poco preparados y está dispuesto a exponer sus doctrinas y refutarlas para que nadie más sea engañado. En un momento determinado, refutando a Fausto, se dirige a la Iglesia para que no se deje engañar de las astucias maniqueas: "¡Oh Iglesia católica, verdadera esposa del verdadero Cristo, guárdate mucho, como ya lo haces, de la impiedad maniquea. Ella me arrancó en otro tiempo de tu seno; después yo pude huir, instruido por una experiencia que no debería haber tenido. Sin el socorro de tu fiel Esposo, de cuyo costado procedes, que me rescató con su sangre, hubiera sido sumido en el abismo del error y devorado irrevocablemente por la serpiente. No te dejes engañar por esta palabra: Verdad. Sólo tú la posees en tu leche y en tu pan; los maniqueos únicamente tienen el vocablo. Ciertamente puedes estar segura de tus hijos mayores, pero tiemblo por los pequeños, mis hermanos, mis hijos, mis señores, por estos pequeñuelos que tú calientas, como huevos, bajo tus alas ansiosas, que nutres con tu leche, ¡oh tú, fecunda y siempre pura, oh virgen madre!" (Contra Fausto 15,3).

A pesar de que con los maniqueos tiene razones suficientes para ser duro, no en vano estuvo nueve años atrapado en sus redes, sin embargo, posiblemente acordándose de la paciencia que tuvieron con él personas como Ambrosio, Mónica..., les habla con el corazón en la mano, sin reproches; comprende como nadie lo difícil que es estar en el error sin encontrar caminos de salida. De hecho, les dice que la experiencia que ha vivido le impide ser cruel con ellos, pero les invita a una discusión pública: "Sean crueles con vosotros quienes ignoran con cuánta fatiga se halla la verdad y cuán difícilmente se evitan los errores. Sean crueles con vosotros quienes ignoran cuán raro y arduo es superar las imaginaciones de la carne con la serenidad de una mente piadosa. Sean crueles con vosotros quienes ignoran cuán difícil es curar el ojo del hombre interior para que pueda ver el sol que le es propio... Sean crueles con vosotros quienes ignoran tras cuántos suspiros y gemidos acontece el poder comprender, por poco que sea, a Dios. Finalmente, sean crueles con vosotros quienes nunca se vieron engañados en error tal cual es ese en que os ven a vosotros. Pero yo, que, errante por tanto tiempo, puede ver al fin en qué consiste esa verdad que se percibe sin relatos de fábulas vacías de contenido; yo, que, miserable, apenas merecí superar, con la ayuda del Señor, las vanas imaginaciones de mi alma...; yo, que tanto tiempo lloré para que la sustancia inmutable e incapaz de mancillarse se dignase manifestarse a mi interior, testimoniándola los libros divinos; yo, en fin, que busqué con curiosidad, escuché con atención y creí con temeridad todas aquellas fantasías en que vosotros os halláis enredados y atados por la larga costumbre y que me afané por persuadir a cuantos pude y defendí con animosidad y terquedad contra otros; yo en ningún modo puedo ser cruel con vosotros a quienes ahora debo soportar como en otro tiempo a mí mismo, y debo usar con vosotros de la misma paciencia que usaron conmigo mis cercanos cuando erraba, lleno de rabia y ceguera, en vuestra doctrina" (Réplica a la carta llamada del Fundamento 2-3).

Con relación a los donatistas, que por naturaleza le repugnaban por ir contra la unidad, no pretende que sean obligados por la fuerza a entrar en la Iglesia, sino que sea la misma verdad patente la que fuerce a ser aceptada y venza: "Dios a quien están patentes los arcanos del humano corazón, sabe que cuanto más amo la paz cristiana, tanto más me conmueven las hazañas sacrílegas de aquellos que perseveran indigna y perversamente en el

cisma. Pero esa conmoción de mi espíritu es pacífica; no trato de que nadie sea obligado por la fuerza a entrar en la comunión católica, sino de que la verdad evidente se patentice a todos los que yerran, para que por mi ministerio y con el auxilio de Dios, la misma verdad manifiesta se haga abrazar y seguir" (Epístola 34,1).

Lo único que pretende Agustín es llevar a todos a Cristo, por esto lucha, por esto sufre y trabaja, nada le importa con tal de ganar las almas para el autentico Pastor. Su actitud para con los donatistas y con todos los que están alejados de la Iglesia católica, puede quedar resumida en estas sinceras palabras: "Por eso sudamos (por la verdad), por eso trabajamos, por esto peligramos de continuo entre sus armas y las cruentas furias de los Circunciliones. Y toleramos con cierta paciencia dada por Dios a los que aun restan, mientras el árbol busca el ramo, mientras el rebaño busca la oveja perdida del redil de Cristo. Si estamos dotados de entrañas pastorales, debemos aventurarnos por cercados y espinos. Con los miembros lacerados busquemos la oveja y llevémosla de nuevo con alegría al Pastor y príncipe de todos" (Sobre el debate con Emérito 12).

Pensemos que el texto anterior ha sido escrito al rededor del año 418, es decir, cuando ya estamos al final de la controversia donatista y, por tanto, podemos considerarlo como la actitud fundamental de Agustín hasta el final, incluso después de aceptar la intervención civil en materia religiosa.

Ciertamente, por tomar esta postura, por no querer que se pierda nadie, Agustín es considerado un enemigo, es más, ha recibido amenazas de muerte y vive en peligro continuamente; en una ocasión, una equivocación de camino le libró de un atentado (cfr. Posidio, Vida 12), pero Agustín no puede callar, está obligado por la caridad, así se lo dice a los mismos donatistas: "No me permite callar la caridad de Cristo, para quien deseo conquistar a todos los hombres, en cuanto depende de mi voluntad. Si me odiáis porque os predico la paz católica, yo sirvo al Señor... He aquí las Escrituras comunes, he aquí donde reconocemos a Cristo, donde reconocemos a su Iglesia. Si aceptáis a Cristo, ¿por qué no aceptáis a su Iglesia? Si por la verdad de las Escrituras creéis en Cristo, a quien leéis, pero no veis, ¿por qué negáis a la Iglesia, a quien leéis y veis? Por deciros esto y por estimularos a este bien de la paz, de la unidad y de la caridad, me hice enemigo vuestro. Y ahora me enviáis a decir que me mataréis porque os digo la verdad, porque empleo todas mis fuerzas en no permitir vuestra perdición. Dios me vengará de vosotros, matando en vosotros vuestro error, para que gocéis conmigo de la verdad" (Epístola 105,1 y 17).

Los pelagianos, por otra parte, negaban la misma experiencia de conversión de Agustín, que siempre la considera como una grandiosa obra de la gracia. Los pelagianos le dieron la ocasión de desarrollar de forma ordenada las ideas que desde su conversión tenía ya claras. Agustín desde el primer momento se vio obligado a enfrentarse con estos negadores de la gracia, pero lo hizo con toda la delicadeza, silenciando el nombre para que fuese más fácil la conversión: "También nosotros le amábamos antes y le amamos ahora, pero antes de un modo y ahora de otro. Antes porque nos parecía recta su fe; ahora, para que por la misericordia de Dios se libre de las falsedades que, según dicen, opina contra la gracia de Dios... Uno de nosotros contestó y discutió ese libro (De natura), aceptando el ruego de los remitentes, porque creíamos que así debía ser, callando el nombre del autor para que no se diera por ofendido y la herida fuera incurable... Verás que hemos guardado respecto de

Palagio la moderación que debíamos para que no fuera condenado si él condenaba la maldad" (Epístola 186,1-3).

En toda esta lucha Agustín lo que pretende es defender la Iglesia de Cristo y ponerse a su servicio; con relación a los pelagianos, se somete a lo que diga la Iglesia: "Ya van mandadas sobre este particular a la Sede Apostólica las actas de dos concilios; también vinieron de allá contestadas. El asunto está concluido; plegue a Dios concluya pronto el error" (Sermón 131,10).

Así resume su biógrafo Posidio el hacer de Agustín en defensa de la Iglesia: "Y enseñaba y predicaba privada y públicamente, en casa y en la Iglesia, la palabra de la salud eterna contra las herejías de Africa, sobre todo contra los donatistas, maniqueos y paganos, combatiéndolos, ora con libros, ora con improvisadas conferencias, siendo esto causa de inmensa alegría y admiración para los católicos, los cuales divulgaban donde podían a los cuatro vientos los hechos de que eran testigos. Con la ayuda, pues, del Señor, comenzó a levantar cabeza la iglesia de Africa, que desde mucho tiempo yacía seducida, humillada y oprimida por la violencia de los herejes, mayormente por el partido donatista, que rebautizaba a la mayoría de los africanos. Y estos libros y tratados se multiplicaban con maravillosa ayuda de lo alto, y apoyados como estaban con gran copia de razones y la autoridad de las Santas Escrituras, interesaban grandemente a los mismos herejes, los cuales iban a escucharle mezclados con los católicos; cualquiera, según quiso y pudo, valiéndose del servicio de los estenógrafos, tomaba por escrito lo que decía. Comenzó, pues, a difundirse por toda el Africa su doctrina y el olor suavísimo de Cristo, llegando su noticia y alegría a la iglesia de ultramar; pues así como cuando padece un miembro, todos los miembros se compadecen, también cuando es glorificado uno, todos los demás participan de su gozo" (Posidio, Vida 7).

3. Agustín reformador.

Cuando en el año 391 Agustín fue hecho sacerdote se da cuenta que en la Iglesia de la que es pastor hay costumbres que dejan mucho que desear, se encuentra con fieles tibios, y con un clero poco preparados... Agustín comprende que es necesario una reforma en profundidad y, así, desde el año que siguió a su ordenación, se hace cargo de su función de reformador entre los fieles y el clero. En la carta 22, dirigida a Aurelio, encontramos un documento digno de un análisis detenido para comprender esta faceta de Agustín.

Comienza la carta exponiendo el motivo de la misma: "Me decidí a contestarte, hablando de un asunto de mayor interés, tanto para tu dignidad como para mi cooperación y digno de nuestro celo por el Señor y por el gobierno eclesiástico" (Epístola 22,1,1).

Curiosamente Agustín parte del texto de San Pablo que ya hemos citado, a través del cual, en el jardín de Milán, recibió el toque amoroso de Dios que produjo como fruto su conversión: "No en comilonas y embriagueces, no en fornicaciones e impurezas, no en disputas y fraudes..." (Rom. 13,13). Y Agustín le dice que una de las cosas que más admiración le causa es que de los tres géneros de vida detestables que nos presenta el Apóstol, sólo el segundo es castigado en la Iglesia con extremo rigor, mientras que los otros dos "parecen tolerables a los hombres. Así, poco a poco puede llegar a acaecer que no sean considerados siquiera como viciosos" (Epístola 22,2).

A partir de este planteamiento y toda la primera parte de la carta, Agustín se dedica a llamar la atención de Aurelio sobre el primero de los aspectos que suponía una vergüenza para la iglesia africana. Se trata de los banquetes que, con ocasión de las fiestas de los mártires, se desarrollaban en sus tumbas. El origen de estos abusos fue debido, según Agustín, a la conversión en masa de los paganos: "Les hice ver que después de tantas y tan crueles persecuciones, al retornar la paz, multitud de gentiles querían recibir el nombre de cristianos; pero se veía impedida por su costumbre de celebrar las fiestas de los ídolos con festines abundantes y embriagueces. No podía abstenerse con facilidad de sus torpísimas e inveteradas diversiones. Entonces les pareció a nuestros mayores que se debía transigir con esta debilidad, permitiendo a los neófitos celebrar las fiestas en honor de los santos mártires, en substitución de las que dejaban; el exceso sería igual, pero menor el sacrilegio. Una vez que estuviesen reunidos bajo el nombre de Cristo y sometidos a tan alta autoridad, se irían instruyendo en los saludables preceptos de la sobriedad y ya no se atreverían a resistir, por el honor del Señor, que se los mandaba observar" (Epístola 29,10).

Agustín piensa que es Aurelio el más apropiado para iniciar esta reforma, porque si el Primado de Cartago lo hace, todos los demás obispos le seguirán. Después se permite el lujo de dar algunos consejos acerca del modo con el que se debe proceder para atajar este vicio, le dice: "Estos abusos no se atajan, a mi entender, con asperezas, rigor y modos imperiosos. Más bien que mandar, hay que enseñar, más bien que amenazar, hay que amonestar. Con el pueblo hay que proceder así, reservando la severidad para el pecado de los pocos. Si nos vemos en la precisión de amenazar, hagámoslo con dolor, anunciando con textos bíblicos la venganza futura, para que el pueblo tema a Dios y no a nosotros por nuestra propia autoridad. De este modo se impresionarán los varones espirituales y los que se avecinan a los espirituales, y con la autoridad de éstos y con sus advertencias suaves, pero insistentes, el pueblo se rendirá" (Epístola 22,5).

Será el mismo Agustín el encargado de desterrar de sus fieles de Hipona el abuso que señalaba en esta carta. En la carta 29 escrita a Alipio unos años después de la de Aurelio, le comunica como logró quitar este vicio. Agustín empleó los medios que tenía a su disposición, todos los recursos de la retórica y toda su ciencia y la misma táctica que le exponía a Aurelio.

La verdad es que fue una batalla dura, nada fácil, incluso llegó un momento en que se sintió fracasado y piensa seriamente que está equivocado y lo mejor que puede hacer es retirarse a la soledad; a esto parece que hace alusión en sus Confesiones, cuando dice: "Aterrado por mis pecados y por el peso enorme de mi miseria, había tratado en mi corazón y pensado huir a la soledad; mas tú me lo prohibiste y me tranquilizaste diciendo: 'Por eso murió Cristo por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió por ellos'" (Confesiones 10,43,70). De hecho, en esta carta a Alipio le dice que estaba dispuesto a huir si no veía un cambio notable en sus fieles: "Me determinaba, si mantenían su opinión, a leerles aquel pasaje del profeta Ezequiel: 'Queda absuelto el explorador si reveló el peligro, aunque aquellos a quienes lo anunció no quieran evitarlo'; y luego a sacudir mis vestidos y marcharme" (Epístola 29,8). Lo cierto es que no tuvo necesidad ni de amenazarles ni de huir; logró que sus fieles cambiasen de opinión y se desterrase esta costumbre de sus vidas.

En la última parte de la carta 22, Agustín le presenta a Aurelio el tercer género de vida detestable que cita el Apóstol en el texto visto, y que está más presente en el clero que en los

fieles. Se trata del amor excesivo a las alabanzas: "¿Qué te diré ahora acerca de las contiendas y del dolo cuando estos vicios son entre nosotros más graves que entre el pueblo? La madre de todas estas enfermedades es la soberbia, la avidez de alabanzas humanas, de la que nace igualmente la hipocresía" (Epístola 22,2,7). Para vencer este vicio, Agustín presenta en una pincelada el remedio más apropiado: "Nadie la vencerá si no se penetra de temor y amor de Dios con la frecuente lectura de los libros divinos. Quien así lee, muéstrase modelo de paciencia y humildad, no acepte ni entera ni parcialmente las alabanzas de los que le honran; si acepta algo de los hombres, hágalo no por sí propio, pues debe vivir íntegro en la presencia de Dios y debe desdeñar todo lo terreno, sino por ellos mismos, ya que no podrá servirlos si se rebaja con exceso" (Epístola 22,2,7).

En este momento Agustín está pensando en una reforma en serio del clero; el vicio que presenta a Aurelio es solamente un botón de muestra, él pretende llegar mucho más a fondo, y es que "hay muchas cosas que lamentar en nuestra vida y conducta, pero no quiero confiártelas por escrito, si hay posibilidad de que entre mi corazón y el tuyo no haya otros intermediarios que mis labios y tus oídos" (Epístola 22,2,9). Posiblemente responda a este deseo de reforma del clero, lo que siendo obispo hizo con los clérigos de Hipona: instituir la vida común para todos. De esa manera podían recibir una instrucción mejor; es más, leyendo los sermones 355 y 356, todo hace suponer que el "Episcopio" era también una especie de seminario donde se formaban los futuros sacerdotes viviendo en perfecta vida común con comunidad de bienes.

Sería falso decir que Agustín se ha colocado por encima del bien y del mal y está condenando defectos y vicios de sus fieles y de sus compañeros en el presbiterado; más bien, tenemos que concluir que al primero que analiza es a sí mismo; él es el primero que quiere corregirse y que está luchando contra estos vicios: "Leyendo lo restante de su carta 22 a Aurelio, se llega a la evidente conclusión de que la primera persona a quien Agustín está hablando en este contexto es a él mismo. En cuanto a Aurelio se refiere, Agustín dice: Me siento seguro de tu fortaleza interior. Y así las palabras que te estoy escribiendo, me las aplico a mí mismo. Pero estoy seguro de que tu estas dispuesto a considerar conmigo lo serio y lo difícil que todo esto resulta. Porque nadie se da cuenta de la fortaleza de este enemigo, mientras no ha habido una declaración de guerra... Únicamente deberíamos sentirnos felices, si realmente somos, según el juicio de Dios, lo que la gente piensa que nosotros somos, y si las cualidades que ellos rectamente aplauden en nosotros, no son atribuidas a nosotros mismos, sino a Dios, que es el dador de todas las cosas. Eso es lo que me digo a mí mismo todos los días. O más bien, eso es lo que Dios mismo me dice todos los días. El es quien me da los preceptos salvíficos que se encuentran en las Sagradas Escrituras o que están presentes en el interior del alma. Pero, concluye Agustín, eso no me evita el recibir frecuentes heridas en mi violento combate contra el Adversario. No siempre tengo éxito en arrojar de mí el placer que me produce una lisonja. San Agustín no hubiera podido ser más claro sobre los peligros que él temía en el sacerdocio"¹.

¹. Luc Verheijen, ¿Por qué lloró S. Agustín, cuando fue ordenado sacerdote?, en La Búsqueda de Dios. Publicaciones agustinianas, Roma 1981, p.204.

4. Agustín pastoralista.

Para conocer al Agustín hombre de Iglesia en toda su profundidad, es necesario mirar a lo que él piensa del ministerio pastoral, a la imagen de presbítero que tiene Agustín y a lo que piensa que es la función del obispo. Al poco tiempo de su ordenación sacerdotal, en el 391, escribe una carta confidencial, llena de veneración y ternura, dirigida a su anciano obispo. En esta carta se pueden percibir los sentimientos íntimos que tiene en este momento y el alto concepto del ministerio clerical, pero, a la vez, los graves peligros que rodean al sacerdote. Su lenguaje revela esta admiración y este temor, que no son solamente del momento, sino que le acompañaran a lo largo de su vida: "Pido, ante todo, que tu religiosa prudencia considere que en esta vida, máxime en estos tiempos, nada hay más fácil, más placentero y de más aceptación entre los hombres que el ministerio de obispo, presbítero o diácono, si se desempeña por mero cumplimiento y adulación. Pero, al mismo tiempo, nada hay más torpe, triste y abominable ante Dios que la tal conducta. Del mismo modo, nada hay en esta vida, máxime en estos difíciles tiempos, más gravoso, laborioso y peligroso que la obligación del obispo, presbítero o diácono. Tampoco hay nada más santo ante Dios, si se milita en la forma exigida por nuestro emperador. Yo ni en mi infancia ni en mi adolescencia aprendí qué forma es ésta. Cabalmente en la hora en que comenzaba a enterarme, se me hizo violencia por mérito de mis pecados, pues no hallo otra explicación. Se me forzó a ser el segundo de a bordo, cuando ni de empuñar el remo era capaz" (Epístola 21,1).

Desde hace tiempo sabe Agustín que es peligroso estar al frente de otros hombres. En un precioso texto de tinte filosófico y en clave de formación de la juventud, al poco tiempo de su conversión, lo dice: "No busquen los cargos de la administración del Estado sino los perfectos. Y traten de perfeccionarse antes de llegar a la edad senatorial, o mejor, en la juventud" (Del orden 2,8,25). Pero ahora, cuando se refiere a la administración eclesiástica, le parece mucho más peligroso; es más, en este campo, ya no se puede hablar de cargos, sino de asumir responsabilidades públicas en la Iglesia. Esto en apariencia es un honor, pero visto en su sentido profundo es una pesada carga: "A nosotros, pues, toca la solicitud, a vosotros la obediencia; a nosotros la vigilancia, a vosotros la humildad del rebaño. Aunque nos estéis viendo dirigiros la palabra desde un sitio superior al vuestro, estamos espiritualmente debajo de vuestros pies, porque sabemos cuán peligrosa responsabilidad trae aneja la silla esta, en apariencia tan honorífica" (Sermón 146,1).

La peligrosidad del ministerio procede, sobre todo, de que ante Dios hay que dar cuentas de cómo se ha ejercido: "El nos ayudará a decir la verdad si no decimos cosas de la propia cosecha. Si dijéramos de lo nuestro, seríamos pastores que nos apacentamos a nosotros mismos, y no a las ovejas... Nosotros a quienes el Señor ha puesto, porque así lo ha querido, no por nuestros méritos, en este puesto del que hemos de dar cuentas estrechísimas, tenemos que distinguir dos cosas: que somos cristianos y que somos superiores vuestros. El ser cristianos es en beneficio nuestro; el ser superiores es en el vuestro. En el hecho de ser cristianos, la atención ha de caer en nuestra propia utilidad; en el hecho de ser superiores, no se ha de pensar sino en la vuestra. Son muchos los que siendo cristianos, sin ser superiores, llegan a Dios, quizá caminando por un camino más fácil y de forma más rápida, en cuanto que llevan una carga menor. Nosotros, por el contrario, dejando de lado el hecho de ser cristianos, y según ello, hemos de dar cuenta a Dios de nuestra vida; somos también superiores, y según esto debemos dar cuenta a Dios de nuestro servicio... Puesto que los superiores están puestos para que cuiden de aquellos a cuyo frente están, no deben buscar en

el hecho de presidir su propia utilidad, sino la de aquellos a quienes sirven; cualquiera que sea superior en forma tal que se goce de serlo, busque su propio honor y mire solamente sus comodidades, se apacienta a sí mismo y no a las ovejas" (Sermón 46,2).

Esta conciencia de tener que dar cuenta a Dios de todos sus fieles, a medida que pasaban los años se le hacía más pesada. En un sermón predicado en el aniversario de su ordenación episcopal, se lo dice así de claro a sus fieles: "El día de hoy, hermanos, me invita a reflexionar más detenidamente sobre la carga que llevo encima. Aunque debo pensar día y noche sobre su peso, no sé cómo esta fecha de mi aniversario la arroja sobre mis sentidos, de modo que no puedo evitar el pensar en ella. Y en la medida en que los años progresan, o, mejor, regresan, y nos acercan más al último día, que, sin duda, ha de llegar alguna vez, el pensamiento sobre la cuenta que he de dar a Dios nuestro Señor por todos vosotros me resulta cada vez más vivo y penetrante y más doloroso. Entre cada uno de vosotros y yo, ésta es la diferencia: vosotros casi no tenéis que dar cuenta más que de vosotros mismos, mientras que yo tengo que darla de mí y de todos vosotros. En consecuencia, es mayor la carga, que, bien llevada, comporta una mayor gloria; pero, ejercida sin fidelidad, precipita en el más terrible de los suplicios" (Sermón 339,1).

Esta conciencia de los peligros que lleva consigo el ministerio pastoral, fueron la causa de las lágrimas que derramó en su ordenación (cfr. Epístola 21,2), al menos esto es lo que nos dice su biógrafo: "Aquel varón de Dios, como lo se por confidencia suya, elevándose a más altas consideraciones gemía por los muchos y graves peligros que veía cernirse sobre sí con el régimen y gobierno de la Iglesia; y por eso lloraba" (Posidio, vida 4).

Continuando con la carta 21, Agustín cree que es por sus pecados y por su presunción por lo que Dios le confió el puesto apostólico. Confiesa que a veces juzgó severamente a los encargados de dirigir la barca de Cristo; en cambio, él, ahora, se siente débil, limitado, poco preparado... Por eso, le pide a Valerio, su obispo, unos meses de preparación, sobre todo leyendo, meditando y estudiando las Sagradas Escrituras: "Sé de cierto que debo estudiar todas las medicinas contenidas en sus Escrituras y dedicarme a la oración y a la lectura. Debo adquirir para tan peligroso puesto la oportuna salud del alma mía. No la adquirí antes porque no tuve tiempo para ello. Fui ordenado justamente cuando buscaba ocasión y espacio para meditar la Sagrada Escritura; ya me estaba dando traza para buscarme el ocio con esa finalidad. Aun no conocía bastante mi deficiencia en ese aspecto, y ahora me atormenta y aterra. Mas, ya que los hechos me han dado experiencia de lo que necesita un hombre para distribuir al pueblo el sacramento y la palabra de Dios, no me es posible en la actualidad adquirir lo que reconozco que me falta. ¿Quieres, pues, que yo perezca, padre Valerio? ¿En dónde está tu caridad? ¿De cierto me amas? ¿De cierto amas a la Iglesia, a cuyo ministerio me has dedicado? Seguro estoy de que nos amas a mí y a ella. Pero me juzgas preparado. Yo, sin embargo, me conozco mejor" (Epístola 21,3).

Desde el primer momento Agustín quiere realizar el concepto de sacerdote de Cristo y se da cuenta que lo fundamental es prepararse seriamente para esto. Para él el sacerdote es el hombre de Dios, que tiene la sagrada misión de dispensar a los hombres los tesoros que Dios le ha encomendado: el Evangelio, los sacramentos, la gracia, y dispensarlos con generosidad y dedicación: "Me atrevo a confesar que conozco lo que atañe a mi propia salud. Mas ¿cómo he de administrarlo a los demás sin buscar mi propia utilidad, sino la salvación de los otros? Quizá haya ciertos consejos en los Sagrados Libros (y no cabe duda de que los hay), cuyo

conocimiento y comprensión ayudan al hombre de Dios a tratar con más orden los asuntos eclesiásticos, o por lo menos a vivir con sana conciencia entre las manos de los impíos, o a morir por no perder aquella vida por la que suspiran los corazones cristianos, humildes y mansos. ¿Cómo puedo conseguir eso sino pidiendo, llamando y buscando es decir, orando, leyendo y llorando, como el mismo Señor preceptuó?" (Epístola 21,4).

Para Agustín está claro que el presbítero, el obispo, es decir, todo ministro debe tener una preparación seria, no se puede ejercer esa misión a la buena de Dios: "Entre otras cosas dice (el apóstol) que el obispo ha de ser poderoso en doctrina sana para que pueda refutar a los contradictores. Gran tarea es, carga pesada, ardua pendiente... No hay cosa que haga más perezoso al dispensador de Dios para refutar a los contradictores que el temor a la palabra dura" (Sermón 178,1).

Pero además de preparación, el ministro necesita el amor, la caridad, sin ella poco sentido tendría su ciencia; es más, en la caridad se comprenden todas las ciencias y toda la Escritura: "¿Qué estudios, qué doctrinas de cualesquiera filósofos, qué leyes de cualesquiera ciudad se podrán comparar con estos dos nuestros mandamientos de los que dice Cristo que penden la ley y los profetas...? Aquí está toda la cosmología, ya que todas las causas de todas las criaturas residen en Dios. Aquí también la ética, ya que la vida buena y honesta se forma cuando se ama a las cosas que deben ser amadas y como deben ser amadas, es decir, a Dios y al prójimo. Aquí está la lógica, puesto que la verdad y la luz del alma racional no es sino Dios..." (Epístola 137,18) Y con relación a la Escritura: "El amor por el que amamos a Dios y al prójimo posee confiado toda la magnitud y latitud de las palabras divinas... Si, pues, no dispones de tiempo para escudriñar todas las páginas santas, para quitar todos los velos de sus palabras penetrar en todos los secretos de las Escrituras, mantén-te en el amor, del que pende todo; así tendrás lo que allí aprendiste e incluso lo que aun no has aprendido. En efecto, si conoces el amor, conoces algo de lo que pende también lo que tal vez no conoces; en lo que comprendes de las Escrituras se descubre evidente el amor, en lo que no entiendes se oculta. Quien tiene el amor en sus costumbres, posee, pues, tanto lo que está a la vista como lo que está oculto en la palabra divina" (Sermón 350,2) Por lo tanto "quien tiene su corazón lleno de amor, hermanos míos, comprende sin error y mantiene sin esfuerzo la variada, abundante y vastísima doctrina de las Sagradas Escrituras" (Sermón 350,1). Esta tensión entre el amor y el temor, hizo de Agustín "uno de los obispos más ejemplares de la cristiandad de todos los tiempos"².

5. Agustín sacerdote.

El sacerdocio es, ante todo, un servicio. Servir a Cristo, ser ministros suyos, desempeñando el ministerio como él lo desempeñó, es la clave para entender el sacerdocio: "Cuando (Cristo) dijo: 'si alguno me sirve, sígame', dió a entender que quería decir: Si alguno no me sigue, este no me sirve. Sirven, pues, a Cristo los que no buscan sus propios intereses, sino los de Jesucristo. Sígame, esto es, vaya por mis caminos y no por los suyos... Si da pan al hambriento, debe hacerlo por caridad, no por jactancia; no buscar en ello nada más que la buena obra, de modo que no sepa la mano izquierda lo que hace la derecha, esto es, que se aleja la codicia de la obra caritativa. El que de este modo sirve, a Cristo sirve... y no

². Capánaga, V., Introducción general a las Obras de S. Agustín, Madrid 1969⁴ p. 33.

solamente el que hace obras corporales de misericordia, sino el que ejecuta cualquier otra obra buena por amor de Cristo, es siervo de Cristo, hasta llegar a aquella magna obra de caridad que es dar la vida por los hermanos, esto es, darla por Cristo... El mismo se dignó hacerse y llamarse ministro de esta obra, cuando dice: 'Así como el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida por muchos'. De donde se sigue que cada cual es ministro de Cristo, por las mismas cosas que lo es el mismo Cristo. Y a quien de este modo sirve a Cristo, su Padre le honrará" (Comentario al evangelio de Juan 51,12).

Para ser servidor como Dios quiere, una de las condiciones elementales es estar dispuesto a todo, incluso a dar la vida. Si el ministro no está dispuesto a dar la vida por sus fieles, no puede decirse que es ministro según Cristo: "Veis que el apacentar las ovejas del Señor incluye el no rehusar morir por ellas... Yo, a la vez que os alimento, me alimento con vosotros; concédame el Señor fuerza para amaros hasta morir por vosotros ya en la realidad, ya en la disponibilidad" (Sermón 296,4 y 5).

El ser servidor implica estar siempre pendiente de lo que Dios le pide, no se trata de agradar a hombre alguno, sino al dueño al que se sirve. Esta es la actitud que Agustín ha tenido: "Es cierto, que soy importuno y me atrevo a decir: Tú quieres errar, tú quieres perderte; yo no quiero. En última instancia, no quiere aquel que me atemoriza... llamaré a la oveja extraviada, buscaré la perdida. Quieras o no, yo lo haré. Y aunque, al buscarla, me desgaren las zarzas de los bosques, pasará por todos los lugares, por angostos que sean; derribaré todas las vallas; en la medida en que el Señor, que me atemoriza, me da fuerzas, recorreré todo. Llamaré a la descarriada, buscaré a la que se pierde. Si no quieres tener que soportarme, no te extravíes, no te pierdas" (Sermón 46,14).

Agustín mismo dice a sus fieles cuál es su disponibilidad para con ellos, lo que pretende y desea, la actitud que tiene en todas sus actividades al servicio de los fieles: "¿Qué pretendo, qué anhelo, por qué hablo, por qué me siento aquí, por qué vivo? Hago todo esto con la sola intención de que vivamos juntos en Cristo. Esta es toda mi ambición, mi honor, mi gozo, toda mi herencia y toda mi gloria. Si no me oís y yo sigo hablando, salvaré mi alma. Pero no quiero salvarme sin vosotros" (Sermón 7,2).

En la carta 26, escrita a Licencio, se descubre todo un alarde de delicadeza, no en vano era el discípulo preferido en su retiro de Casiciaco. Agustín contesta una carta en verso que le había enviado y le dice: "He aquí mi mandato. Entrégate a mí, si es preciso, y después entrégate a mi Señor, al Señor de todos, al mismo que te dio tu ingenio. ¿Qué soy yo mismo sino tu servidor en nombre suyo, tu compañero en su servicio?... Si tú encontrases por tierra un cáliz de oro lo entregarías a la Iglesia. El ingenio que recibiste de Dios es un cáliz espiritual, es de oro; tú lo haces servir para tus concupiscencias, haces beber en él al diablo. Basta, te lo suplico. ¡Ojalá pudieses ver mi dolor al escribir estas líneas! Si no tienes interés alguno por ti, ten, al menos, compasión de mí" (Epístola 26,4 y 6). Pero Agustín no se contenta con esto, sino que pone lo que está de su parte para ganar a Licencio; le invita a visitar a Paulino de Nola. Es más, después de su consagración episcopal, escribe a Paulino y le recomienda a Licencio (cfr. Epístolas 27 y 31).

Esta delicadeza pastoral se nota incluso más en sus sermones, por ejemplo, dirigiéndose a los recién bautizados les dice: "A vosotros, pues, hermanos; a vosotros, hijos; a vosotros, retoños nuevos de la madre Iglesia, os ruego, en nombre de lo que habéis recibido, que pongáis vuestros ojos en quien os llamó, en quien os amó, en quien os buscó cuando estabais perdidos, os iluminó una vez encontrados, para no seguir el sendero de los que se pierden, en quienes desentona el nombre de fieles... Comienza a vivir bien, y verás cuántos se te asocian, te rodean, y de cuánta fraternidad disfrutarás. Además, ¿no encuentras nada que imitar? Conviértete tú en objeto de imitación para otros" (Sermón 228,2).

Además de servir a Cristo, Agustín es consciente que tiene que ser servidor de la verdad: "Útil es para nosotros estar sujetos a' tanta grandeza, servir a la Verdad" (Comentario al evangelio de Juan 58,3). Y servir a la verdad, no es otra cosa que ser sinceros, no buscar recompensa alguna con el servicio: "Las palabras del Señor son palabras puras; dice puras o castas en el sentido de sinceras, esto es, sin depravación de simulación. Muchos predicán la verdad sin sinceridad porque la venden por la recompensa de las comodidades de este mundo. De estos dice el Apóstol que anuncian a Cristo sin recta intención" (Comentario al salmo 11,7).

Todo hombre es siervo de Dios, y será absurdo hacer este servicio de mala gana: "A un tiempo eres siervo y libre: siervo porque fuiste hecho; libre porque eres amado por Dios que te hizo; es más, también eres libre porque amas a aquel por quien fuiste hecho. No sirvas a regañadientes, por que tus murmuraciones no consiguen librarte de la servidumbre, sino que sirvas siendo mal siervo" (Comentario al salmo 99,7).

Pero la conciencia del sacerdote es que es siervo que administra las bienes de su Señor en favor de sus hermanos: "Nuestra tarea no fue otra que dar lo que habíamos recibido; no fuimos nosotros los que dimos, aunque se dio por medio de nosotros. El dinero es del Señor; nosotros somos distribuidores, no donantes. Tenemos un Señor común; repartimos el alimento a nuestros consiervos y nos alimentamos de la misma dispensa. No nos pertenecemos a nosotros mismos, sino a aquel que derramó su sangre como precio por nosotros. Hemos sido redimidos todos al mismo tiempo y a un mismo precio" (Sermón 260 D,2).

Por otra parte, el servicio ministerial, no es un seguro de vida, sino que exige un mayor esfuerzo, exige ir por delante, ser los primeros en cumplir, y es que, como afirma el mismo Agustín, "el ser dispensador de la salud por la palabra y los sacramentos no es todavía el ser partícipe de ella" (Epístola 161,2).

Esta conciencia de que tiene que hacer suyas las palabras que ha de pronunciar, le lleva a alimentarse de lo mismo que da, a sentirse servidor y no maestro, a dar gratis lo que ha recibido y porque lo ha recibido gratis: "Os alimento de lo mismo que yo como; siervo soy como vosotros, no padre de familia; os pongo en la mesa lo mismo de lo que yo vivo, es decir, lo que extraigo del tesoro del Señor, del banquete de aquel padre de familia que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros para que con su pobreza nosotros nos hiciéramos ricos" (Sermón 339,4). El que quiera convertirse en maestro, lo que puede consigue es decir mentira, porque "quien habla mentira, habla de lo suyo" (Sermón 101,4).

6. Agustín predicador de la Palabra.

La actitud fundamental del ideal que Agustín tiene del sacerdote, es servir al pueblo de Dios³. Y en este servicio posiblemente la obligación principal del sacerdote consista en predicar la Palabra de Dios. Para cumplir con esta misión, Agustín recomienda, como primera cosa, identificarse con la Palabra: "Como ministro de la Palabra, sé la voz de la palabra" (Sermón 288,5). Ser portador, por tanto, de la Palabra de Dios, desde la reevangelización de la propia vida. No ser un mero profesional del Evangelio, sino llegar a ser encarnación, voz de la Palabra, del Evangelio: "Parte siempre de su propia convicción de que no podrá ser buen predicador de la Palabra quien no sepa seguir a la escucha de la misma en su interior y en la Escritura"⁴.

Agustín es consciente que es mediador de la Palabra revelada y siente su limitación e incapacidad. Traducir esa Palabra de Dios en palabra del hombre no es nada fácil y exige estar siempre a la escucha, dejar que el Maestro interior hable: "Hablamos nosotros, pero es Dios quien instruye; hablamos nosotros, pero es Dios quien enseña... Nos sentimos deudores de vuestra caridad y os vemos exigiendo nuestra deuda. Como nosotros oramos para que podáis recibirlo, orad vosotros también para que podamos explicároslo. Vaya de acuerdo nuestra oración, y de esta forma Dios os hará buenos oyentes y a nosotros propagadores fieles de la deuda" (Sermón 153,1). Como dice Julián García Centeno, el predicador es ante todo, según Agustín, "orador", porque ora, está de rodillas asimilando la Palabra para poder exponerla conforme a su contenido⁵.

Agustín ora y después habla, "es más, toda su preparación consistía prácticamente en la oración y, en ocasiones, en unos momentos de reflexión. Agustín improvisaba sobre los textos bíblicos que se leían o se cantaban inmediatamente antes"⁶.

Una de las normas elementales de la predicación, que es ser testigo, bien con la palabra, bien con la vida, del evangelio, es no buscar nada, no pretender algún beneficio para el predicador: "Quien predica el Evangelio para ser bien retribuido, piensa que sirve a Dios (pues predica) y al lucro (pues lo hace por él). Y dijo el Señor que eso es imposible. Así, a quien predica el Evangelio con esa finalidad, se le prueba que no sirve a Dios sino al lucro, aunque Dios utilice al predicador para beneficiar a otros en forma que el mismo predicador ignora" (El trabajo de los monjes 26,34).

Como es lógico, el que predica el Evangelio ha de estar muy acostumbrado a olvidarse de sí mismo, a buscar el bien espiritual de los destinatarios de sus palabras y de su misión: "Hay en la Iglesia hombres que, según dice el Apóstol, anuncian el Evangelio por conveniencias, buscando de los hombres su propio medro, ya en dinero, ya en honores, ya en alabanzas humanas. Buscando a toda costa sus personales ventajas, no miran al predicar,

³. cfr. Pintard, *Le sacerdote selon St. Augustin*, p.365.

⁴. Moran, C., *Introducción general a los sermones de S. Agustín*, Madrid 1981, p. 22.

⁵. cfr. J. G. Centeno. *El sacerdote como ministro en San Agustín*, *Revista agustiniana de espiritualidad*, 4, 1963, pp. 375-398 y 5, 1964, pp. 234-246.

⁶. van der Meer, F., *San Agustín, pastor de almas*, Barcelona 1965, p. 531.

tanto a la salud de aquellos a quienes predicán como a sus particulares emolumentos" (Sermón 137,5).

Ser predicador de la Palabra es tomar conciencia de estar puesto como servidor: "Nosotros, por ejemplo, no debemos evangelizar para comer, sino comer para evangelizar; porque si evangelizamos para comer, manifestamos menor aprecio del Evangelio que del alimento, de esta manera será nuestro bien el comer, y nuestra necesidad el Evangelio" (Sermón de la montaña 2,16,54). No es posible convertir la evangelización en una profesión para vivir, esto sería hacer vanal el Evangelio: "No busquen, por lo tanto, su comodidad; pudiera parecer que anuncian el Evangelio para hacer frente a su penuria. Preparen para los hombres, que deben ser iluminados, la luz de la palabra de la verdad. Son como lámparas... No se trata de hacer vanal al Evangelio, como si él fuera el precio de aquello que consumen quienes lo anuncian para tener con qué vivir. Si lo venden de esta forma cambian una cosa excelente por otra vil" (Sermón 296,5).

Con frecuencia Agustín reconoce que si predica no es por gusto, sino por cumplir una misión y que no le queda más remedio que hacerlo porque así se lo pide su dueño: "En todas mis palabras presento un espejo. Y no son mías, sino que hablo por mandato del Señor, por cuyo temor no callo. Pues, ¿quién no elegiría callar y no dar cuenta de vosotros? Pero ya aceptamos la carga que no podemos ni debemos sacudir de nuestros hombros...No queremos nada que nos convenga a nosotros si no os conviene también a vosotros" (Sermón 82,15).

En una misión como la que tiene el sacerdote, siempre está al acecho la tentación de buscar fama, honor, popularidad..., a veces, parece que lo mejor es contentar a las personas, hacerse simpático. Pero si lo que se busca es servir, predicar la verdad, es necesario estar por encima de todas estas cosas: "Si aconsejamos todo esto (que sirvan como quieran, ir a los espectáculos públicos, llenarse de vino...), quizá reuniríamos mayores multitudes. Quizá hay alguno que al escucharnos decir esto, piensan que no hablamos sabiamente; podían ser pocos a los que ofendemos y nos congraciáramos con la multitud. Si dijéramos esto, no proclamando la Palabra de Dios, no la de Jesucristo, sino la nuestra propia, seríamos pastores que se apacientan a sí mismos y no a las ovejas" (Sermón 46,8).

Agustín es consciente que la labor del sacerdote no es ganarse clientes para sí mismo, no se trata de hacer el propio rebaño; ni dejarse vender por favores. Los malos pastores se diferencian de los buenos, en que los malos quieren hacer suyas las ovejas de Cristo, mientras que los buenos, lo único que persiguen es apacentar las ovejas de Cristo: "Puesto que me amas, puesto que me tienes afecto, te confío mis ovejas; apacientalas, pero no olvides que son mías. Los cabecillas de las herejías quieren hacer propias las ovejas de Cristo; pero, quiéranlo o no, se ven obligados a ponerles la marca de Cristo; las hacen patrimonio propio, pero les ponen el nombre del Señor" (Sermón 229 O,3). Agustín se lamenta de que existan ministros que no se preocupen por sus fieles: "Hay algunos que ocupan la cátedra pastoral para mirar por las ovejas de Cristo. Pero hay otros que las ocupan para gozar de sus honores y comodidades seculares" (Epístola 208,2).

Agustín da alguna pista de lo que tiene que hacer todo predicador de la palabra, y se puede pensar que éste era el sistema que él seguía en la preparación de sus sermones: "Ciertamente este nuestro orador cuando habla cosas justas, santas y buenas, y no debe hablar otras, ejecuta al decirlas cuanto puede para que se le oiga con inteligencia, con gusto y con docilidad. Pero no dude que si lo puede, y en la medida que lo puede, más lo podrá por el

fervor de sus oraciones que por la habilidad de la oratoria. Por tanto, orando por sí y por aquellos a quienes ha de hablar, sea antes varón de oración que de peroración. Cuando ya se acerque la hora de hablar, antes de soltar la lengua una palabra, eleve a Dios su alma sedienta para derramar lo que bebió y exhalar de lo que se llenó... El que quiera saber y enseñar, aprenda todas las cosas que deben ser enseñadas. Adquiera el arte de decir qué conviene al orador sagrado, pero al mismo tiempo de hablar piense que a una mente buena le conviene más lo que dice el Señor" (Sobre la doctrina cristiana 4,15,32).

7. Agustín el hombre de todos.

Agustín confiesa ingenuamente que desea darse a todos (Epístola 118,2) y su biógrafo presenta como síntesis de su vida y el lema que le movió a actuar, a leer, escribir, investigar, todo era "deseando ser útil a todos" (Posidio, Vida 28). Como dice uno de sus estudiosos, "el Pastor de Hipona no se pertenecía; era el hombre de sus hermanos, y sus hermanos eran todo el mundo, todos los que tenían necesidad de él. Siervo de Dios y de la Iglesia, realizó plenamente su divisa de obispo: 'No busco dominar, sino prestar servicio'. A ejemplo de San Pablo se había hecho todo para todos para ganar todas las almas que pudiese para Jesucristo"⁷.

Con esta conciencia de ser siervo de los hombres, de que no se pertenecía a sí mismo, y con el fuego de la caridad dentro, Agustín estaba enormemente atareado; él mismo nos dice que este ha sido el motivo de escribir los libros sobre la Trinidad: "Siervo de mis hermanos, no sé negarme a sus justos requerimientos, y trato, en la medida de mis fuerzas, de ayudarles en sus loables estudios cristológicos con mi palabra y con mi pluma, pues a ello me impulsa con ardor, cual viga fogosa, la caridad" (La Trinidad 3, prólogo 1).

Su conciencia del deber ministerial, su amor a los hombres y su dedicación plena para con ellos, le lleva a realizar todas las tareas, por desagradables que sean, como un vigilante en la Iglesia: "Cuando San Agustín era requerido por los cristianos o personas de otras sectas, oía con diligencia la causa, sin perder de vista lo que decía alguien... A veces, hasta la hora de comer duraba la audiencia; otras se pasaba el día en ayunas, oyendo y resolviendo. Y siempre miraba en todo el estado espiritual de los cristianos, interesándose de su aprovechamiento o defección en la fe y buenas costumbres; y según la oportunidad, instruía a los contendientes en la ley de Dios, inculcando su cumplimiento y dándoles consejos de la vida eterna, sin buscar en los favorecidos más que la devoción y la obediencia cristiana, debidas a Dios y a los hombres. Corregía públicamente a los pecadores para que los demás temiesen al Señor; y lo hacía todo como el vigía puesto sobre la casa de Israel Predicando la palabra divina e instando a cumplirla oportuna e inoportunamente, arguyendo, exhortando y corrigiendo con toda paciencia y doctrina, siendo también principal cuidado suyo instruir a los que eran idóneos para la enseñanza. Se comunicaba por carta con algunos que le consultaban sobre asuntos temporales. Pero soportaba como una pesada carga esta distracción de más altos pensamientos, y era su mayor gusto platicar de las cosas de Dios en íntima familiaridad con los hermanos" (Posidio, Vida 19).

⁷. Guilloux, P., El alma de S. Agustín, Madrid 1986, p. 260.

Por otra parte, intercede ante el poder civil en favor de los reos, ya que, para él, esta es una de las misiones particulares del obispo. Otras veces escribía cartas de recomendación o visitaba a las autoridades; ni una ni la otra cosa eran cuestiones que le resultasen fáciles, más bien, cuando lo hacía, tenía el temor de molestar y de hipotecar un poco su condición de obispo: "Todos somos cristianos; pero yo llevo una carga mayor y más peligrosa. Con frecuencia se habla de mí: '¿A qué tendrá que ir a casa de tal autoridad? ¿Qué busca el obispo en ella?' Y, sin embargo, vosotros sabéis que son vuestras necesidades las que me obligan a ir adonde no quiero, a observar, a aguantar de pie a la puerta, a esperar mientras entran dignos e indignos, a hacerme anunciar, a ser admitidos con rara frecuencia, a sufrir humillaciones, a rogar, a veces a conseguir algo, y otras veces a salir de allí triste. ¿Quién querría sufrir todo eso de no verse obligado? Dejadme libre; que nadie me obligue a padecer tales cosas; concedédmelo, dadme vacaciones al respecto. Os lo pido, os lo suplico: que nadie me obligue. No quiero tener nada que ver con las autoridades. Sabe Dios que lo hago obligado. Trato a las autoridades lo mismo que a los cristianos, si entre ellas encuentro cristianos; a quienes son paganos, como debe tratar a los paganos: queriendo el bien para todos" (Sermón 302,17).

Agustín era la voz de los sin voz. Para él, posiblemente, la atención para con los pobres era una de las labores más gratas de las realizadas como pastor. Así se lo decía a los fieles: "Yo soy ahora mendigo de los mendigos; pero ¿qué me importa? Soy yo mendigo de los mendigos, para que vosotros seáis contados en el número de los hijos" (Sermón 66,5).

Agustín considera que una de sus misiones es ser pedigüeño en favor de los pobres. Cuando habla a sus fieles en favor de los necesitados, es difícil no hacerle caso: "Dad, pues, a los pobres. Os ruego, os lo aconsejo, os lo mando, os lo prescribo. Dad a los pobres lo que queráis. No ocultaré a vuestra caridad por qué me fue necesario predicaros este sermón. Desde el momento en que salgo para venir a la Iglesia y al regresar, los pobres vienen a mi encuentro y me recomiendan que os lo diga para que reciban algo de vosotros. Ellos me amonestaron a que os hablara. Y cuando ven que nada reciben, piensan que es inútil mi trabajo con vosotros. También de mí esperan algo. Les doy cuanto tengo; les doy en la medida de mis posibilidades. ¿Acaso soy yo capaz de satisfacer todas sus necesidades? Puesto que no lo soy, al menos hago de legado suyo ante vosotros. Al oír esto habéis aclamado. ¡Gracias a Dios! Recibisteis la semilla y en vuelta pagáis con palabras. Estas alabanzas vuestras son para mí más un peso que otra cosa y me ponen en peligro. Las tolero al mismo tiempo que tiemblo ante ellas. Con todo, hermanos míos, estas vuestras alabanzas son hojas de árboles: se pide el fruto" (Sermón 61,13).

Agustín habla a sus fieles de forma directa, como si apelase al corazón del pueblo para salir de un apuro, y por eso generalmente encuentra respuesta. En una ocasión un hermano estaba en dificultades con los acreedores y Agustín salió fiador por él, pero cuando hay que pagar, está sin nada y pide ayuda a sus fieles: "Escribí también a los presbíteros para que, si faltare algo después de la colecta de vuestra santidad, lo suplan ellos con lo que posee la Iglesia, con tal de que vosotros os ofrezcáis alegremente según os place. Ya sea de lo vuestro, ya de lo de la Iglesia, todo es de Dios, y vuestra devoción será más dulce para los tesoros de la Iglesia, como dice el Apóstol, 'pues no busco el don, sino el fruto'. Alegrad mi corazón. Deseo regocijarme en vuestros frutos, sois árboles de Dios, que El se digna regar con frecuentes lluvias por mi ministerio. Protéjaos el Señor de todo mal aquí y en el siglo futuro" (Epístola 268,3).

El pobre es otro Cristo, y dar al pobre es depositar algo en las manos de Dios y no perderlo; pero además, el dador, al dar, se humaniza: "No hay que pensar sólo en la bondad del dador, sino también en la humildad del que sirve. No sé de qué manera, hermanos míos, cuando el pudiente alarga la mano hasta la del necesitado, el alma del primero parece como que se compadece de la común humanidad y debilidad. Aunque uno dé y otro reciba, se encuentran unidos el que sirve y el servidor pues no nos une la desgracia sino la humildad. Cuanto más posee, mas grande es el temor. Si, en cambio, se lo das a Dios en la persona de los pobres, no lo pierdes y gozarás de tranquilidad, porque Dios mismo te lo guarda en el cielo, él que te da también lo necesario en la tierra" (Sermón 259,5).

Está claro que Agustín vive para la Iglesia, esta es su única pasión y es que, para él, "la Iglesia es la hospedería en que Jesús, el Buen Samaritano, colocó al enfermo para hacerle cuidar allí por sus ministros. Agustín ama a la Iglesia con aquel amor tierno y ardiente que tenía por su madre Mónica. Acordándose de sus pasadas ingratitudes con ella, suplica a los fieles que no imiten su ejemplo, que acepten docilmente el sustento espiritual de su mano amorosa: "Yo, dice, pobre y miserable, me creí con alas y dejé el nido. Pero, en lugar de alzar mi vuelo, caí por tierra. EL Señor tuvo compasión de mí. No queriendo verme aplastado por los transeúntes, me levantó y me volvió al nido" (Sermón 51,6)"⁸.

Como nos dice el Cardenal D. Marcelo, "San Agustín amaba a la Iglesia. La amaba con toda su alma ardiente, ya no apasionada. A lo largo de su vida tan rica fue quedando en su corazón solamente el ardor y la llama, centrados ambos sobre lo que había venido a ser objeto único de su amor y su existencia: la Iglesia de Cristo... San Agustín amaba, vuelvo a decir, amaba a la humanidad, y a la Iglesia en ella encarnada. Y este amor le hacía dirigir su mirada incesantemente, tratando de desvelarlo, hacia ese oculto secreto de las relaciones de Dios con el mundo de los hombres, manchado con el pecado, puro con la virginidad de la fe, asumido en la unión de amor y elevado a la fecundidad creadora y sacramental de la gracia vivida en el seno de la Iglesia"⁹.

8. Síntesis entre actividad pastoral y vida contemplativa.

Solamente desde este amor y dedicación sin reservas a la humanidad y a la Iglesia, se puede entender toda la actividad desarrollada por Agustín en el tiempo que fue el guía y pastor de la Iglesia de Hipona, y más si tenemos en cuenta que él era un alma contemplativa. De hecho, quisiera verse libre de los trabajos de la vida activa: "Pongo por testigo sobre mi alma a Jesucristo, en cuyo nombre os digo estas cosas sin vacilar; por lo que toca a mi comodidad, preferiría mil veces ocuparme en un trabajo manual cada día y a horas determinadas, y disponer de las restantes horas libres para leer, orar, , escribir algo acerca de las divinas escrituras, en lugar de sufrir las turbulentas angustias de los pleitos ajenos acerca de negocios seculares, que hay que dirimir con una sentencia o hay que arreglar con una intervención... Y, con todo, yo acepto este trabajo, y no sin el consuelo del Señor, por la esperanza de la vida eterna y para dar mi fruto con tolerancia...Dios, por cuya gracia ofrezco

⁸. P. Guilloux, El alma de San Agustín, Madrid 1986, p. 188.

⁹. Marcelo González, Prólogo al libro de Rafael Palmero Ramos, 'Ecclesia Mater' en San Agustín, Madrid 1970, p. 13.

mis obras a su divino examen, vea con qué sincera caridad me preocupo de vosotros" (El trabajo de los monjes 29,37; cfr. Comentario al salmo 54,8).

Sobre todo, pero no sólo aquí, a lo largo de la correspondencia, vuelve como un 'leitmotiv' la misma queja: 'no tengo tiempo para el estudio, la oración...'. Leyendo sus cartas se comprende el sacrificio enorme que hizo este pensador, este contemplativo, cuando, por orden de la Iglesia, que es el cuerpo místico de Cristo y su continuación en la historia, aceptó dirigir la comunidad local y tomó sobre sus hombros la carga de la acción pastoral (cfr. Epístola 189,1; 224,1). Sus palabras son claras: "Nadie me superaría en ansias de vivir en esa seguridad plena de la contemplación, libre de preocupaciones temporales; nada hay mejor, nada más dulce, que escrutar el divino tesoro sin ruido alguno; es cosa dulce y buena; en cambio, el predicar, argüir, corregir, edificar, el preocuparse de cada uno, es una gran tarea, un gran peso y una gran fatiga. ¿Quién no huiría de esta fatiga? Pero el Evangelio me aterroriza" (Sermón 339,4).

Pero Agustín ha sabido llegar a una síntesis vital como equilibrio entre los dos polos de acción y contemplación. A esto es a lo que el Cardenal Enrique y Tarancón llama actitud radical: "Creo sinceramente que para nosotros -obispos, sacerdotes y religiosos- tiene esta etapa de la vida de Agustín una importancia singular. Incluso afirmarí­a que su testimonio -en lo que yo llamarí­a su actitud radical, y aun en detalles importantes de su acción pastoral- tiene en nuestros días suma actualidad. Estoy convencido que Agustín obispo, nos dice claramente a nosotros cómo hemos de vivir nuestro sacerdocio y cómo hemos de concebir y realizar nuestro ministerio pastoral ahora, en estos momentos difíciles en los que todos estamos un poco desconcertados. Llamo actitud radical a esa síntesis maravillosa entre contemplación y actividad que realiza en su vida y a su radicalidad en la vivencia del evangelio. Pero incluso los mismos detalles de su ministerio: su predicación -por el fondo y por la forma, incluso, dirí­a yo, por el talante de la misma- su atención a todos -a los fieles y a los alejados, incluso a los que se han separado del redil-, etc son una lección magnífica para nosotros"¹⁰.

En un texto de la Ciudad de Dios, Agustín define estos dos polos en los que se desarrolla la vida y dice que se es eficaz en el servicio al prójimo, con la eficacia que Dios pide, si no se abandona el amor a la verdad en la tensión al ocio, en el impulso a la soledad interior, y es que "sólo puede encender a los demás quien dentro de sí tiene fuego" (Comentario al salmo 103,s.2,4). Pero la dedicación a Dios será auténtica si no se desentiende de la 'utilidad del prójimo'. Por tanto, la actividad sólo puede estar equilibrada si nace de la urgencia de la caridad y si no se olvida ese vivir dentro que es el resorte constante de invitación a la contemplación: "En relación con aquellos tres géneros de vida, el contemplativo, el activo y el mixto, cada uno puede, quedando a salvo la fe, elegir para su vida cualquiera de ellos, y alcanzar en ellos la eterna recompensa. Pero es importante no perder de vista qué nos exige el amor a la verdad mantener, y qué sacrificar la urgencia de la caridad. No debe uno, por ejemplo, estar tan libre de ocupación que no piense en medio de su mismo ocio en la utilidad del prójimo, ni tan ocupado que ya no busque la contemplación de Dios. En la vida contemplativa no es la vacía inacción lo que uno debe amar, sino más bien la investigación o el hallazgo de la verdad, de modo que todos -activos y contemplativos-

¹⁰. Enrique Tarancón, San Agustín, maestro para el hombre de hoy, en Religión y Cultura, 33, 1987, p. 200.

progresen en ella, asimilando el que la ha descubierto y no poniendo reparos en comunicarla con los demás. En la acción no hay que apegarse al cargo honorífico o al poder de esta vida, puesto que bajo el sol todo es vanidad. Hay que estimar más bien la actividad misma, realizada en el ejercicio de ese cargo y de esa potestad, siempre dentro del marco de la rectitud y utilidad, es decir, que sirva al bienestar de los súbditos tal como Dios lo quiere... A nadie se le impida la entrega al conocimiento de la verdad, propia de un laudable ocio. En cambio, la apetencia por un puesto elevado, sin el cual es imposible gobernar un pueblo, no es conveniente, aunque se posea y se desempeñe como conviene. Por eso el amor a la verdad busca el ocio santo y la urgencia de la caridad acepta la debida ocupación. Si nadie nos impone esta carga debemos aplicarnos al estudio y al conocimiento de la verdad. Y si se nos impone debemos aceptarla por la urgencia de la caridad. Pero incluso entonces no debe abandonarse del todo la dulce contemplación de la verdad, no sea que, privados de aquella suavidad, nos aplaste esta urgencia" (La ciudad de Dios 19,19).

Para Agustín el lema de toda su actividad pastoral está en arrastrar a todos al amor: "Si amáis a Dios, arrastrad al amor de Dios a todos los que con vosotros están unidos y a todos los que se hallan en vuestra casa. Si por vosotros es amado el cuerpo de Cristo, es decir, la unidad de la Iglesia, arrebatadlos a gozar y decidles: 'engrandeced conmigo al Señor...Luego arrebatad a quienes podáis, exhortando, llevando, rogando, disputando, dando a conocer con mansedumbre y con benevolencia. Arrastradlos al amor para que, si engrandecen al Señor, lo engrandezcan todos juntos. La Iglesia los llama; estas palabras son la voz de la Iglesia, que llama a quienes se desgajaron" (Comentario al salmo 33,s.2,6-7). Y es que, como les dice Agustín a sus fieles, la Iglesia es para todos, tiene sed de personas, no se conforma con los que ya le pertenecen: "También la sed de la Iglesia quiere beber a este que veis" (Comentario al salmo 61,23).

Es cierto que "aunque él pensó, amó y escribió en un apartado rincón de la Iglesia, todo lo hizo para la Iglesia entera y para todos los tiempos. Su voz es sólo un eco de la revelación divina. Mientras haya en el mundo una mente y un corazón humanos, existirá siempre la necesidad de su luz, que iluminó el camino del cristianismo durante dieciséis siglos, y del calor, consuelo y arrojo que sus obras irradian sobre los hombres. Los siglos venideros no conseguirán que el pensamiento de San Agustín quede anticuado, porque contiene los afanes, los deseos y los anhelos de la permanente naturaleza humana"¹¹

¹¹. Stanislaus J. Grabowski, La Iglesia. Introducción a la teología de San Agustín, Madrid 1965, p. XXXVI.

II. EL ESPÍRITU Y LA IGLESIA.

1. La Iglesia cuerpo viviente por el Espíritu Santo.

Agustín caracteriza al Espíritu como Comunión, Caridad y Don en el seno de la Trinidad, pero tiene una conexión elemental con la eclesiología y la doctrina de la gracia. Él compara la acción del Espíritu en la Iglesia con la acción del espíritu humano en el hombre, de tal manera que si queremos poseer el Espíritu Santo es necesario permanecer en la unidad de la Iglesia. En la Iglesia cada miembro realiza su función específica, pero unidos por la caridad reciben la misma vida del Espíritu y eso mismo es impulso para conservar la unidad y potenciar la caridad. Es más, a todos aquellos que han entrado en la Iglesia con rectitud de intención, el Espíritu les garantiza la pertenencia a dicha Iglesia: "No busquen al Espíritu Santo sino en el Cuerpo de Cristo. Fuera tienen el sacramento, pero no la realidad de ese sacramento, y por eso comen y beben su condenación. El pan es sacramento de la unidad, pues dice el Apóstol: Un pan, un cuerpo somos muchos. Sola la Iglesia católica es el Cuerpo de Cristo, y Cristo es la Cabeza y el Salvador de su Cuerpo. Fuera de este Cuerpo, a nadie vivifica el Espíritu Santo, ya que, como dice el mismo Apóstol, la caridad de Dios se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha donado. No será partícipe de la divina caridad quien es enemigo de la unidad. Y así no tienen el Espíritu Santo los que están fuera de la Iglesia. De ellos está escrito: A sí mismo se desvían; son animales, y carecen del Espíritu. Tampoco recibe el Espíritu Santo quien entra en la Iglesia con intención fingida, pues también está escrito: El Espíritu Santo rehuye al que observa fingidamente la disciplina. Luego quien quiera tener el Espíritu Santo, entre en la Iglesia y guárdese de entrar por disimulación. Si entró ya con mala intención, no persista en ella, para que pueda prender de veras en el árbol de la vida" (Epístola 185,50).

En la conexión entre el Espíritu y la Iglesia la caridad es también el concepto guía, de hecho, Agustín insiste en que el que ama a la Iglesia, recibe y tiene el Espíritu Santo, pero es más, cuando el Espíritu reparte sus dones, la Iglesia se edifica: "El Don, que es el Espíritu Santo, distribuye en común a todos los miembros de Cristo multitud de dones, que se hacen propios de cada uno. No es que cada uno los posea todos, sino que unos reciben unos y otros, otros, aunque cada uno tiene el Don, es decir, el Espíritu Santo, del que todos los bienes promanan... Para la perfección consumada de los santos, para la obra del ministerio y edificación del cuerpo de Cristo. Esta es la casa edificada, según canta el Salmo, después de la cautividad, porque la casa de Cristo, que se llama Iglesia, está edificada" (La Trinidad 15,19,34).

El Espíritu Santo hace que la Iglesia sea un cuerpo viviente. Una de sus funciones más notables es incorporar a los hombres a la Iglesia, unificarlos en torno a una unidad espiritual y guiarlos hacia un fin común. Las obras que realizan los miembros manifiestan que son hechas bajo la inspiración del Espíritu Santo: "Por tanto, quien tiene el Espíritu Santo está dentro de la Iglesia... Cada uno de nuestros miembros realiza sus funciones mientras estamos con vida, mientras nos mantenemos sanos... Si un miembro se separa del cuerpo... fuera del cuerpo tiene solamente la forma, pero no la vida. Lo mismo sucede al hombre separado de la Iglesia. Buscas en él el sacramento, y lo encuentras; buscas el bautismo, y lo encuentras; buscas el símbolo, y lo encuentras. Es lo exterior; pero si el Espíritu no te vigoriza interiormente, en vano te glorías exteriormente del rito" (Sermón 268,2).

El espíritu Santo es la razón de la vida y de la unidad de la Iglesia y de cada uno de los miembros, es decir, el Espíritu tiene una función animadora, en el sentido estricto del término, en el cuerpo de Cristo, porque es el alma de cada uno de los miembros y de todos ellos, aunque es verdad que en la obra de vivificación de la Iglesia obra juntamente con el Padre y el Hijo: "Dios habita en su templo, no sólo el Espíritu Santo, sino también el padre y el Hijo... Así, pues, es templo de Dios, es decir, de toda la suma Trinidad, la santa iglesia" (Enquiridión 56,15). Esto que sucede en la Iglesia sucede de igual manera en cada uno de sus miembros. Todos los miembros de la Iglesia son templos vivos y morada de la Trinidad: "¿Quién, sino quien ignore totalmente la inseparabilidad de la Trinidad, osará opinar que el Padre o el Hijo habitan en alguien en quien no habita el Espíritu Santo, o que el Espíritu Santo habita en alguien en quien no moran el Padre y el Hijo?" (Epístola 187,16). A pesar de estas afirmaciones, lo cierto es que se le atribuye al Espíritu Santo la función de ser alma de la Iglesia, de vivificarla y animarla con su presencia. Es más, en la concepción agustiniana de la Iglesia es esencial la doctrina del Espíritu Santo como alma de la misma. A Él se le atribuya la función de unir a todos los fieles dispersos: "Quien nos creó es solo Dios, quien nos redimió es solo Cristo, quien debe unírnos es el único Espíritu" (Mensaje a los donatistas después de la Conferencia 35,58).

El Espíritu Santo, por tanto, es el principio de la unidad de la Iglesia, es, como dice Agustín, "el fundamento o la raíz de la unidad" (Comentario al salmo 143,3), que tiene como su tarea específica la realización de la unidad y esta siempre en función de esa unidad, que es el aliento de toda comunidad cristiana: "Por el Espíritu Santo somos recogidos en la unidad y no nos separamos de la unidad... Y quien no vive en la unidad de Cristo y ladra contra la unidad de Cristo, hemos de entender que no tiene el Espíritu Santo. Las riñas, disensiones y divisiones sólo producen animales, de los que dice el Apóstol: El hombre animal no percibe lo que atañe al Espíritu de Dios... Con razón vienen algunos a nosotros para recibir el Espíritu Santo, pues, aunque crean lo mismo que nosotros, no pueden tenerle mientras sean enemigos de la unidad" (Sermón 8,18).

Para Agustín la Iglesia es un cuerpo vivo animado por el Espíritu Santo, que es el principio interno causa de su vida y unidad, como consecuencia, sólo el que está animado por el Espíritu es miembro de la Iglesia y sólo puede estar animado en el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia: "Que lleguen a ser el cuerpo de Cristo si quieren vivir del Espíritu de Cristo. Del Espíritu de Cristo solamente vive el cuerpo de Cristo... ¿Quieres, pues, tú recibir la vida del Espíritu de Cristo? Incorpórate al cuerpo de Cristo... Quien quiera vivir sabe dónde está su vida y sabe de dónde le viene la vida. Que se acerque, y que crea, y que se incorpore a este cuerpo, para que tenga participación de su vida... Que sea bello, proporcionado y sano, y que esté unido al cuerpo para que viva de Dios para Dios, y que trabaje ahora en la tierra para reinar después en el cielo" (Comentario al evangelio de Juan 26,13).

Es necesario estar unidos al cuerpo para vivir del Espíritu, pero es el mismo Espíritu el que nos une y nos reúne: "El mismo Espíritu nos reúne y nos congrega, razón por la que dejó como primera señal de su venida el que cuantos lo recibieron hablaron también cada uno las lenguas de todos, la unidad del cuerpo de Cristo se congrega a partir de todas las lenguas, es decir, reuniendo a todos los pueblos extendidos por la totalidad del orbe de la tierra" (Sermón 270,6). Parece que la experiencia del primer Pentecostés, donde se hablaban todas las lenguas, ha de repetirse en la vida de cada uno ya que ella es la prueba de pertenencia a la Iglesia, que hace que los fieles se mantengan en la unidad: "Por tanto, quien tiene el Espíritu

Santo está dentro de la Iglesia que habla las lenguas de todos. Quienquiera que se halle fuera de ella, carece del Espíritu Santo. Por esta razón, el Espíritu Santo se dignó manifestarse en las lenguas de todos los pueblos, para que comprenda que tiene el Espíritu el que se mantiene en la unidad de la Iglesia, que habla en todos los idiomas" (Sermón 268, 2). De hecho, para Agustín hoy es también día de Pentecostés, hoy se cumple en nosotros lo que se anunciaba en aquellos días en que vino el Espíritu Santo, porque estamos enraizados en Él: "Vosotros, en cambio, hermanos míos, miembros del cuerpo de Cristo, retoños de la unidad, hijos de la paz, celebrad este día con alegría y tranquilidad. En vosotros se cumple lo que se anunciaba en aquellos días, cuando vino el Espíritu Santo. Como entonces los que recibían el Espíritu Santo, incluso cada uno en particular, hablaban en todas las lenguas, así también ahora la misma unidad habla las lenguas de todos los pueblos; en ella estáis enraizados los que tenéis el Espíritu Santo, los que no estáis separados por ningún cisma de la Iglesia de Cristo, que habla todas las lenguas" (Sermón 271).

Es propiamente por la caridad, como fuerza unitiva, que da el Espíritu, por la que los miembros de Cristo están vinculados en la unidad: "La unidad nos junta para que podamos ser sus miembros; y la unidad se realiza por la caridad. ¿Cuál es la fuente de la caridad? Pregúntalo al Apóstol: La caridad de Dios, dice, es difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado. Luego es el Espíritu quien vivifica, porque el Espíritu es quien hace que los miembros tengan vida. El Espíritu sólo da vida a los miembros que encuentra unidos al cuerpo, que informa y vivifica" (Comentario al evangelio de Juan 27,6). Teniendo la caridad de Cristo nos hacemos miembros suyos y a través de la caridad es Cristo el que se ama a sí mismo: "Amándose se hace él mismo miembro y entra por el amor a formar parte de la trabazón del cuerpo de Cristo, y será un Cristo amándose a sí mismo. Cuando mutuamente se aman los miembros, el cuerpo se ama a sí mismo" (Comentario a la epístola de Juan 10,3). Por el contrario, el que no tiene la caridad ni forma parte de la Iglesia ni puede tener el Espíritu: "Tampoco reside la verdadera caridad de Dios en aquel que es ingrato al Espíritu Santo, por quien se difunde en nuestros corazones su caridad. Y, por tanto, éstos no pertenecen al pueblo de Dios, porque no son pobres de Dios" (Comentario al salmo 71,3).

Por otra parte, el Espíritu reparte sus dones sin los cuales nadie puede vivir ni comprender como se debe, ya que el Espíritu es alma y vida, sabiduría y sana inteligencia: "Como nadie comprende o entiende rectamente o prevalece rectamente en el consejo y en la fortaleza, nadie es piadoso con ciencia o sabio con piedad, nadie teme a Dios con temor casto si no recibe el Espíritu de sabiduría y entendimiento, de consejo y fortaleza, de ciencia, piedad y temor de Dios; como nadie tiene virtud verdadera, caridad sincera, continencia religiosa, sino por el Espíritu de virtud, caridad y continencia; del mismo modo, sin el Espíritu de fe nadie creará rectamente y sin el Espíritu de oración nadie orará saludablemente. No es que sean muchos los Espíritus, sino que todas estas cosas las obra un mismo Espíritu, que reparte sus dones a cada uno como quiere, porque el Espíritu sopla donde quiere" (Epístola 194,18).

2. La Iglesia hogar del Espíritu Santo.

La presencia del Espíritu Santo en la Iglesia como organismo vivo es algo evidente y de mucha importancia para Agustín que con frecuencia lo afirma y defiende. Pero, en la

reflexión agustiniana, esta presencia del Espíritu en la Iglesia no tiene sólo una función animadora específica sino que presenta a la Iglesia como lugar donde el Espíritu está y descansa, es decir, la Iglesia es el espacio donde se puede encontrar el Espíritu, porque es propiamente su hogar, su templo vivo. De la misma manera que cada hombre es templo de Dios, todos juntos, como comunidad de creyentes, como Iglesia, forman el único templo de Dios. Esto quiere decir que el Espíritu Santo habita no sólo individualmente en cada uno de los justos, sino también corporativamente en toda la Iglesia, que está formada por muchos miembros: "Cuando pienses en la inhabitación divina, piensa en la unidad y congregación de los santos, y principalmente en los cielos, donde se dice que Dios habita principalmente, porque allí se realiza a la perfección la divina voluntad por la obediencia de aquellos en quienes habita; y después también en la tierra, donde Dios edifica y habita la casa que ha de dedicar al fin del siglo" (Epístola 187,41).

Para Agustín la Iglesia es el cuerpo que prolonga la presencia de Cristo en el mundo; la Cabeza y los miembros están en íntima unión de tal manera que son un solo Cristo. El Cristo total es uno de los ángulos desde el que podemos contemplar a Cristo según el punto de vista de Agustín: "A nuestro Señor Jesucristo se le considera y nombra de tres modos... El primero de ellos, anterior a la ascensión de la carne, es en cuanto Dios y en referencia a la divinidad, igual y coeterna a la del Padre. El segundo se refiere al momento en que ha asumido ya la carne, en cuanto se lee y se entiende que el mismo que es Dios es hombre y el mismo que es hombre es Dios... El tercer modo es lo que en cierta manera denominamos Cristo total, en la plenitud de su Iglesia, es decir, cabeza y cuerpo, según la plenitud de cierto varón perfecto, de quien somos miembros cada uno en particular" (Sermón 341,1).

2.1. La Iglesia templo del Espíritu.

Es el Cristo total, manera como define Agustín a la Iglesia, el que es templo del Espíritu. Pero esto no es automático, exige previamente la fe que da confianza y trabaja adecentando la realidad interior para ser alojamiento del Espíritu: "Quien dijo: vuestros cuerpos son miembros de Cristo, ¿qué otra cosa mostró sino que nuestros cuerpos y nuestra cabeza, que es Cristo, constituyen en conjunto el único templo de Dios? Tenemos confianza en que el cuerpo de Cristo y nuestros cuerpos serán el templo de Dios, y ciertamente lo serán; pero, si no creemos, no llegaremos a serlo" (Sermón 217,4).

Evidentemente la Iglesia en esta etapa actual es templo de Dios, pero no en plenitud, aquí está en período de edificación y en perspectiva indicativa, tendiendo hacia la plena realización: "Porque si el pueblo de Dios, cuando aun no ha sido equiparado a sus ángeles y camina esta peregrinación, se llama ya templo de Dios, ¿cuánto será mejor templo de Dios en el cielo, en donde está el pueblo de los ángeles, a los que nos hemos de reunir y equiparar cuando termine esta peregrinación y hayamos recibido lo que se nos prometió?" (Epístola 187,16).

Cuando Agustín quiere precisar un poco más esta doctrina dice: "Todos a la vez somos su templo, y cada uno de nosotros es su templo, porque Dios no es mayor en todos que en cada uno" (Epístola 187,20) y a modo de conclusión afirma: "Dios habita en los individuos como en sus templos y en todos reunidos en uno como en un templo... Se acomodará, sin duda, en su templo, establecido ya en la vida eterna después de la fluctuación de este siglo. Dios está, por lo tanto, presente doquier y doquier íntegro; no habita en todas partes, sino en

su templo, para el que es benigno y propicio por la gracia; y el que habita es poseído por unos más, por otros menos" (Epístola 187,38).

Para Agustín, como hemos podido comprobar por lo dicho hasta este momento, la comunidad y cada uno de sus miembros son templo y morada de Dios, porque Dios se digna habitar en la concordia: "Somos, en efecto, todos a la vez y cada uno en particular, templos suyos, ya que se digna morar en la concordia de todos y en cada uno en particular, sin ser mayor en todos que en cada uno, puesto que ni se distiende por la masa ni disminuye por la participación. Cuando nuestro corazón se levanta a Él, se hace su altar: le aplacamos con el sacerdocio de su primogénito; le ofrecemos víctimas cruentas cuando por su verdad luchamos hasta la sangre; le ofrecemos suavísimo incienso cuando en su presencia estamos abrasados en religioso y santo amor; le ofrecemos y devolvemos sus dones en nosotros y a nosotros mismos en ellos; en las fiestas solemnes y determinados días le dedicamos y consagramos la memoria de sus beneficios a fin de que con el paso del tiempo no se nos vaya introduciendo solapadamente el olvido; con el fuego ardiente de caridad le sacrificamos la hostia de humildad y alabanza en el ara de nuestro corazón" (La ciudad de Dios 10,3,2).

Este único templo es el resultado de la íntima unión de todos los fieles en un único Espíritu y de la incorporación en el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, donde Cristo es la Cabeza, esto se realiza a través de la regeneración espiritual y la reunión en común unión, en unidad y concordia: "La reunión en uno había de constituirlos hijos de Dios. Ese en uno no se refiere a un lugar corporal, pues acerca de la vocación de los gentiles anunció el profeta: y le adorarán, cada cual desde su lugar, todas las islas de los gentiles. Cuando dice consagrará en uno, se entiende en un espíritu, en un cuerpo, cuya Cabeza es Cristo. Tal congregación es la edificación del templo de Dios. Tal congregación no la produce la generación carnal, sino la regeneración espiritual" (Epístola 187,37).

Cuando Agustín habla de la Iglesia como templo del Espíritu no se refiere sólo a los fieles que pertenecen a la Iglesia peregrina, sino también a todos los que fueron, es decir, a la Iglesia en toda su amplitud: "Por tanto, el recto orden de nuestra confesión exigía que la Iglesia apareciese unida a la Trinidad, como al inquilino su casa, como a Dios su templo y como al fundador su ciudad. Aquí la Iglesia ha de entenderse en toda su universalidad, no sólo aquella que peregrina en la tierra, alabando el nombre de Dios desde la salida del sol hasta su ocaso y cantando un cántico nuevo después de la antigua cautividad, sino también aquella otra que siempre ha estado unida a Dios en los cielos desde que fue fundada y que no experimentó el mal de su caída, manteniéndose inmutablemente feliz en los santos ángeles, y que ayuda, como conviene, a la parte que aún peregrina; porque ambas serán una sola Iglesia por la participación de la eternidad, como ya lo son ahora por el vínculo de la caridad, la cual fue toda ella ordenada para adorar al único Dios. De aquí que ni toda ella ni parte alguna de la misma quiere ser honrada en lugar de Dios, ni quiere tampoco adorar como Dios a cosa ninguna que pertenezca al templo de Dios, formado de dioses que crea el Dios increado... Por tanto, Dios habita en su templo, no sólo el Espíritu Santo, sino también el Padre y el Hijo, el cual afirmó también de su cuerpo, constituido cabeza de la Iglesia que está en este mundo, para que Él mismo tenga la primacía sobre todas las cosas: destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Así, pues, es el templo de Dios, es decir, de toda la suma Trinidad, la Santa Iglesia, es, a saber, toda la Iglesia, la del cielo y la de la tierra" (Enquiridión 56,15).

Por tanto, para hacernos templos del Espíritu será necesario vivir desde la unidad, es decir, trabajar con empeño en la construcción de concordia y unanimidad hasta lograr tener

una sola alma y un solo corazón y así hacer un lugar para el Señor, que quiere vivir en la concordia de los muchos que buscan lo común y viven para lo común: "¡Cuántos miles, hermanos míos, creyeron cuando colocaron a los pies de los apóstoles el precio de sus bienes! ¿Y qué dice de ellos la Escritura? Que se hicieron ciertamente templos del Señor; no sólo se hizo cada uno de por sí, sino también todos ellos juntos se hicieron templo de Dios. Luego hicieron un lugar al Señor. Para que sepáis que se hizo el Señor un lugar en todos, dice la Escritura: Había en ellos una sola alma y un solo corazón en Dios. Muchos, para no hacer un lugar a Dios, buscan, aman sus cosas, se gozan de su propio poder, anhelan su interés. El que quiere hacer un lugar al Señor no debe alegrarse de su propio bien, sino del común. Los primeros cristianos hicieron comunes sus propias cosas. ¿Por ventura perdieron lo propio? Si hubieran poseído lo suyo y cada uno hubiera tenido lo propio, sólo tendrían lo que cada uno tenía; pero, al hacer común lo que era particular, también las cosas de los demás se hicieron de él. Atienda vuestra caridad. De las cosas que cada uno posee dimanen las riñas, las enemistades, las discordias, las guerras entre los hombres, los alborotos, las mutuas disensiones, los escándalos, los pecados, las iniquidades y los homicidios. ¿De qué cosas? De las que cada uno posee en particular. ¿Acaso litigamos por las que poseemos en común? Usamos del aire en común, el sol lo vemos todos. Luego bienaventurados los que hacen un lugar al Señor, de tal modo que no se alegran del suyo particular... ¿Acaso cuando encuentres un lugar para el Señor entrarás en tu tabernáculo? O más bien, ¿no será tu mismo tabernáculo aquel en donde encuentres el lugar para el Señor? ¿Por qué? Porque tú serás este lugar del Señor y también serás uno con aquellos que sean lugar del Señor" (Comentario al salmo 131,5).

Los fieles, siempre y cuando estemos unidos entre ellos, son piedras vivas del edificio y se convertimos en la hermosura de la casa de Dios y lugar de la gloria del Señor, es decir, lugar en donde todos pueden contemplar la gloria divina. Agustín nos invita a amar esta realidad, que es el templo de Dios, pero no tanto por lo precioso de la construcción y lo valioso de los materiales, sino por la santidad de los fieles creyentes; lo importante no son los edificios cuanto las personas que forman la Iglesia de Dios, pero se ama la Iglesia si se es Iglesia: "Amamos la hermosura de la casa del Señor y el lugar del tabernáculo de su gloria, si somos casa y tabernáculo del Señor. ¿Qué es la hermosura de la casa del Señor y el tabernáculo de su gloria, sino su mismo templo, del cual dice el Apóstol: el templo de Dios es santo, el cual sois vosotros? Así como vuestra vista corporal se recrea en los edificios contruidos por los hombres, cuando son elegantes y suntuosos, del mismo modo, cuando los corazones de los fieles -piedras vivas- se entrelazan por el vínculo de la caridad, constituyen la hermosura de la casa de Dios y el lugar del tabernáculo de su gloria. Pues quien ama la hermosura de la casa de Dios no hay duda que ama a la Iglesia, no por la suntuosidad de las paredes y de las bóvedas, ni por el esplendor de los mármoles y de los artesonados de oro, sino en virtud de los hombres creyentes y santos que aman a Dios con todo su corazón, con toda su alma y con toda su mente, y al prójimo como a sí mismo" (Sermón 15,1).

2.2. La Iglesia tabernáculo de Dios.

Dios habita en la tierra en la Iglesia, como la tienda que se tiene en el tiempo de peregrinación: "Aquel que tiene la excelentísima casa en lo escondido, tiene también en la tierra el tabernáculo. Su tienda o tabernáculo en la tierra es su Iglesia, todavía peregrina. Pero aquí ha de buscarse, porque en el tabernáculo se encuentra el camino que conduce a la casa. Cuando vaciaba sobre mí mi alma para lograr ver a mi Dios, ¿por qué hice esto? Porque he de

entrar en el lugar del tabernáculo. Pues fuera del lugar del tabernáculo erraré buscando a mi Dios. Entraré en el lugar del admirable tabernáculo hasta la casa de Dios. Entraré en el lugar del tabernáculo, del admirable tabernáculo, hasta la casa de Dios. Pues yo admiro muchas cosas en el tabernáculo. He aquí cuántas cosas contemplo en él. El tabernáculo de Dios en la tierra son los hombres fieles. En ellos admiro la obediencia de sus miembros, porque no reina en ellos el pecado obedeciendo a sus deseos; ni prestan sus miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino que se ofrecen a Dios vivo en las buenas obras; también observo que los miembros están bajo el dominio del alma para servir a Dios; asimismo contemplo al alma que obedece a Dios ordenando las obras de sus actos, refrenando la concupiscencia, deponiendo la ignorancia y ofreciéndose a soportar todas las tribulaciones y molestias, consagrándose ante todo a la justicia y a la caridad. Contemplo estas virtudes en el alma, pero aun me encuentro peregrino en el lugar del tabernáculo" (Comentario al salmo 41,9).

Es de esperar que llegue el tiempo de la Iglesia gloriosa, fundada sólo por los buenos que viven la plenitud de la resurrección y descansan en el sábado sin ocaso y sin ataque de ninguna perturbación, pero ahora estamos en la peregrinación y aquí la Iglesia es la tienda que nos protege como a los soldados en campaña, de tal manera que si sabemos vivir en la lucha, podremos disfrutar de la casa permanente: "En algún tiempo los ocultarás en lo escondido de tu rostro de la perturbación de los hombres, para que en adelante no pueda absolutamente darse en ellos la perturbación humana. Pero mientras peregrinan en este mundo, puesto que soportan muchas lenguas contradictorias quienes te sirven, ¿qué les haces? Los proteges en tu tabernáculo. ¿Cuál es el tabernáculo? La Iglesia de este siglo, y se denomina tabernáculo porque aún peregrina en esta tierra. El tabernáculo o tienda de campaña es la morada de los soldados que se hallan en campaña. Estas tiendas se llaman tabernáculos. La casa no es tabernáculo. Lucha en la campaña el peregrino. Como se salvó en el tabernáculo, le recibirás triunfante en la casa. En el cielo será eterna tu casa si ahora vivieres bien en el tabernáculo... Corre tú al tabernáculo de Dios, abrázate a la Iglesia católica, no te apartes de la regla de la verdad" (Comentario al salmo 30,II, s.3,8).

Fruto de esta presencia del Espíritu en la Iglesia y de la concepción de Agustín sobre la Iglesia como hogar del Espíritu y en conexión con esto estaría toda la doctrina agustiniana sobre la Iglesia, es cierto que en este momento superaría nuestra intención hacer un tratado de eclesiología agustiniana, tan solo queremos presentar algunas notas de su doctrina, desde el punto de vista de la espiritualidad agustiniana, que pueden ayudar a vivir este importante aspecto.

3. Acercamiento a la doctrina de Agustín sobre la Iglesia.

Agustín nace en un tiempo en que la Iglesia está ya organizada. En su tiempo, en el Imperio sólo es reconocida oficialmente la Iglesia universal, y son excluidas como falsas todas las confesiones que no están en comunión con dicha Iglesia. Pero Agustín, por su autosuficiencia, se desvió y estuvo por muchos años errante fuera del camino; su experiencia y las claves para interpretar estos años podemos verlo resumido en este texto: "Os hablo yo que, engañado en otro tiempo, siendo aún jovenzuelo, quería acercarme a las divinas Escrituras con el prurito de discutir, antes que con el afán de buscar. Yo mismo cerraba contra mí la puerta de mi Señor con mis perversas costumbres: debiendo llamar para que se

me abriese, empujaba la puerta para que se cerrase. Me atrevía a buscar, lleno de soberbia, lo que no se puede encontrar sino desde la humildad. Yo, en cambio, como un desdichado, creyendo que ya era capaz de volar, abandoné el nido, y antes de volar caí al suelo. Pero el Señor misericordioso me levantó para que no muriese pisoteado por los transeúntes y me puso de nuevo en el nido. Las cosas que ahora, ya seguro en la fe, os propongo y expongo, fueron las que me turbaron" (Sermón 51,6; Cfr. Confesiones 3,5,9).

Cuando que volvió al seno de la Católica Agustín es un trasmisor fiel de la tradición y de la historia de la Iglesia y un teólogo que desarrolla toda una doctrina sobre ella, hasta el punto que se le ha llamado "Doctor de la Eclesiología". Y le llama doctor "porque sus enseñanzas sobre la Iglesia son tan vastas, penetrantes y completas, que han constituido un rico filón para el pensamiento cristiano de todas las edades"¹².

3.1. La Iglesia y Cristo.

Para Agustín la Iglesia se identifica con la obra de Cristo, el Verbo encarnado hecho hombre, que es el Mediador entre Dios y los hombres y el único Salvador. En consecuencia, la esencia del cristianismo es la Iglesia en su origen, autoridad, desarrollo y ministerio, sacramentos, evangelización, caridad, unidad, apostolicidad, santidad, comunión, catolicidad, que continúa sobre la tierra la obra de Cristo; ella es la madre espiritual del hombre y la Maestra de la verdad revelada.

Desde muy pronto Agustín tiene clara la síntesis de lo que entiende por la Iglesia, en la idea de las dos ciudades (cfr. La catequesis de los principiantes 19,31). Después ha ido desarrollando esa síntesis conforme a las circunstancias: el misterio del Cristo total, Cabeza y Cuerpo, Esposo y Esposa, Cristo y la Iglesia, dos en una sola carne, dos en una sola persona (cfr. Comentario al salmo 3,9; 9,14; 17,51; 18,II,10; 26,II,23; 29,II,5; 30,II,3,4; 90,2; Sermón 321,1).

3.1.1. Cristo se hace hombre para fundar la Iglesia.- Es permanente en Agustín afirmar que una de las misiones de Cristo, al hacerse hombre, era fundar la Iglesia: "¿No había Él venido a formar su Iglesia y a separar del resto de la nación, como de la paja al grano...?" (Sermón 137,6). En Cristo se une el Verbo con la naturaleza humana y se asocia la Iglesia: "En él se dignó unirse a la naturaleza humana el hijo unigénito de Dios, para asociar a sí, cabeza inmaculada, a la Iglesia, inmaculada también" (Sermón 191,3). Siendo esto así, los miembros de la Iglesia han de seguir la misma suerte que la Cabeza, que es Cristo mismo: "En Cristo tiene lugar esto, porque en aquel hombre también la Iglesia fue tomada por el Verbo, que se hizo carne y habitó entre nosotros, y a una con Él nos asentó en los palacios celestiales, pues precediendo la cabeza, los otros miembros van detrás" (Comentario al salmo 3,9).

¹² Grabowski, S.J., La Iglesia. Introducción a la teología de San Agustín, Madrid 1965, p. XXXVIII.

Cristo encomendó su Iglesia a sus amigos al marcharse al Padre. Pero por la encarnación se une con su Iglesia que es su Cuerpo. La Iglesia es Madre verdadera que engendra a los cristianos a una vida nueva; que los alimenta con la leche de la verdad y que los fortalece con el pan de la sabiduría. Vuestro Padre es Dios, vuestra Madre, la Iglesia: "Esperad en él, asamblea del nuevo pueblo, pueblo que estás a punto de nacer, pueblo que hizo el Señor; esmérate para ser alumbrado con salud y evitar un aborto propio de las fieras. Pon tus ojos en el seno de la madre Iglesia; advierte su esfuerzo envuelto en gemidos para traerte a la vida, para alumbrarte con la luz de la fe. No agitéis por impaciencia las entrañas maternas, estrechando así las puertas del parto. Pueblo que estás siendo creado, alaba a tu Dios; alaba, alaba a tu Dios, pueblo que te abres a la vida. Alábele porque te amamanta, alábele porque te alimenta; puesto que te nutre, crece en sabiduría y edad. También él aceptó la espera del parto temporal, él que ni sufre mengua por la brevedad del tiempo, ni aumenta por la amplitud del mismo, antes bien excluyó desde la eternidad todas las estrecheces y hasta el tiempo mismo. Como aconseje a un niño aquel hombre bondadoso que lo nutría: No seáis niños en vuestro pensar; sedlo en cuanto a la malicia; sed perfectos en el pensar. Como competentes, haceos adolescentes en Cristo competentemente, para crecer cual jóvenes hasta llegar a ser varones adultos. Como está escrito, alegrad a vuestro padre con vuestro progresar en la sabiduría y no contristéis a vuestra madre con vuestro desfallecimiento" (Sermón 216,7).

Será importante potenciar la unidad con Cristo que ora con nosotros y en nosotros, que sufre en nosotros, que es santo en nosotros, porque los miembros unidos al Cuerpo de Cristo viven del Espíritu de Cristo: "Nadie puede ser justo cuando se separa de la unidad de este Cuerpo. Si amputamos un miembro del cuerpo del hombre vivo, ese miembro no puede ya retener el espíritu vital. Del mismo modo, el hombre que es amputado del Cuerpo de Cristo no puede ya retener el espíritu de justicia, aunque ese miembro retenga la figura que adquirió en el Cuerpo" (Epístola 185,42).

Para llegar a ser aquello que reciben y afirman: el Cuerpo de Cristo, es necesario permanecer en la unidad: "Allí estaba la túnica, dice el Evangelista, tejida de arriba abajo sin costura. Luego procedía del cielo, del Padre, del Espíritu Santo. ¿Cuál es esta túnica, si no es la caridad, la cual nadie puede dividir? ¿Cuál es esta túnica, si no es la unidad? Sobre ella se echa suerte; nadie la divide. Pudieron los herejes dividir los sacramentos, mas la caridad no la dividieron. Y porque no pudieron dividirla, se apartaron; luego ella permanece íntegra. Cupo en suerte a algunos. Quien la posee está seguro. Nadie la mueve de la Iglesia católica, y si alguno comienza a poseerla fuera, se mete dentro como se metió por la paloma el ramo de olivo en el arca" (Comentario al salmo 21,II,19).

3.1.2. De la Iglesia vamos a Cristo y de Cristo a la Iglesia: "Que nadie os engañe: ella es la auténtica, ella la católica. A Cristo no lo hemos visto, pero sí a ella: creamos lo que se nos dice de él. Los apóstoles, le veían a él y creían lo referente a ella. Ellos veían una cosa y creían la otra; nosotros también, puesto que vemos una, creemos la otra. Ellos veían a Cristo, y creían en la Iglesia que no veían; nosotros que vemos la Iglesia, creemos también en Cristo, a quien no vemos, y, agarrándonos a lo que vemos, llegaremos a quien aún no vemos. Conociendo, pues, al esposo y a la esposa, reconozcámoslos en el acta de su matrimonio para que tan santas nupcias no sean objeto de litigio" (Sermón 238,3). De alguna manera, Agustín está diciéndonos que tan privilegiados somos nosotros como los apóstoles y que tanto ellos como nosotros tenemos que ejercitarnos en la fe: "Del mismo modo que ellos le veían a él y

creían lo referente al cuerpo, así nosotros que vemos el cuerpo creamos lo referente a la Cabeza. Sírvanos de ayuda recíproca lo que cada uno hemos visto. Les ayuda a ellos el creer en la Iglesia futura el haber visto a Cristo. La Iglesia que vemos nos ayuda a nosotros a creer que Cristo ha resucitado. Lo que ellos creían se ha hecho realidad; realidad es también lo que nosotros creemos. Se cumplió lo que ellos creyeron de la cabeza; se cumple lo que nosotros creemos del cuerpo. Cristo entero se manifestó a ellos y a nosotros, pero ni ellos ni nosotros le vimos en su totalidad. Ellos vieron la Cabeza y creyeron en el cuerpo; nosotros vemos el cuerpo y creemos en la Cabeza. A ninguno, sin embargo, le falta Cristo: en todos está íntegro" (Sermón 116,6).

Aquí están mezcladas las dos ciudades: "Y así dos ciudades, una de los malvados y otra de los justos, persiguen su camino, desde el comienzo del género humano hasta el fin del mundo, ahora mezcladas con los cuerpos, aunque separadas en las voluntades, y en el día del juicio también deberán ser separadas en cuanto al cuerpo..." (La catequesis de los principiantes 19,31), también están mezclados los dos amores: "Estos dos amores, de los cuales el uno es santo y el otro impuro; el uno social, el otro privado; el uno que busca la utilidad común para conseguir la celestial compañía, el otro que encauza, por el arrogante deseo de dominar, el bien común en propio provecho; el uno que está sometido a Dios, el otro en pugna con él; el uno tranquilo, el otro alborotado; el uno pacífico, el otro sedicioso; el uno que prefiere la verdad a las alabanzas de los que yerran, el otro que está ávido de cualquier clase de honores; el uno caritativo, el otro envidioso; el uno que desea para el prójimo lo que quiere para sí, el otro que ansía someter al prójimo a sí; el uno que gobierna al prójimo para utilidad del mismo prójimo, el otro que le gobierna para su propio provecho; tuvieron asiento en los ángeles, uno en los buenos y otro en los malos, y diferenciaron bajo la admirable e inefable providencia de Dios, que ordena y gobierna todas las cosas creadas, las dos ciudades creadas en medio del género humano; la una de los justos, la otra de los pecadores" (Del Génesis a la letra 11,15,20). La ciudad de Dios es la comunión grandiosa de todos los que se salvan.

La Iglesia, por tanto, es comunión de fe y sacramentos, es decir, es visible, social y jerárquica, necesaria en esta vida por el carácter ministerial, es instituida por Cristo en su humanidad, en su forma de siervo por la encarnación, como sacramento y como ministerio. A la vez la Iglesia es comunión de caridad, es decir, es invisible, interior, procede del Espíritu Santo, del Espíritu de Cristo, que está inseparablemente unido a El. En definitiva, vivir en la Iglesia es vivir en la Verdad y estar seguros: "Igualmente confiesa que se da el Espíritu Santo a los que creen en El; que fue instituida por El nuestra madre la Iglesia, la que se llama Católica porque está difundida por todo el orbe y es universalmente perfecta y en nada claudica. Por fin, enseña que primeramente remite y perdona los pecados a los penitentes, y promete después el reino de los cielos y la vida eterna" (Del Génesis a la letra, incompleto 1,4).

Agustín entiende por Iglesia la comunión de los fieles unidos sustancialmente en la fe en Dios y en Jesucristo, que forman el Cuerpo de Cristo. Pero la Iglesia no es solo el cuerpo de Cristo aquí en la tierra, sino también la sociedad eterna de los elegidos (Cfr. Sermón 341,11). La Iglesia es sociedad visible que está ordenada al fin de su Fundador, es Cuerpo de Cristo y Esposa de Cristo unida indisolublemente a El: "La Iglesia es el cuerpo de Cristo, conforme lo enseña la doctrina apostólica, la cual también se llama esposa. Su cuerpo, compuesto de muchos miembros con diversos oficios, se halla atado con el nudo de la unidad

y de la caridad como si fuera la ligadura de la salud. En el tiempo presente Dios ejercita y purifica con ciertas molestias medicinales a su esposa la Iglesia, para que, al sacarla de este siglo, la junte consigo en la eternidad no teniendo mancha o arruga, o algún parecido defecto" (Sobre la doctrina cristiana 1,16,15). Estando así unida a Cristo su Esposo, puede alumbrar continuamente a la vida sobrenatural de la gracia a un número incontable de fieles.

Para Agustín, la Iglesia es Cristo, Verbo humanado, Mediador entre Dios y los hombres, que continúa sobre la tierra la obra de la salvación. Esta Iglesia es una y única. Para Agustín la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, que él llama sublime, divino y misterioso: "Cuando el Apóstol nos enseñaba una realidad, sin duda grande, divina y oculta, acerca de la diversidad de dones espirituales y, no obstante, en armoniosa unidad, nos puso, una vez más, un ejemplo tomado de nuestra misma carne, sin ocultar, al decir tales cosas, que Dios es su autor" (Contra Fausto 21,8).

3.1.3. Modos de ser de la Iglesia.- Para Agustín la Iglesia tiene diversos modos de ser: celeste, terrestre, o visible e invisible, pero son modos de ser de una misma realidad, que es la comunión de los que por la gracia salvífica de Cristo se han convertido en hijos de Dios y están destinados a la vida eterna. Una cosa es la Iglesia que viven en el tiempo, la Iglesia peregrina, que tiene que soportar dificultades y persecuciones, y otra muy distinta es la Iglesia que se encuentra ya en la patria celeste, que goza de la visión de la Trinidad: "Aquí la Iglesia ha de entenderse en toda su universalidad, no sólo aquella que peregrina en la tierra, alabando el nombre de Dios desde la salida del sol hasta su ocaso y cantando un cántico nuevo después de la antigua cautividad, sino también aquella otra que siempre ha estado unida a Dios en los cielos desde que fue fundada y que no experimentó el mal de su caída, manteniéndose inmutablemente feliz en los santos ángeles, y que ayuda, como conviene, a la parte que aún peregrina; porque ambas serán una sola Iglesia por la participación de la eternidad, como ya lo son ahora por el vínculo de la caridad, la cual fue toda ella ordenada para adorar al único Dios... Así, pues, es templo de Dios, es decir, de toda la suma Trinidad, la santa Iglesia, es, a saber, toda la Iglesia, la del cielo y la de la tierra" (Enquiridión 57,15). Y más adelante dice: "Esta Iglesia de Dios, que está formada por los santos ángeles y virtudes, se nos dará a conocer tal cual es cuando estemos al fin unidos a ella, para poseer juntamente la eterna felicidad. Mas la que peregrina en la tierra nos es más conocida, porque estamos en ella y porque está formada de hombres como nosotros" (Enquiridión 61,16).

La distinción entre Iglesia peregrina e Iglesia triunfante, a veces viene descrita por Agustín en términos de vida; son dos vidas que debe custodiar y potenciar: "Así, pues, la Iglesia tiene conocimiento de dos vidas que le han sido predicadas y encomendadas por divina inspiración, de las cuales una vive en la fe y la otra en la contemplación; la una en el tiempo de peregrinación, la otra en la eternidad de la mansión; la una en el trabajo, la otra en el descanso; la una en el camino, la otra en la patria; la una en el trabajo de la actividad, la otra en el premio de la contemplación; la una se aparta del mal para obrar el bien, la otra no tiene mal alguno que evitar y tiene un grande bien de que gozar; la una se bate con el enemigo, la otra reina sin enemigo; la una se hace fuerte en las adversidades, la otra no siente nada adverso; la una refrena las concupiscencias carnales, la otra se entrega a deleites espirituales; la una se afana por conseguir la victoria, la otra vive segura en la paz de la victoria; la una necesita ayuda en las tentaciones, la otra sin tentación alguna se goza en su protector; la una socorre al necesitado, la otra está donde no hay necesidades; la una perdona los pecados ajenos para que le sean perdonados los propios, la otra no tiene qué perdonar no

qué le sea perdonado; la una es sacudida por los males para que no se engría en los bienes, la otra por la plenitud de la gracia carece de todo mal para que sin peligro alguno de soberbia esté adherida al sumo Bien; la una debe discernir entre el bien y el mal, la otra sólo contempla el bien; en conclusión, la una es buena, pero aún llena de miserias; la otra es mejor y bienaventurada. Esta es figurada por el apóstol Pedro; aquella, por Juan. Esta se desenvuelve totalmente aquí hasta el fin del mundo y allí encuentra su fin; aquella será completa después de esta vida, pero en la otra vida no tendrá fin" (Comentario al evangelio de Juan 124,5).

Por otra parte, la distinción entre Iglesia visible e Iglesia invisible es de suma importancia para la eclesiología; la visible está constituida por los que pertenecen a ella exteriormente, visiblemente, mediante la profesión de fe y recepción de los sacramentos, la invisible está constituida por los que pertenecen a su alma, que se identifica con la gracia de Cristo comunicada por el Espíritu. La verdadera Iglesia es la invisible, es cierto que pertenecer a la Iglesia visible es condición necesaria, pero no suficiente para pertenecer a la iglesia invisible, se necesita la gracia de Cristo. Para poder recibir todos los frutos de los sacramentos, no basta con recibir el sacramento, es necesario pertenecer a la Iglesia invisible: "Luego el que forma parte de la unidad de ese cuerpo, es decir, el que es miembro de ese organismo integrado por los cristianos, que comulgan habitualmente del altar en el sacramento de su cuerpo, ese es de quien puede decirse que come el cuerpo de Cristo y bebe su sangre. De ahí que los herejes y cismáticos, separados de la unidad del cuerpo, pueden, sí, recibir el mismo sacramento, pero de nada les sirve; es más, se les vuelve perjudicial, porque su sentencia será mucho más rigurosa que la de una, siquiera tardía, liberación. Porque no están, de hecho, integrados con el vínculo de paz expresado en aquel sacramento. Pero, por otra parte, los que están en lo cierto al decir que no puede comer el cuerpo de Cristo quien no está en el cuerpo de Cristo, prometen equivocadamente a los que se han desgajado de la unidad de ese cuerpo y han caído en la herejía e incluso las supersticiones de la gentilidad, que su liberación del eterno tormento del fuego tendrá lugar alguna vez... Finalmente, dice el mismo Cristo: El que come mi cuerpo y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Aquí manifiesta lo que es comer no sólo sacramentalmente, sino realmente, el cuerpo de Cristo y beber su sangre. Esto es, en efecto, permanecer en Cristo para que Cristo permanezca en él. La frase equivale a esta otra: 'El que no permanece en mí ni yo en él, que no diga ni crea que come mi cuerpo o bebe mi sangre'. No permanecen, por lo tanto, en Cristo quienes no son sus miembros" (La ciudad de Dios 21,25,2-4).

3.2. La Iglesia nació del costado abierto de Cristo y es Esposa y Madre.

Para Agustín el nacimiento de la Iglesia hay que situarlo en la cruz de Cristo, cuando fluyen los sacramentos del costado traspasado por la lanza: "Serán dos en una carne, que es el gran misterio de Cristo y su Iglesia, ya podemos buscar a Cristo en todas las partes y beber vino de todas las hidrias. Duerme Adán para que Eva sea formada, y muere Cristo para que nazca la Iglesia. Mientras duerme Adán es formada Eva de una costilla. Después de muerto Cristo, la lanza hiere su costado. Entonces fluyen de allí los sacramentos para que por ellos se forme la Iglesia" (Comentario al evangelio de Juan 9,10).

3.2.1. La Iglesia es el Cuerpo y la Esposa de Cristo.- Sin duda "la faceta que él amaba más entrañablemente, la que nunca se cansaba de enseñar, repetir, enaltecer y exponer a sus oyentes, era la de la Iglesia considerada como Cuerpo místico de Cristo. La unión de los

creyentes con Cristo en la formación de su Iglesia es algo "sublime, divino y misterioso" (Contra Fausto 21,8)" (Grabowski, S., La Iglesia o.c., p.5). Entre la Iglesia y Cristo existe una unión sumamente íntima, hasta el punto que las acciones y sufrimientos de la Iglesia son acciones y sufrimientos de Cristo mismo: "Habla Cristo, porque habla la Iglesia en Cristo y Cristo en la Iglesia, el cuerpo en la cabeza y la cabeza en el cuerpo... Luego todos nosotros, unidos a nuestra Cabeza, Cristo, somos vigorosos, pero sin nuestra Cabeza no valemos para nada. ¿Por qué? Porque, unidos a nuestra Cabeza, somos vid; sin nuestra Cabeza, lo que Dios no permita,, somos sarmientos cortados, destinados no para ser empleados por los agricultores, sino para el fuego... ¡Oh Señor!, sin ti, nada; contigo, todo. En efecto, todo lo que obra El por nosotros parece que lo ejecutamos nosotros. El puede mucho; aún más, todo sin nosotros; nosotros no podemos nada sin El" (Comentario al salmo 30,II,s.1,4).

3.2.2. La Iglesia es madre.- En la Iglesia y por la Iglesia continúa Cristo su misión salvadora para los hombres, de esta manera la Iglesia se convierte en madre espiritual de todos los cristianos. La Iglesia es virgen y madre, que da a luz espiritualmente a los miembros de Cristo: "Siendo también la iglesia universal virgen desposada con un solo varón, que es Cristo, como dice el Apóstol, ¿cuán dignos de honor no han de ser sus miembros, que guardan en su carne lo que toda ella guarda en su fe? La Iglesia imita a la madre de su Esposo y Señor; porque la Iglesia también es virgen y madre. Pues, si no es virgen, ¿por qué celamos su virginidad? Y, si no es madre, ¿a qué hijos hablamos? María dio a luz corporalmente a la Cabeza de este Cuerpo; la Iglesia da a luz espiritualmente a los miembros de esa Cabeza. Ni en una ni en la otra la virginidad ha impedido la fecundidad; ni en una ni en otra la fecundidad ha ajado la virginidad. Por tanto, si la Iglesia universal es santa en el cuerpo y en el espíritu, y, sin embargo, no es toda virgen en el cuerpo, aunque sí en el espíritu, ¿cuánto más santa sería en aquellos miembros en los que es virgen a la vez en el cuerpo y en el espíritu?" (Sobre la santa virginidad 2,2).

Agustín considera a la Iglesia como madre virginal, semejante a María que fue fecundada por el Espíritu Santo; a través del bautismo da a luz a muchos hijos: "Toda la madre Iglesia es la que hace eso, porque toda ella es la que da a luz a todos y cada uno. El sacramento del bautismo cristiano es uno y el mismo, es válido y suficiente para efectuar la consagración aun entre herejes, aunque no basta para dar la participación en la vida eterna" (Epístola 198,5). Siendo esto así, esta madre ha de ser amada por todos sus hijos: "Cuando oísteis, ¿quién encontrará la mujer fuerte?, no penséis que habla de aquella Iglesia que está oculta, sino de aquella que fue encontrada por uno para que a nadie se ocultara. Por lo tanto, merece ser descrita, alabada, recomendada, amada como madre por todos nosotros, pues es esposa de un solo marido" (Sermón 37,2).

La Iglesia es madre porque en ella se genera a la vida de Dios a todos por medio del Espíritu Santo. Por eso Agustín nos invita a mirar a Dios como Padre y a la Iglesia como madre: "Amemos al Señor, Dios nuestro; amemos a su Iglesia; a El como Padre, a ella como a madre; a El como a Señor, a ella como a Esclava, porque somos hijos de la Esclava. Pero este matrimonio se halla unido con gran caridad. Nadie ofende al uno y tiene propicio al otro... ¿De qué te aprovecha no ofender al padre que reclama venganza por la madre ofendida? ¿De qué te aprovecha ensalzar al Señor, honrar a Dios, elogiarle, reconocer y alabar a su Hijo, que está a la derecha del Padre, si ultrajas su Iglesia?... Luego, carísimos, retened todos unánimemente a Dios por padre, y a la Iglesia por madre" (Comentario al Salmo 88,2,14).

La Iglesia es madre porque da a luz a sus hijos, que son los miembros de Cristo: "Y a vosotros, a quienes estoy hablando, que sois miembros de Cristo, ¿quién os ha dado a luz? Oigo la voz de vuestro corazón: la Madre Iglesia. Esta Madre santa, honorable, semejante a María, da luz y es virgen. Que da a luz, lo pruebo por vosotros mismos: habéis nacido de ella; y da a luz a Cristo, pues sois miembros de Cristo... Cuando fuisteis bautizados, entonces nacisteis los hijos de la madre, miembros de Cristo. Traed ahora al lavatorio del bautismo a los que podáis" (Sermón 72 A,8).

La Iglesia, que es nuestra madre, es atacada y está en permanente peligro, atacada por los falsos hijos, por eso pide a sus hijos auténticos que la defiendan y la ayuden en la tarea de cuidar de todos, que superen su estado infantil y se pongan a trabajar: "Ella os concibió, os dio a luz en sangre de mártires, os parió a la luz sempiterna, os nutrió y nutre con la leche de la fe, os prepara alimentos más sólidos, y se lamenta porque queréis ser niños y lanzar vagidos sin dientes. Esta Madre, difundida por todo el orbe, se ve agitada por variados y múltiples ataques del error: algunos hijos abortivos ya no dudan en luchar contra ella con armas desenfrenadas. Por la cobardía y pesadez de algunos que tiene que llevar en su regazo, se lamenta de que sus miembros se resfrían en muchos lugares y se hace menos capaz de llevar a sus pequeños. ¿Cómo podrá lograrlo sino por otros hijos, por otros de sus miembros en cuyo número te encuentras tú, y a los que pide auxilio justo y debido? ¿Olvidarás sus necesidades para entretenerte en palabras carnales? ¿Acaso no hace llegar a tus oídos todo esto con lamentos más tristes? ¿No te muestra sus entrañas y sus celestiales pechos? Ten en cuenta, además, que su Esposo asumió la carne para que no te adhieras a lo carnal, y que todo lo que tu madre te presenta lo toleró el Verbo eterno para que tú no te enredaras en ello" (Epístola 243,8).

3.2.3. Trabajar para la Iglesia.- Lo que la Iglesia es para nosotros, debe también serlo por medio nuestro: "La Esposa sois vosotros mismos, si amáis lo que ama ella; y amáis lo que ama ella si pertenecéis a ella... Os amonesto y ruego por la santidad de estas nupcias que améis a esta Iglesia, y permanezcáis en esta Iglesia, y seáis de esta Iglesia. Amad al Buen Pastor, el bello Esposo que a nadie engaña, que a nadie quiere ver perdido. Rogad también por las ovejas descarriadas, para que también ellas vengan a nosotros y reconozcan y amen la verdad, y no haya sino un solo rebaño y un solo pastor" (Sermón 138,7 y 10). En el fondo lo que está diciendo Agustín es que los miembros de Cristo tienen la obligación de comunicar la buena noticia que ellos han recibido y así aumentar los miembros de Cristo hasta llegar al Cristo Total: "Cuando comenzare Cristo a habitar en el interior del hombre por la fe y comenzare el invocado a poseer al que confiesa, se constituye el Cristo total, cabeza y cuerpo, y de todos se hace uno... Cristo se predica a sí mismo, se predica también en sus miembros ya existentes para atraer a otros, para que asimismo se acerquen los que aun no eran y se unan a sus miembros, por los cuales se predicó el Evangelio; y así se forme un solo cuerpo bajo una sola cabeza, con un mismo espíritu y una sola vida" (Comentario al salmo 74,4).

Desde Agustín tenemos que decir que una de las misiones más importantes que tienen los miembros de la Iglesia es conquistar a otros miembros para esta Iglesia, pero esta misión la reciben del mismo Cristo, porque son enviados por El para ganar a otros; así hemos nacido nosotros: "No le conocimos en la carne y merecimos comer su carne y ser miembros de su carne, porque él envió a nosotros: ¿A quiénes? A sus heraldos, a sus discípulos, a sus siervos, a sus redimidos, a quienes creó, y también a sus hermanos, a quienes redimió. Es muy poco

lo que he dicho: envió a sus miembros, a sí mismo; porque envió a nosotros a sus miembros y nos hizo miembros suyos" (Comentario al Evangelio de Juan 31,11). Es la misión del amor, es decir, si amamos a Dios, no podemos por menos de hablar de él a todos los que nos encontremos y de llevarlos hasta él: "¿Cuál ha de ser tu ocupación? Alabar a quien amas y conseguir amadores para que le amen contigo. Si amases al auriga, ¿no arrastrarías a todos para que le aclamasen contigo? El amante del auriga, en dondequiera se halle, habla de él para que con él también le amen los demás. ¡Gratuitamente son amados los hombres disolutos, y se recaba premio de Dios para amarle! Ama gratuitamente a Dios. No rehúses llevar a Dios a cuantos puedas. Arrastrad hacia El a cuantos podáis, a cuantos le habéis de poseer" (Comentario al salmo 72,34). Ser miembros del cuerpo de Cristo, pertenecer a la Iglesia, implica la tarea de alabar al Señor desde el amor y en el amor, y sin envidias empujar a los demás al mismo amor, porque los miembros de Cristo han aprendido a vivir la comunión y nunca pueden ni alabar ni amar uno solo: "Hermanos, todo el que pertenece al cuerpo de Cristo debe entregarse a engrandecer al Señor con él. El que obra de este modo ama al Señor. ¿Y cómo lo ama? No envidiando a su coamador... No quiero yo solo engrandecer al Señor; no quiero yo únicamente amarle; no quiero entregarme yo solo a Él, pues no temo que, si yo soy abrazado por Él, no pueda echar a otros las manos. Tanta es la amplitud de la Sabiduría de Dios, que todas las almas pueden ser abrazadas y gozar... Averguéncense los que de tal modo aman a Dios, que envidian a otros... Si amáis a Dios, arrastrad al amor de Dios a todos los que con vosotros están unidos y a todos los que se hallan en vuestra casa" (Comentario al salmo 33,s.2,6).

3.3. La Iglesia como sociedad visible, una, católica, apostólica y santa.

3.3.1. La Iglesia compuesta de buenos y malos.- Para Agustín la Iglesia en esta vida está compuesta de una mezcla de buenos y malos: "La Iglesia de este tiempo es semejante a una era que tiene grano y paja mezclados, es decir, buenos y malos juntos; pero después del juicio tendrá solamente buenos sin malo alguno" (Sermón 223, 2). Los pecadores son miembros imperfectos de la Iglesia, es cierto que no están separados totalmente de la Iglesia, pero tampoco están perfectamente unidos a ella, será necesario que se conviertan, porque "no es cuerpo del Señor el que no ha de estar con El para siempre" (Sobre la doctrina cristiana 3,32,45). De hecho Agustín dice que los que están enfrentados con Cristo, no pueden pertenecer a la Iglesia: "Tampoco están consagrados a la Iglesia los que parecen estar dentro y viven enfrentados con Cristo, es decir, obran contra los mandatos de Cristo; y en modo alguno se puede juzgar que pertenezcan a aquella Iglesia, que purifica él con el agua y la palabra del bautismo, para proporcionarse una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga o cosa semejante. Y si ellos no están en esta Iglesia, por no ser sus miembros, no están en la Iglesia de la que se afirma: Una sola es mi paloma, una la hija para su madre, pues es ella lo que no tiene mancha ni arruga. Atrévase alguien a afirmar que son miembros de esta paloma los que renuncian al mundo con palabras mas no con obras" (Tratado sobre el bautismo 4,3,4; está analizando la epístola 73 de Cipriano).

Contra los donatistas Agustín reclama las parábolas del Reino para mostrar que la intención de Jesús no fue instituir una comunidad sólo de santos, sino una comunidad donde están mezclados buenos y malos: "Por tanto, os advertimos, hermanos, que la Iglesia militante es una era. Muchas veces hemos dicho, y lo repetiremos otras tantas, que la iglesia tiene paja y trigo. Nadie pretenda retirar toda la paja hasta que llegue el tiempo de la bielta. Nadie abandone la era antes de la bielta por no querer tolerar a los pecadores, no sea que,

hallándose fuera de la era, sea comido por las aves antes de entrar en el granero. ¿Por qué decimos esto? Atended, hermanos. Cuando los granos comienzan a ser trillados, ya no se tocan estando en la trilla entre la pajas, y de esta manera no se conocen, porque se interponen las pajas. Y cualquiera que de lejos observa la era, juzga que es sólo paja. Si no mira con más atención, si no alarga la mano, si no sopla, es decir, si no separa la paja del grano soplando, difícilmente llegará a percibir los granos. Luego algunas veces de tal suerte se hallan como separados los mismos granos unos de otros sin tocarse, que piensa cada uno de ellos, al ser bueno, que está solo" (Comentario al salmo 25,2,5). Por tanto, es cierto que no todos los que están en la Iglesia forman parte del cuerpo de Cristo, y, por otra parte, es necesario permanecer siendo miembros vivos para no ser arrojados fuera: "En este siglo perverso, en estos días calamitosos, en que la Iglesia conquista su exaltación futura por medio de la humildad presente, y es adoctrinada con el aguijón del temor, el tormento del dolor, las molestias de los trabajos y los peligros de las tentaciones, teniendo en la esperanza su único consuelo, si acierta a dar con el consuelo auténtico, se encuentran muchos réprobos mezclados con los buenos. Los unos y los otros se ven reunidos como en la red evangélica; y en este mundo, como en el mar, nadan encerrados sin discriminación en las redes hasta llegar a la orilla, donde los malos serán separados de los buenos, y en los buenos como en su templo sea Dios todo para todos" (La ciudad de Dios 18,49).

Incluso entre los pastores de la Iglesia los hay que buscan su propio interés y no el de Jesucristo, pero esto no debe perturbarnos: "Hay algunos que ocupan la cátedra pastoral para mirar por las ovejas de Cristo. Pero hay otros que las ocupan para gozar de sus honores temporales y comodidades seculares. Es preciso que en la misma Católica perduren hasta el fin del siglo y hasta el juicio del Señor estos dos linajes de pastores, pues unos nacen mientras otros mueren. Ya en los tiempos apostólicos había algunos falsos hermanos, entre los que gemía el Apóstol diciendo: Peligros en los falsos hermanos. Pero no se apartó de ellos por soberbia, sino que los soportó con tolerancia" (Epístola 208,2).

Para Agustín la Iglesia es la ciudad santa, la ciudad que está fundada en el cielo, pero que todavía peregrina en la tierra: "La ciudad santa, la ciudad creyente, la ciudad peregrina está fundamentada en el cielo" (Sermón 105,9); en medio de defectos y sombras, ella es la auténtica depositaria de la salvación de Dios. La Iglesia es la única manifestación en la tierra del designio de Dios: "De esta realidad quiso que fuera sacramento cotidiano el sacrificio de la Iglesia, que, siendo cuerpo de la misma cabeza, aprendió a ofrecerse a sí misma por medio de El" (La Ciudad de Dios 10,20).

3.3.2 Propiedades fundamentales de la Iglesia.- Las notas o propiedades fundamentales de la Iglesia son la unidad, la apostolicidad y universalidad y la santidad. Estas notas Agustín las explica ampliamente, nosotros vamos ahora, aunque sea muy brevemente porque no da más de sí nuestro tiempo, a detenemos en estas propiedades. En un sermón predicado con motivo de la entrega del Símbolo a los que se iban a bautizar, les dice: "Una sola cosa recomiendo a vuestros corazones: alejad, por todos los modos, vuestro espíritu y vuestro oído de todo el que no es católico, para que podáis alcanzar la remisión de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna mediante la Iglesia una, verdadera, santa y católica, que es aquella en la que se conoce al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, un único Dios, a quien corresponde el honor y la gloria por los siglos de los siglos" (Sermón 215,9).

*** La unidad de la Iglesia verdadera.** Agustín habla de la unidad de la Iglesia universal frente a los donatistas que eran bastante provincianos: "Porque no oculté tu misericordia y tu verdad a la gran congregación, a la Iglesia de unidad, extendida por el orbe de la tierra, atiende a los miembros heridos, atiende a los delincuentes y pecadores y no apartes tu misericordia" (Comentario al salmo 29,20). Por otra parte, defiende la unidad de la Iglesia siempre que tiene que refutar alguna herejía o que tiene que poner en claro la fe de la Iglesia que vive por la caridad, sin la cual no somos nada: "Pues recomendándonoslo estas palabras del Apóstol (1Cor. 13,1-3), solemos recordaros a vosotros la eminencia de la caridad, cómo nada aprovecha a los hombres, aunque tengan los sacramentos y la fe, si no tienen la caridad, de suerte que cuando venís a la unidad católica, comprendáis qué es lo que se os da y cuánto es lo que os falta, pues la caridad cristiana no puede conservarse sino en la unidad de la Iglesia, y así podáis ver que sin ella no sois nada, aunque tengáis el bautismo y la fe, y mediante ella podáis trasladar los montes. Si éste es también vuestro parecer, no rechacemos y expulsemos de nosotros ya los sacramentos de Dios que conocemos, ya la misma fe; antes bien, mantengamos la caridad, sin la cual ni con los sacramentos ni con la fe somos nada. Pero mantenemos la caridad si abrazamos la unidad, y abrazamos la unidad si no la configuramos conforme a nuestro partido con nuestras palabras, sino la reconocemos en la unidad por las palabras de Cristo" (Réplica a las cartas de Petiliano 2,77,172).

En una carta escrita a un sacerdote del partido de Donato, le dice: "Establecido fuera de la Iglesia, separado del organismo de la unidad y del vínculo de la caridad, serías castigado con eterno suplicio, aunque fueses abrasado vivo por el nombre de Cristo... Mira con diligencia si eres llamado al error y a la impiedad, o eres llevado hacia la verdad y piedad, porque ahí están la cristiana unidad y la caridad del Espíritu Santo. ¿Por qué te empeñas en ser enemigo de ti mismo?" (Epístola 173,6).

La Eucaristía es el principio de la unidad visible y conduce a plenitud la obra comenzada en el bautismo en favor de la unidad; Agustín hace una llamada a la unidad eclesial mediante la participación en la misma mesa eucarística: "¿Por qué no hemos de trabajar juntos en ser trigo en la unidad de la era dominical y en tolerar juntos la paja? Dime, por favor, ¿por qué no, por qué motivo, por qué bien, por qué utilidad? Se rompe la unidad para que los pueblos rescatados con la sangre del único Cordero se enciendan en afanes contrarios y recíprocos, para que nos dividamos, como si fuesen nuestras las ovejas del Padre de familias... Se rompe la unidad para que el esposo vaya por un lado y la esposa por otro... Se rompe la unidad para que los vecinos, ciudadanos, amigos, huéspedes y cuantos se ven allegados por la convivencia humana, todos ellos cristianos, estén de acuerdo para organizar festines, dar y recibir sus hijos en matrimonio, comprar y vender, estipular pactos y contratos, en el saludo, en el acuerdo, en la conversación y en todos sus asuntos y negocios, y entretanto no estén de acuerdo en el altar de Dios. Por lo menos en el altar deberían deponer la discordia que en cualquier parte y tiempo hayan concebido; en conformidad con el precepto del Señor, deberían ir primero a reconciliarse con sus hermanos y entonces volver a ofrecer el don del altar. Pues ahora justamente disienten en el altar los que en todas partes están de acuerdo" (Epístola 108,17).

*** Catolicidad de la Iglesia verdadera.** Agustín con esta nota se refiere a la universalidad o totalidad de la Iglesia: "Creemos también en la Santa Iglesia, que, por cierto, es la católica" (La fe y el Símbolo de los Apóstoles 10,21). Uno de los fines de la Encarnación era fundar la Iglesia: "Pues ¡qué!, ¿no había él venido a formar su Iglesia y a

separar del resto de la nación, como de la paja el grano, a los israelitas que creían y esperaban bien y amaban bien, para hacer de la circuncisión un muro, al que había de juntarse otro muro, el de la gentilidad, y ser él mismo la piedra angular donde se reunirían estas dos paredes de dirección diversa?... Las barcas eran dos, pero significaban una Iglesia única, unificada en Cristo, hecha de dos pueblos que venían de dirección distinta" (Sermón 137,6).

Cristo ha quedado presente en esta Iglesia que había fundado y la protege hasta el fin de los tiempos. La Iglesia católica está extendida por toda la tierra: "Ya hemos mostrado a la Iglesia en el Verbo de Dios, su Esposo; Iglesia anunciada tanto por la Ley, los Profetas y los Salmos como por su propia boca; Iglesia que ha de empezar en Jerusalén y llegar hasta los confines del orbe entero. Y cómo empezó por Jerusalén y, extendida desde allí a todos los pueblos, está dando fruto, nos lo demuestra la misma palabra de Dios a través de los apóstoles" (Carta a los católicos sobre la secta donatista 11,29. Para evitar confusiones recordamos que este escrito suele figurar como La unidad de la Iglesia).

La catolicidad sólo la posee la Iglesia católica y es esta catolicidad, nos confiesa Agustín, una de las razones que le hace permanecer en la Iglesia: "Aun dejando de lado esta sabiduría que vosotros no creéis que se halle en la Iglesia católica, hay muchas otras cosas que me sujetan justamente en su seno. Me sujeta el consenso de los pueblos y las naciones; me sujeta su autoridad incoada con milagros, nutrida con la esperanza, acrecentada con el amor y asentada con la antigüedad. Me sujeta la sucesión de sacerdotes desde la misma cátedra del apóstol Pedro a quien el Señor confió, después de su resurrección, el pastoreo de sus ovejas, hasta el episcopado actual. Me sujeta finalmente el mismo nombre de 'católica' que no sin motivo sólo esta Iglesia obtuvo entre tantas herejías. Así, no obstante que todos los herejes quieren llamarse católicos, cuando algún forastero pregunta dónde se reúne la católica, ninguno de ellos osa indicarle la propia basílica o casa" (Réplica a la carta llamada 'del Fundamento' 4).

La Iglesia católica está extendida por todas las partes, mientras que los cismáticos y herejes sólo se encuentran en algunos lugares de la tierra: "Hay ovejas extraviadas en toda la faz de la tierra. No todos los herejes se hallan en toda la tierra, pero en toda ella hay herejes. Unos aquí, otros allí, pero en ningún lugar faltan. Ni ellos mismos se conocen; hay una secta en Africa, otra herejía en Oriente, otra en Egipto, otra en Mesopotamia, por poner algunos ejemplos. Se hallan en diversos lugares. A todos los ha engendrado una misma madre, la soberbia, del mismo modo que una única madre nuestra, la Católica, ha engendrado a los fieles cristianos extendidos por todo el orbe. Nada de extraño es que la soberbia produzca división, y la caridad, unidad. Con todo, la misma madre Católica, y en ella el pastor mismo, busca por todos los lugares a los extraviados, conforta a los débiles, cura a los enfermos, venda a los quebrados; a los unos los libra de éstos, a los otros de aquellos, que resultan desconocidos entre sí. Ella, sin embargo, les conoce a todos, porque con todos está mezclada. Por ejemplo, en Africa existe el partido de Donato, no los eunomianos, y mezclada con el partido de Donato está la Católica. En Oriente, donde no existe el partido de Donato, están los eunomianos, y con ellos está allí la Católica. Ella es como la vid que al crecer se extiende por todas las partes; aquellos, como los sarmientos inútiles, cortados con la podadura del agricultor a causa de su esterilidad, para que la vid sea podada, no para ser cortada. Los sarmientos permanecieron allí donde fueron cortados. La vid, por el contrario, crece por todos los lugares y conoce sus sarmientos, los que permanecieron en ella, y tiene junto a sí a los que de ella fueron cortados" (Sermón 46,18).

La catolicidad o universalidad de la Iglesia es la unidad de comunión de todos los miembros de Cristo en el mundo entero. La Iglesia presente es una comunión santa y trascendente, como Cuerpo, Esposa, Pueblo de Dios, pero no es una comunión solamente de santos, sin arruga ni mancha, como querían los donatistas, así será la futura, celeste e inmortal. La Iglesia verdadera católica o universal es la comunión fraterna total, como pueblo, templo de Dios y cuerpo de Cristo, que exige una vida espiritual cristiana, y el ejercicio continuo de las virtudes animadas por la caridad, que hace que todos seamos uno en Cristo y seamos santos y puros, aunque en esta vida haya buenos y malos.

La vocación de la iglesia a la universalidad es también la vocación de cada uno de sus miembros, es decir, todos y cada uno de los fieles debemos tener la preocupación de ganar para Dios a todos los hombres de todos los pueblos, no podemos conformarnos con los que ya hemos conocido y aceptado la Buena Noticia del Reino. Para Dios, y debe ser también para nosotros, los que aun no creen son también candidatos a la Iglesia: "Siendo tal tú, anuncias a Cristo. ¿Qué fiel no anuncia a Cristo? Atienda vuestra caridad, ¿Pensáis que sólo nosotros, que estamos de pie aquí, anunciamos a Cristo y que vosotros no lo anunciáis? ¿Cómo es que vienen a nosotros, queriendo ser cristianos, aquellos a los que nunca vimos, aquellos a los que no conocemos, aquellos a los que jamás hemos predicado? Pero ¿creyeron sin haberles nadie anunciado la palabra de Dios? El Apóstol dice: ¿Cómo creerán a aquel que no oyeron y cómo oirán, si no hay quien predique? Luego toda la Iglesia predica a Cristo y los cielos anuncian su justicia, porque todos los fieles, para quienes es un deber ganar para Dios a los que aún no han creído, si lo hacen por caridad son cielos. Desde ellos Dios infunde el terror de su juicio, y así el que era infiel se atemoriza y cree. Declarad a los hombres, hablándoles y atrayéndolos para amar a Cristo, qué pudo hacer Cristo por todo el orbe de la tierra. ¡Cuántos arrastraron hoy a sus amigos al pantomimo, o al cómico, o al flautista! ¿Y por qué lo hicieron? Por amor a él. Amad también vosotros a Cristo, pues Aquel que venció al mundo ofreció tales espectáculos, que nadie puede echarle en cara algo digno de reprensión. Mas en el teatro sucede algunas veces que uno es vencido en aquel a quien ama. En Cristo nadie es vencido, pues nadie tiene de qué avergonzarse. Arrebatad, conducid, arrastrad a cuantos podáis. Estad seguros que los lleváis hacia Aquel que no desagrada a los que le contemplan y rogad que los ilumine y que miren bien" (Comentario al salmo 96,10).

*** La apostolicidad de la Iglesia verdadera.** La apostolicidad intenta manifestar la continuidad de la misión, de la doctrina y de la jerarquía de la Iglesia. Agustín siempre habla de la sucesión apostólica, de la tradición apostólica, de las Iglesias apostólicas; es más, según Agustín, la Iglesia no puede ser universal si no es apostólica: "Muchos han sido separados de la raíz de la sociedad cristiana, la que por medio de las sedes apostólicas y sucesión de los obispos se difunde por el orbe y se propaga con seguridad. Ellos se glorían del nombre cristiano por las apariencias de su origen, pero son ya sarmientos secos" (Epístola 232,3).

Agustín en la réplica a Fausto, para afirmar la integridad del Evangelio de San Mateo, sobre todo el relato del nacimiento, que los maniqueos no aceptaban, se remite a la tradición apostólica y a la sucesión de los obispos hasta hoy: "Nada más empezar a leer el evangelio de su apóstol Mateo, donde se teje todo el relato de su nacimiento, te falta tiempo para afirmar que no es de Mateo el relato que toda la Iglesia, desde las sedes apostólicas hasta los obispos actuales en sucesión garantizada, dice que es de Mateo... Creed vosotros también que es de Mateo este libro que la iglesia trajo, sin solución temporal, desde la época en que el mismo

Mateo vivía en la carne hasta nuestros días, a través de una sucesión asegurada por la unidad" (Contra Fausto 28,2). Y con otros textos falsos, apela a la misma tradición apostólica: "En verdad que ése lo ha tomado de los apócrifos testimonios atribuidos a los apóstoles Andrés y Juan. Si fuesen de ellos los habría recibido la iglesia, que desde los mismos apóstoles, por la sucesión visible de los obispos, desciende desde ellos hasta nuestros días, y después. Y ofrece a Dios en el cuerpo de Cristo un sacrificio de alabanza" (Réplica al adversario de la ley y los profetas 1,20,39).

A los donatistas les dice Agustín que en la lista de sucesión desde Pedro hasta el obispo de Roma, no hay ningún donatista: Si vamos a considerar el orden de los obispos que se van sucediendo, más cierta y consideradamente empezaremos a contar desde Pedro, figura de toda la Iglesia, a quien dijo el Señor: Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no la vencerán. A Pedro sucedieron Lino, Clemente, Anacleto... En este orden de sucesión no se encuentra ningún obispo donatista. Sólo recientemente enviaron un consagrado, que con unos pocos africanos se ganó en Roma el apelativo de montenses" (Epístola 53,2).

*** La santidad de la Iglesia verdadera.** La santidad consiste en la unión con Dios y la mayor unión con Dios de la naturaleza humana es la del Verbo, que es Dios hecho hombre: "¿Qué significa: Por ellos me santifico yo a mí mismo, sino que los santifico en mí mismo, siendo ellos yo? Porque estos de quienes ahora habla son, como dije antes, miembros suyos, y un solo Cristo es cabeza y cuerpo... Entonces se santificó en sí, esto es, se santificó a El, hombre, en El, Verbo, ya que el Verbo y el Hombre son un solo Cristo, que santifica al Hombre en el Verbo. Y en atención a sus miembros dice: Y por ellos yo me santifico, es decir, para que también a ellos les sea provechoso, porque también ellos son yo, como a mí me fue provechoso en mí, porque soy hombre sin ellos: También yo me santifico a mí mismo, esto es, los santifico a ellos en mí como a mí mismo, porque ellos en mí son también yo" (Comentario al evangelio de Juan 108,5). Agustín habla de la Iglesia como de la "Santa Iglesia de Dios" (Comentario a la primera epístola de Juan. Prólogo). Si la Iglesia es la prolongación y la plenitud de la vida visible y terrena de Cristo, como afirma Agustín: "Pero más cumplidamente el cuerpo del Señor es la santa Iglesia, cuya Cabeza subió al cielo" (Comentario al salmo 111,1), es normal que una de sus notas características sea la de su santidad.

La Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo, es santa, aunque ahora esté compuesta de santos y pecadores: "Lo mismo al decir: 'La Iglesia gloriosa que Dios se eligió sin arruga ni mancha', lo dije no porque lo sea ahora totalmente, aunque no tengo duda alguna de que ha sido elegida para eso, para que lo sea, cuando aparezca Cristo vida suya; pues entonces también ella misma aparecerá con El en gloria por la cual es llamada Iglesia gloriosa" (Retractaciones 1,19,9). Ser hijo de la Iglesia es lo mismo que ser santo: "Viviendo ya entre el número de los santos, es decir, entre la muchedumbre de los hijos de la Iglesia" (Comentario al salmo 93,12).

Agustín, frente a los donatistas, siempre defiende la santidad universal de la Iglesia; en ella está presente Dios formando con todos los miembros un solo edificio: "Dios está en este santo templo suyo, el cual consta de muchos miembros, que ejecutan sus propios oficios y se hallan conformados por la caridad en un solo edificio. Todo el que, basado en su

preeminencia, se aparta de la sociedad católica, profana este templo" (Comentario al salmo 10,7).

La enseñanza de Agustín sobre la Iglesia abarca muchas otras doctrinas: los sacramentos, el Espíritu Santo, el Reino de Dios del cual la Iglesia es signo y anticipo, la jerarquía..., y, sobre todo, porque tal vez sea la contribución eclesiológica más original de Agustín, la Iglesia como Cuerpo de Cristo, que será el tema que veamos a continuación.

III. EL CRISTO MÍSTICO Y EL CRISTO TOTAL: UN ASPECTO DE LA ECLESIOLOGIA AGUSTINIANA.

De la encarnación y de la acción del Verbo encarnado sobre los hombres redimidos se sigue necesariamente la realidad espiritual que se llama Cuerpo Místico de Cristo, aunque la expresión no es de San Agustín, ya que esta no ha entrado en la historia hasta el siglo XII. Sin embargo, esta doctrina, presente en Agustín, es fundamental para entender su pensamiento, al menos desde el punto de vista eclesiológico. Para Agustín la Iglesia es algo así como la continuación del Cristo histórico y se puede identificar con el Cristo Total agustiniano.

1. El Cristo Total: Cabeza y Cuerpo.

La tercera dimensión de Cristo, de las que habla Agustín en el sermón 341, es el Cristo Total, que como muy bien dice Agustín es la Iglesia, constituida por Cabeza y Cuerpo, que forman en su unión un único Cristo. Vamos a citar un largo texto agustiniano que nos presenta de manera global lo que es el Cristo total y nos dice en qué sentido somos nosotros el Cuerpo de este Cristo: "El tercer modo tiene lugar cuando se anuncia el Cristo total en cuanto Iglesia, es decir, la cabeza y el cuerpo. La cabeza y el cuerpo forman un único Cristo; no en el sentido de que no esté íntegro sin el cuerpo, sino en cuanto que se dignó ser un todo íntegro con nosotros el que aun sin nosotros existe íntegro no sólo en cuanto Palabra, como Hijo unigénito del Padre, sino incluso en el hombre mismo que tomó, con el cual es, al mismo tiempo, Dios y hombre. Con todo, hermanos, ¿cómo somos nosotros su cuerpo y él un único Cristo con nosotros? ¿Dónde encontramos que el único Cristo lo forman la cabeza y el cuerpo, es decir, la cabeza con su cuerpo? En Isaías, la esposa habla con el esposo como en singular; ciertamente es una y misma persona la que habla. Pero ved lo que dice: 'Como a esposo, me ciñó la diadema, y como a esposa, me revistió de adornos'. Como a esposo y como a esposa; a la misma persona llama esposo, en cuanto cabeza, y esposa, en cuanto cuerpo. Parecen dos y es uno solo. De otro modo, ¿cómo somos miembros de Cristo? El Apóstol lo dice clarísimamente: 'vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros'. Todos en conjunto somos los miembros y el cuerpo de Cristo; no sólo los que estamos en este recinto, sino también los que se hallan en la tierra entera; no sólo los que viven ahora, sino también, ¿qué he de decir? Desde el justo Abel hasta el fin del mundo, mientras haya hombres que engendren y sean engendrados, cualquier justo que pase por esta vida, todo el que vive ahora, es decir, no en este lugar, sino en esta vida, todo el que venga después; todos ellos forman el único cuerpo de Cristo y cada uno en particular son miembros de Cristo. Si, pues, en conjunto son el cuerpo y en particular son miembros, tiene que haber una cabeza para este cuerpo. Y él mismo es, dice, la cabeza del cuerpo de la Iglesia; el primogénito, el que tiene el primado. Y como dijo también de él que siempre es la cabeza de todo principado y potestad, esta Iglesia, peregrina ahora, se asocia a aquella otra Iglesia celeste, donde tenemos a los ángeles como ciudadanos, y pecaríamos de arrogantes al pretender ser iguales a ellos tras la resurrección de los cuerpos, de no haberlo prometido la Verdad al decir: 'Serán iguales a los ángeles Dios'. Así se constituye la única Iglesia, la ciudad del gran rey" (Sermón 341,11).

Aunque el texto que hemos citado es sumamente amplio, me parecía importante detenernos en él, porque además del interés que tiene para que podamos comprender el concepto agustiniano de Cristo total, nos da datos bastante precisos e interesantes para

adentrarnos en la concepción que Agustín tiene de la Iglesia. En esta Iglesia están incluidos los justos que han sido, son y serán, de tal manera que pertenecen a Cristo, con toda la trascendencia que esto tiene, incluso los mártires y los justos del Antiguo Testamento. Podernos decir que, incluso antes de la venida del Hijo en la carne, ha habido fieles que pertenecen a esta Iglesia, porque ha habido justos, personas que han vivido según el querer de Dios. Todos ellos pertenecen a Cristo, ya que la gracia nos la proporciona siempre Cristo, porque El es el único mediador de gracia ante Dios. Parece que, por otra parte, es evidente la trascendencia de este texto para una interpretación agustiniana adecuada del famoso "fuera de Iglesia no hay salvación": "Entended por Iglesia, hermanos, no sólo aquellos que después de la venida de Cristo y su natividad comenzaron a ser santos; todos cuantos fueron santos pertenecen a la misma Iglesia. Porque a nosotros nos pertenece el padre Abrahán, aunque vivió antes de que Cristo naciera de la Virgen y nosotros fuimos hechos cristianos tanto tiempo después, a saber, después de la pasión de Cristo" (Sermón 4,11).

El Cristo total agustiniano quiere decir que "El, la cabeza, con sus miembros forma un solo hombre" (Sermón 91,7). Y así, según su humanidad, es a la vez, esposo y esposa; El ha querido ser nuestra cabeza cuando se ha encarnado, aunque la diferencia entre El y nosotros es abismal: "Mas para que conozcáis que el esposo y la esposa son un solo hombre -y me estoy refiriendo a la carne de Cristo, no a su divinidad, pues nosotros no podemos ser lo que es él según la divinidad: él es el creador, nosotros la criatura; él el hacedor, nosotros los hechos; él el hechor, nosotros la hechura; mas para que fuéramos con él una sola cosa en él, quiso ser nuestra cabeza, recibiendo carne de la nuestra en que morir por nosotros-; para que conozcáis, repito, que esta totalidad forma el único Cristo, dijo por el profeta Isaías: 'Como a un esposo me ciñó el turbante y como a una esposa me vistió de gala'. El mismo es esposo y esposa" (Sermón 9,8).

Agustín se pregunta por la Iglesia, y descubre que es el Cuerpo de Cristo, pero que no tiene sentido sino es unido a la Cabeza: "¿Y qué es la Iglesia? El cuerpo de Cristo. Añádele a ella la cabeza y se convierte en un solo hombre. Cabeza y cuerpo unidos son un solo hombre. ¿Quién es la cabeza? Quien nació de la Virgen María; quien recibió carne mortal sin pecado, quien fue golpeado, flagelado, despreciado, crucificado, 'quien fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación' El es la cabeza de la Iglesia, él es el pan de aquella tierra. ¿Quién es su cuerpo? Su esposa, es decir, la Iglesia" (Sermón 45,5). Esta unión lleva consigo, por otra parte, que si no se participa en la Iglesia no se puede decir que se conoce a Cristo: "Que nadie piense haber conocido a Cristo, si no participa de su cuerpo, es decir, de la Iglesia, cuya unidad encarece el Apóstol en el misterio del pan" (La concordancia de los evangelistas 3,25,72).

De nuevo vemos cómo Agustín pone la encarnación como piedra angular de nuestro ser con Cristo un sólo Cristo. Sabemos que para él la encarnación es el gran misterio de Cristo, un misterio digno de admiración y que tiene que captar toda nuestra atención de aquí que él diga: "esta carne es Cabeza de la Iglesia" (Comentario al salmo 120,12). Por tanto, se trata de un todo, donde la Cabeza es Cristo y el cuerpo la Iglesia en toda su universalidad: "Nuestro Señor Jesucristo, como varón perfecto total, es cabeza y cuerpo. La cabeza es aquel hombre que nació de la Virgen María, que padeció debajo del poder de Poncio Pilato, que fue sepultado, y resucitó, y subió al cielo, y está sentado a la diestra del Padre, donde esperamos que ha de venir como juez de vivos y muertos; esta es, pues, la Cabeza de la Iglesia. El cuerpo de esta cabeza es la Iglesia; no sólo la que está aquí, sino también la que se halla

extendida por toda la tierra; ;y no sólo la de ahora, sino la que existió desde Abel hasta los que han de nacer y creer en Cristo hasta el fin del mundo, es decir, la Iglesia es todo el pueblo de los santos que pertenecen a una ciudad. Esta ciudad es el Cuerpo de Cristo, la cual tiene por cabeza a Cristo. De ella son también nuestros conciudadanos los ángeles, con la diferencia de que nosotros peregrinamos y trabajamos y ellos esperan en la ciudad nuestra llegada" (Comentario al salmo 90,II,1).

El y nosotros somos un Cristo; este es el gran misterio del Cristo total; Cristo es la cabeza y los miembros en unidad perfecta; él está en la una y en los otros: "Porque Cristo no está únicamente en la cabeza y no en el cuerpo, sino que Cristo está todo entero en la cabeza y en el cuerpo. Lo que son sus miembros lo es también El; mas lo que es El no lo son siempre sus miembros" (Comentario al Evangelio de Juan 28,1). "La salud de este Cuerpo es la unión de sus miembros y la trabazón de la caridad. Si se resfría la caridad, sobreviene, aun perteneciendo uno al Cuerpo de Cristo, la enfermedad" (Sermón 137,1).

El misterio del Cristo Total es un misterio que tiene su origen en la encarnación; en algún momento Agustín parece inclinarse a que el motivo último de la encarnación ha sido para convertirse en Cabeza de la Iglesia, es decir, Cristo se ha hecho hombre porque quería ser Cabeza: "El Verbo se hizo carne para ser Cabeza de la Iglesia. El Verbo mismo ciertamente no es parte de la Iglesia, pero para hacerse Cabeza de la Iglesia tomó la carne" (Comentario al salmo 148,8). Parece claro que el Cristo total agustiniano es una realidad y una dimensión sumamente importante en su concepción cristológica; esto es el gran sacramento, como Agustín mismo se atreve a llamarlo, porque es una unión tal entre él y nosotros, que nos hace hijos de Dios en El. En el Cristo total están concentrados dos en una sola carne: "Cristo es cabeza y cuerpo, esposo y esposa, Hijo de Dios e Iglesia; Hijo de Dios hecho por nosotros Hijo del hombre, para hacer a los hijos de los hombres hijos de Dios, siendo de este modo dos en una carne en relación al gran sacramento" (Comentario al salmo 30,II,2,1).

2. Ser miembros del Cuerpo de Cristo.

Convertirse en cuerpo de Cristo no es efecto de esfuerzos ascéticos ni cuestión de voluntad; nadie por sus propias fuerzas puede conseguir el ser miembro de este cuerpo. Es obra de la gracia gratuita, es condescendencia divina: "Ved que os habéis convertido en miembros de Cristo. Si consideráis en qué os habéis convertido, todos vuestros huesos dirán: 'Señor, ¿quién como tú?' En efecto, nunca se puede considerar como se merece la condescendencia divina; ¿no nos faltan las palabras y los sentidos ante el hecho de que nos haya llegado la gracia gratuita sin mérito alguno precedente? Por eso mismo se llama gracia, porque se nos ha donado gratuitamente. ¿De qué gracia estoy hablando? De la gracia de ser miembros de Cristo e hijos de Dios; de que vosotros también sois hermanos del Hijo único. Si él es Hijo único, ¿cómo sois vosotros hermanos sino porque él es Hijo único por naturaleza y vosotros sois hermanos por gracia?" (Sermón 224,1).

Generalmente se puede pensar que la doctrina del cuerpo místico, o el ser miembros de Cristo, es algo de tipo espiritual, con un valor como mucho para la meditación o para el consuelo espiritual. Sin embargo, para Agustín, decir que somos miembros de Cristo, no es solo una forma espiritual, sino que él afirma que somos miembros también en cuanto al cuerpo; también nuestros cuerpos son miembros de Cristo y esto, lógicamente, comporta una

dignidad y un respeto profundo; desde aquí hay una necesidad apremiante de fructificar. Para esta afirmación Agustín se apoya en el hecho de que Cristo ha asumido todo el hombre, no solamente el espíritu sino también el cuerpo: "Claramente dijo que nuestros cuerpos son miembros de Cristo, puesto que Cristo es nuestra cabeza en cuanto que se hizo hombre por nosotros... Por lo tanto, si nuestro Señor Jesucristo solamente hubiese tomado el alma humana, sólo serían sus miembros nuestras almas; pero dado que tomó también el cuerpo, en virtud de lo cual es cabeza para nosotros que constamos de alma y cuerpo, por eso mismo también nuestros cuerpos son miembros suyos... Gracias a que Cristo tuvo un cuerpo, nuestros cuerpos son miembros de Cristo; gracias a que el Espíritu de Cristo habita en nosotros, nuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo" (Sermón 161,1-2).

El único distintivo, la única prueba que demuestra que se pertenece al Cuerpo de Cristo, la única bandera de la Iglesia, es el amor. El amor es el mandamiento nuevo de Cristo, que hace hombres nuevos, pertenecientes a la Iglesia, que cantan el nuevo cántico de acción de gracias. Este amor nos renueva y nos congrega en un pueblo, donde nos atendemos los unos a los otros y estamos pendientes de cada uno; con el amor nos amamos por ser hijos del Altísimo, no por nuestras cualidades humanas. Agustín hace un verdadero cántico a este amor, que corresponde al amor con que Dios nos ha amado. Como botón de muestra citamos este texto que no tiene desperdicio: "Cristo nos dio el mandamiento nuevo de amarnos como El nos amó. Este amor nos renueva para ser hombres nuevos, herederos del nuevo Testamento y cantores del nuevo cántico. Este amor, carísimos hermanos, renovó ya entonces a los justos de la antigüedad, a los patriarcas y profetas, como renovó después a los apóstoles, y es el que también ahora renueva a todas las gentes; y el que de todo el género humano, difundido por todo el orbe forma y congrega un pueblo nuevo, cuerpo de la nueva Esposa del Hijo unigénito de Dios, de la que se dice en el Cantar de los Cantares: '¿Quién es esta que sube blanca?' Blanca, sí, porque está renovada, y ¿Por quién sino por el mandato nuevo? Por esto en ella los miembros se atienden unos a otros, y si un miembro sufre, con él sufren los otros; y si un miembro es honrado, con él se alegran todos los miembros. Oyen y observan el mandato nuevo que os doy, de amaros unos a otros, no como se aman las hombres por ser hombres, sino como se aman por ser dioses e hijos todos del Altísimo, para que sean hermanos de su único Hijo, amándose mutuamente con el amor con que El los ha amado, para conducirlos a aquel fin que les sacie y satisfaga todos sus deseos... Por esto El nos amó, para que nos amemos mutuamente, concediéndonos a nosotros, por su amor, estrechar con el amor mutuo los lazos de unión; y enlazados los miembros con un vínculo tan dulce, seamos el cuerpo de tan excelente Cabeza" (Comentario al evangelio de Juan 65,1-2).

Lógicamente, este ser cuerpo de Cristo miembros suyos, debe suponer para cada uno de nosotros una enorme alegría; debe movernos al agradecimiento. Los hombres deberíamos tomar conciencia del compromiso que supone el ser miembros de Cristo; la plenitud de Cristo es el y nosotros, tenemos como la gran responsabilidad de estar de acordes con la cabeza a fin de que el Cristo total está en su plenitud. Se nos ha hecho llegar a ser Cristo mismo, no es un 'como si...', no, somos Cristo mismo: "Felicitémonos, pues, a nosotros mismos y seamos agradecidos; se nos ha hecho llegar a ser no sólo cristianos, sino Cristo mismo. ¿Os dais cuenta, hermanos, comprendéis lo que Dios nos ha hecho? Es para que os llenéis de admiración y de alegría. Se nos ha hecho llegar a ser Cristo mismo, porque, si él es la cabeza y nosotros somos los miembros, todo el hombre es El y nosotros... Luego la plenitud de Cristo o todo el Cristo es la cabeza y los miembros. ¿Cuál es la cabeza y cuáles son los miembros? Cristo y la Iglesia. Gran soberbia sería, pues, arrogarnos tal honor si El mismo no

se hubiera dignado prometérselo por el Apóstol: 'Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros'" (Comentario al evangelio de Juan 21,8).

Como sucede en todo cuerpo, también en éste cada miembro tiene su propia función, sus peculiaridades particulares; la gran obligación de todos los miembros es que sigan a Cristo y que den el fruto digno de este seguimiento: "Pero en este mundo santo, bueno, reconciliado, salvado; mejor, necesitado de salvación, aunque ahora esté salvado en esperanza; en este mundo, pues, es decir, en la Iglesia, que sigue a Cristo en su plenitud, a todos se ha dicho: 'Quien quiera seguirme, niéguese a sí mismo'. No es cosa que deban oír sólo las vírgenes y no las casadas; o solo las viudas y no las esposas; o solo los monjes y no los casados; o solo los clérigos y no los seglares; sino que es toda la Iglesia, la totalidad del cuerpo, todos los miembros con sus funciones propias y distintas la que ha de seguir a Cristo. Sígale la Iglesia única en su totalidad, sígale la paloma, la esposa, la redimida y la que recibió en dote la sangre de Cristo. Allí encuentra su lugar la integridad virginal; allí la continencia propia de la viuda; allí la castidad conyugal; allí no tiene lugar el adulterio ni la lascivia ilícita y digna de castigo. Sigán a Cristo estos miembros que tienen allí su lugar, cada uno en su género, en su puesto, en su modo propio; niéguese, es decir, no presuman de sí mismos tomen su cruz, es decir, mientras están en el mundo toleren por Cristo cuantos sufrimientos les procure el mundo. Amen al único que no decepciona, al único que no sufre engaño, al único que no engaña. Amenle porque es verdad lo que promete. Mas como no lo da al instante, la fe titubea. Resiste, persevera, aguanta, soporta la dilación: todo esto es llevar la cruz" (Sermón 96,9).

3. Cristo es ofendido y padece en sus miembros.

Desde esta dimensión del cuerpo de Cristo, es fácil comprender que cada miembro, es decir, cada hombre, tiene una dignidad supletoria y ofender a un miembro es ofender a todo el cuerpo, en definitiva, al mismo Cristo: "Que nadie, pues, desprecie el pecado contra el hermano. Dice en cierto lugar el Apóstol: 'Así los que pecáis contra los hermanos y herís su débil conciencia, pecáis contra Cristo', precisamente porque todos hemos sido hechos miembros de Cristo. ¿cómo no vas a pecar contra Cristo, si pecas contra un miembros de Cristo?" (Sermón 82,4). En otro momento Agustín, tratando de comentar las palabras de los Hechos (9,4): 'Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?', nos dice que Cristo sigue clamando desde el cielo en favor de todos sus miembros explotados y despreciados en esta tierra: "A él en persona nadie le tocaba, pero en cuanto cabeza clamó desde el cielo en favor de sus miembros pisoteados en la tierra" (Sermón 64 A,2). "Dios, que no sufre hambre, quiso, no obstante, ser alimentado en la persona del pobre. Por tanto, no despreciemos a nuestro Dios necesitado en la persona del pobre, para que, cuando nos sintamos necesitados, nos saciemos en quien es rico" (Sermón 206,2). Como consecuencia: "Si cuando alimentas a un cristiano alimentas a Cristo, cuando despojas a un cristiano despojas también a Cristo" (Sermón 178,4).

Hemos de ser conscientes de que, según Agustín, "hay dos modos de delinquir contra el prójimo: uno es causándole daños y otro negándole nuestra ayuda cuando se puede prestar" (Costumbres de la Iglesia 1,26,50). Se impone, por tanto, el vivir desde la dimensión de la fe las relaciones con los hermanos, sabiendo que todos estamos en la misma tarea y que es a Cristo a quien ayudamos cuando ayudamos al hermano: "La cabeza está en el cielo, pero

tiene los miembros en la tierra. Dé un miembro de Cristo a otro miembro de Cristo: quien tiene dé al necesitado. Miembro de Cristo eres tú que tienes qué dar; miembro de Cristo es el otro y necesita que le des. Los dos camináis por un mismo camino, ambos sois compañeros de viaje. El pobre va aliviado de peso, y tú, rico, oprimido por la carga. Da de lo que te oprime; da al indigente algo de eso que te resulta pesado. Así tú te alivias y ayudas al compañero" (Sermón 53 A,6).

Cristo se identifica con los pequeños, con los necesitados y es a Cristo al que damos cuando somos generosos: "Misericordiosamente quiso que en cierto modo su persona estuviera en los pequeñuelos que están fatigados en la tierra, viniendo desde el cielo en su socorro. Das, pues, a Cristo cuando das a un necesitado" (Sermón 113B,4). De alguna manera los necesitados se convierten en portadores de los bienes que les hemos dado hasta el mismo trono de Dios: "Os había puesto en la tierra a mis pequeñuelos necesitados. Dirá: 'Yo, como Cabeza, me encontraba sentado en el cielo a la derecha del Padre, pero mis miembros padecían en la tierra, mis miembros tenían necesidades en la tierra. Lo que hubierais dado a mis miembros hubiera llegado hasta la Cabeza. Y os hubierais dado cuenta de que, cuando os puse en la tierra a mis pequeñuelos necesitados, los constituí para vosotros en portadores que llevasen vuestras obras hasta mi tesoro. Y no pusisteis nada en sus manos, y por eso no encontrareis nada en mí'" (Sermón 18,4).

Es en la peregrinación donde es necesario practicar las obras de misericordia para con el mismo Cristo que se identifica con todos y cada uno de los suyos: "Así, pues, cuando un cristiano acoge a otro cristiano, sirven los miembros a los restantes miembros, y se alegra la cabeza, y considera como dado a sí mismo lo que se otorgó a uno de sus miembros. Demos de comer en esta tierra a Cristo hambriento, démosle de beber cuando tenga sed, vistámosle si está desnudo, acojámosle si es peregrino, visitémosle si está enfermo. Son necesidades del viaje. Así hemos de vivir en esta peregrinación, donde Cristo está necesitado. Personalmente está lleno, pero tiene necesidad en los suyos" (Sermón 236,3). "El, aunque rico, sigue estando necesitado hasta el fin del mundo. Tiene necesidad, sí, pero no en la cabeza, sino en los miembros. ¿Dónde está necesitado? En aquellos miembros por los que sentía dolor cuando dijo: 'Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Seamos, pues, condescendientes con Cristo. El está entre nosotros en sus miembros: está entre nosotros en nosotros mismos'" (Sermón 239,7).

Cristo, después de su resurrección, no se desentendió de los hombres para quedarse tranquilo en su quinto cielo, sino que, en virtud de que es cabeza del cuerpo, sigue padeciendo con el cuerpo, con cada uno de los padecimientos de sus miembros, sigue estando presente místicamente en todos los que sufren por cualquier causa; es Cristo el que hambrea en el que pasa hambre y necesita vestido en los desnudos. Es Cristo el que sufre enfermedad en el falto de salud y el preso en el que este en la cárcel; esta verdad está cargada para Agustín de consecuencias morales y no podemos vivir al margen de ella: "Ponderad, hermanos, a dónde llega el amor de nuestra Cabeza. Aunque ya en el cielo, sigue padeciendo aquí mientras padece la Iglesia. Aquí tiene Cristo hambre, aquí tiene sed y está desnudo, y carece de hogar, y está enfermo y encarcelado. Cuanto padece su cuerpo, él mismo ha dicho que lo padece él" (Sermón 137,2). Como dice en otro lugar Agustín, Cristo y la Iglesia no se pueden separar, por eso padecía la Iglesia cuando padecía Cristo y padece Cristo cuando padece la Iglesia: "La Iglesia padecía en Él cuando por la Iglesia padecía Él; como en la Iglesia padecía Él cuando la Iglesia padecía por Él" (Epístola 140,18).

Siendo una unión tan íntima, es normal que Agustín diga que lo que padeció él lo sufrimos nosotros y lo que nosotros sufrimos, Él lo padece. Somos miembros de Cristo, sarmientos en la vid y, por tanto, todo lo nuestro, también el padecer, es del todo. Él gritaba en nuestro nombre, y en Él estábamos todos y él está en todos: "Si Él es nuestra cabeza, nosotros somos sus miembros. Toda su Iglesia, que se halla diseminada por el mundo entero, es su cuerpo, del cual Él es la cabeza. Todos los fieles, no sólo los actuales, sino también los que existieron antes que nosotros y lo que después de nosotros han de existir hasta el fin del mundo, pertenecen a su cuerpo, del cual Él es la cabeza que está en los cielos. Como conocemos ya la cabeza y el cuerpo, Él la cabeza y nosotros el cuerpo, cuando oímos su voz, debemos entenderla como procediendo de la cabeza y del cuerpo, porque todo cuanto padeció, también lo padecemos nosotros en Él, y, asimismo, lo que padecemos nosotros, Él lo padece en nosotros. Si en el hombre padece algo la cabeza, ¿podemos decir que no lo padecen las manos? O si padecen algo las manos, ¿puede decirse que no lo padece la cabeza? O si padecen algo los pies, ¿por ventura puede decirse que no lo padece la cabeza? Cuando padece algo algún miembro, nuestro, todos los miembros restantes se apresuran a socorrer al miembro que padece. Luego, si, cuando Él padeció, padecemos nosotros en Él, y Él ya subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre, todo cuanto padece su Iglesia en las tribulaciones de este mundo, en las tentaciones, en las necesidades, en las angustias, puesto que así conviene que sea adiestrada, para que, como oro, se purifique por el fuego, lo padece El también" (Comentario al salmo 62,2).

Esta realidad tiene que darnos una cierta tranquilidad; no estamos solos cuando padecemos, es toda la Iglesia la que padece con nosotros y el mismo Cristo, que es la cabeza de la Iglesia se ha dignado padecer con nosotros. Pero a la vez, es necesario que aprendamos también nosotros a padecer con los demás, a ser corresponsables en el bien y en el mal, dado que todos somos miembros del mismo cuerpo.

4. La santidad del miembro de Cristo.

La consecuencia más elemental que se deriva de ser miembros de Cristo es participar de la santidad de la Cabeza. El cristiano ha recibido como don la santidad; es Dios el que santifica, pero santifica en el cuerpo. Ser miembros de Cristo, es ser santos, y si dijésemos que no lo somos, seríamos ingratos con la cabeza; pero somos santos porque él nos santifica. De aquí se deriva un gran compromiso de fidelidad: "Sed santos, porque yo también soy santo; se atreva también el cuerpo de Cristo, se atreva aquel único hombre, que clama desde los confines de la tierra con su Cabeza, y bajo su Cabeza, a decir porque soy santo. Pues recibió el don de la santidad, la gracia del bautismo y la dádiva de la remisión de los pecados... Asimismo, si siendo fieles de Cristo y miembros de Cristo dijeres que no eres santo, serás ingrato... Di a tu Dios: 'Soy santo porque me santificaste; porque recibí, no porque tuve, porque tu me lo diste, no porque yo lo merecí... Si se hicieron miembros de su Cuerpo y, no obstante, dicen que no son santos, injurian a la Cabeza al no ser miembros santos de ella. Ve ya en dónde estás, y acepta la dignidad de tu Cabeza... Diga, pues, todo cristiano; es más, diga todo el Cuerpo de Cristo, clame en todo el mundo soportando tribulaciones y diversas tentaciones y escándalos sin cuento; diga: 'Guarda mi alma porque soy santo' (Comentario al salmo 85,4).

Es dentro de la Iglesia donde somos justificados; Cristo es el Justo y el justificador, pero nos justifica en la Iglesia: "Cristo nuestro Señor es el justo y el que justifica; nosotros somos gratuitamente justificados por su gracia. Pero no justifica sino su Cuerpo, que es la Iglesia. Luego si el Cuerpo de Cristo se queda con el despojo de los impíos, y las riquezas de los impíos se atesoran para el Cuerpo de Cristo, no deben ellos quedarse fuera para calumniar, sino entrar dentro para ser justificados" (Epístola 185,40).

Si sólo Cristo es nuestra santidad y nuestro fin verdadero, todo lo que hacemos, por nuestra parte, debemos referirlo a Él: "Luego dirigid la atención al fin, dirigidla a Cristo. ¿Por qué se llama fin? Porque todo lo que hacemos lo referimos a Él; y, cuando lleguemos a Él, no tenemos ya otra cosa que buscar... Luego nuestro fin debe ser nuestra perfección; y nuestra perfección es Cristo. En Él nos perfeccionamos porque somos miembros de su Cabeza" (Comentario al salmo 54,1). No podemos olvidar que los cristianos viviendo en la religión verdadera, siendo miembros unidos a la cabeza, somos raza elegida, ciudadanos del cielo, en esta ciudad del cielo la ley es la caridad, la norma la eternidad y el rey la verdad: "Constituye a los hombres (la verdadera religión) en ciudadanos de otra ciudad, cuyo rey es la verdad, cuya ley es la caridad cuya norma es la eternidad" (Epístola 138,17).

Como podemos comprobar lo importante, para Agustín, es que estemos unidos al cuerpo, pero no es menos importante que cada uno de los miembros vivamos para el todo. Las funciones que cumplimos, como sucede en todo cuerpo, no las cumplimos sólo para nosotros mismos, sino para el conjunto, para el todo; y es que cada uno tenemos nuestro propio don, o mejor dicho, somos un don para los demás: "La Iglesia es el cuerpo de Cristo, de ese cuerpo eres miembro tú; luego, como eres miembro de este cuerpo que habla todas las lenguas, debes creer que tú hablas también todas. La unidad de los miembros mantiene su concordia perfecta por la caridad, y la unidad habla las mismas lenguas que hablaba entonces un solo hombre. También nosotros recibimos el Espíritu Santo si amamos a la Iglesia, y si estamos unidos por la caridad, y si nos gozamos del nombre y fe católicos. Creámoslo así, hermanos, en el mismo grado que ama alguien a la Iglesia, en el mismo grado posee el Espíritu Santo... Se dan muchos dones para que se muestren; pero tú tal vez no tengas ninguno de los que acabo de enumerar. Si amas, algo tienes; porque, si amas la unidad, cualquiera que tenga algo en ella, lo tiene también para ti. Haz que se vaya de ti la envidia, y es tuyo lo mío. Haga yo que desaparezca de mí la envidia, y es mío todo lo tuyo. La palidez (envidia) divide y la salud (la caridad) une. En el cuerpo solamente el ojo ve; pero ¿acaso ve únicamente para sí mismo? Ve también para la mano, y para los oídos y para los demás miembros; porque, si el pie sufre algún daño, no quita la vista de allí para tomar precauciones. La mano, lo mismo, es la única que trabaja del cuerpo; pero ¿acaso trabaja únicamente para sí? Trabaja también para los ojos. Porque, si viene un golpe a la cara y no a la mano, ¿por ventura dice la mano: 'No me muevo, porque este golpe no viene a mí'? Lo mismo el pie; andando trabaja por el bien de todos los miembros; todos los demás miembros callan, y para todos habla la lengua. Poseemos, sin duda, el Espíritu Santo si amamos a la Iglesia. Se la ama si se permanece en su unidad y caridad" (Comentario al evangelio de Juan 32,8).

5. El Espíritu Santo alma de la Iglesia.

El alma y la vida de la Iglesia, cuerpo de Cristo, no es otro que el Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo. Se puede afirmar categóricamente que el que no tiene el Espíritu de Cristo, no puede pertenecer a la Iglesia, por el hecho de que la Iglesia es la continuación de Cristo en la tierra, es su cuerpo. El Espíritu Santo es a la Iglesia como el alma es al cuerpo humano; El es el que unifica a todos los miembros del cuerpo, y, a la vez, El es la misma vida del cuerpo de Cristo que es la Iglesia, sin él, solamente podemos ser miembros muertos, que podemos tener la forma, pero no la vida. Si no estamos vigorizados por el espíritu de Cristo, somos un absurdo, aunque nos creamos dentro de la Iglesia. Es fundamental, por tanto, asegurarnos el tener el Espíritu para tener la vida y las fuerzas, para poder vivir del cuerpo: "Por tanto, quien tiene el Espíritu Santo está dentro de la Iglesia que habla las lenguas de todos. Quienquiera que se halle fuera de ella, carece del Espíritu Santo... Considerad nuestros miembros. El cuerpo consta de muchos miembros, y una sola alma da vigor a todos ellos. Ved que, gracias al alma humana por la que yo soy hombre, mantengo unidos todos los miembros. Mando a los miembros que se muevan, aplico los ojos para que vean, los oídos para que oigan, la lengua para que hable, las manos para que actúen y los pies para que caminen. Las funciones de los miembros son diferentes, pero un único espíritu unifica todo. Muchas son las órdenes, muchas las acciones, pero uno sólo quien da órdenes y uno sólo al que se le obedece. Lo que es nuestro espíritu o nuestra alma respecto a nuestros miembros, eso mismo es el Espíritu Santo respecto a los miembros de Cristo, al Cuerpo de Cristo que es la Iglesia... ¿De dónde recibe la vida? De un único espíritu. Y un solo espíritu. Centrad, pues, hermanos, la atención en nuestro cuerpo y doleos de los que se desgajan de la Iglesia. Cada uno de nuestros miembros realiza sus funciones mientras estamos con vida, mientras nos mantenemos sanos; si uno sufre por cualquier causa, todos los miembros sufren con él... Se reconoce el miembro de que se trata: es un dedo, una mano, un brazo, una oreja; fuera del cuerpo tienen solamente la forma, pero no la vida. Lo mismo sucede al hombre separado de la Iglesia... Si el espíritu no te vigoriza interiormente, en vano te glorías externamente del rito" (Sermón 268,2). Y es que, como dice Agustín: "Vale más ser dedo y estar en el cuerpo, que ojo y estar separado de él" (Comentario al evangelio de Juan 13,17).

La gran tarea del cristiano será la de permanecer en el cuerpo de Cristo, porque de otra manera no somos vivificados por el espíritu, para que podamos morar en él y él en nosotros. Si estamos unidos al cuerpo, y esta unión debe realizarla la caridad, el Espíritu nos vivifica, nos da vida. Separarse del cuerpo es quedar sin vida, es la renuncia a ser miembro vivo: "Moramos en El cuando somos miembros suyos, y El mora en nosotros cuando somos templos suyo. La unidad nos junta para que podamos ser sus miembros; y la unidad es realizada por la caridad... Luego es el Espíritu quien vivifica, porque el Espíritu es quien hace que los miembros tengan vida. El Espíritu sólo da vida a los miembros que encuentra unidos al cuerpo, que informa y vivifica. Porque el espíritu que existe en ti, ¡oh hombre!, y por el que eres hombre, ¿vivifica, por ventura, los miembros que del cuerpo están separados? Yo llamo espíritu tuyo a tu alma; y tu alma sólo vivifica los miembros que están unidos con tu cuerpo. Si separas uno, ya no es vivificado por tu alma, porque ya no forma parte de la unidad de tu cuerpo. Se dicen estas cosas para que nos enamoremos de la unidad y temamos la división. Nada debe ser tan temible al cristiano como el separarse del cuerpo de Cristo, porque, si se separa del cuerpo de Cristo, ya no es miembro suyo; y si no es miembro suyo, ya no vive de su Espíritu" (Comentario al evangelio de Juan 27,6).

El Espíritu Santo, que se nos ha dado, es nuestro amor y nuestra santidad eclesial, pero a condición de que estemos en el cuerpo místico de Cristo. Como es normal, esto lleva consigo un compromiso de unidad por nuestra parte, un estar unidos vitalmente a este cuerpo y vivir de él, pero dado "que el Cuerpo de Cristo no puede vivir sino del Espíritu de Cristo" (Comentario al evangelio de Juan 26,14), sólo el Espíritu de Cristo puede dar vida a la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo. Agustín pone el ejemplo del cuerpo humano y dice que lo mismo que en el cuerpo humano si hay que cortar un miembro, ese miembro después de cortarlo, ya no tiene vida, así también el cristiano, si se separa de la Iglesia, pierde la vida. Para recibir la vida del Espíritu es necesario estar en la caridad, en la verdad, en la unidad: "El Espíritu Santo obra en la Iglesia lo mismo que el alma en todos los miembros de un único cuerpo. Mas ved de qué debéis guardaros, qué tenéis que cumplir y qué habéis de temer. Acontece que en un cuerpo humano, mejor, de un cuerpo humano, hay que amputar un miembro: la mano, un dedo, un pie. ¿Acaso el alma va tras el miembro cortado? Mientras estaba en el cuerpo vivía; una vez cortado perdió la vida. De idéntica manera, el hombre cristiano es católico mientras vive en el cuerpo; el hacerse hereje equivale a ser amputado, y el alma no sigue a un miembro amputado. Por tanto, si queréis recibir la vida del Espíritu Santo, conservad la caridad, amad la verdad y desead la unidad para llegar a la eternidad" (Sermón 267,4).

Para Agustín es evidente que el Espíritu Santo es pieza clave para vivir en la unidad de la Iglesia, y, a la vez, conoceremos que tenemos el Espíritu Santo, si vivimos para la unidad; si somos enemigos de la unidad, por lo mismo, somos enemigos del Espíritu Santo, y nos privamos de gracias enormes: "Por el Espíritu Santo somos recogidos en la unidad y no nos separamos de la unidad... Y quien no vive en la unidad de Cristo y ladra contra la unidad de Cristo, hemos de entender que no tiene el Espíritu Santo... Con razón vienen algunos a nosotros para recibir el Espíritu Santo, pues, aunque crean lo mismo que nosotros, no pueden tenerle mientras sean enemigos de la unidad... Recordad que los que se oponen a la unidad no tienen el Espíritu Santo" (Sermón 8,17-18).

6. La Iglesia esposa de Cristo.

Desde aquí se comprende que para Agustín sea de suma importancia el que cada uno de los miembros seamos profundamente fieles a la propia misión en el cuerpo y, a la vez, seamos fieles a la unidad. Como en toda orquesta, no es suficiente con tener bien afinado el instrumento que tengo que tocar, será necesario también que toque la misma partitura que tocan los otros componentes de la orquesta. Es más, para Agustín, la Iglesia es el criterio para saber lo que Dios me pide, si ella pide la colaboración de uno, es necesario el contribuir por encima de los propios intereses: "Cuando pienso en ese sosiego que tenéis en Cristo, también yo reposo en vuestra caridad, aunque me debato en duros y múltiples trabajos. Somos un solo cuerpo bajo una Cabeza, para que vosotros estéis atareados en mí y yo en vosotros descanse... Os exhortamos en el Señor, hermanos, a que os nantengáis en vuestros compromisos y perseveréis hasta el fin. Si la Iglesia reclama vuestro concurso, no os lancéis a trabajar con orgullo ávido ni huyáis del trabajo con torpe desidia..." (Epístola 48,1-2).

El tema de la unión esponsal entre la Iglesia y Cristo, es un aspecto fecundísimo de la eclesiología agustiniana, la Iglesia es la esposa de esas nupcias con Cristo: "Ni los que consagran a Dios su virginidad, aunque en la Iglesia tienen más alto grado de honor y de

santidad, carecen de nupcias. Representaba la persona del Señor el esposo de aquellas nupcias" (Comentario al evangelio de Juan 9,2).

La unión entre Cristo y la Iglesia es tan estrecha que constituyen una sola persona -el Cristo total- de tal manera que podemos escuchar la voz de la Iglesia en Cristo y la voz de Cristo en la Iglesia. Esta unión es tan fecunda que hace capaz a la Iglesia de ser partícipe, progresivamente, de la belleza misma de Cristo; y esta unión es tan indisoluble que nadie puede amar a Cristo sin amar a la Iglesia, y viceversa: "Nadie puede amar al Padre si no ama al Hijo, y el que ama al Hijo ama también a los hijos de Dios. ¿A qué hijos de Dios? A los miembros del Hijo de Dios. Amando se hace él mismo miembro y entra por el amor a formar parte de la trabazón del Cuerpo de Cristo, y será un Cristo amándose a sí mismo. Cuando mutuamente se aman los miembros, el cuerpo se ama a sí mismo... Si amas a la Cabeza, amas también a los miembros; y si no amas a los miembros, tampoco amas a la Cabeza" (Comentario a la primera epístola de Juan 10,3).

Cristo ama a la Iglesia, su esposa, y la purifica y santifica, haciéndola de pecadora virgen: "Esta es la Iglesia católica, nuestra verdadera madre y la verdadera esposa de aquel esposo. ¡Honrémosla porque es Señora de tan gran Señor! ¡Grande y particular la misericordia del esposo para con ella! La encontró meretriz, y la hizo virgen. No debe negar que fue meretriz, para no olvidar la misericordia de su libertador. ¿Cómo no era meretriz, si fornicaba tras los ídolos y demonios? Nadie se vio libre de la fornicación del corazón; la de la carne se dio en pocos; la del corazón en todos. Vino él y la convirtió en virgen; hizo virgen a la Iglesia. Es virgen en la fe" (Sermón 213,8).

Terminamos nuestra reflexión con un texto donde Agustín nos resume lo que hemos dicho hasta el momento: "Dios no puede dar ningún don mayor a los hombres que hacer que su Verbo, por el cual creó todas las cosas, fuese Cabeza de ellos y adaptarlos a El como miembros, a fin de que fuese Hijo de Dios e hijo del hombre; un solo Dios con el Padre y un solo hombre con los hombres. Por tanto, cuando hablamos a Dios suplicando, no separamos al Hijo de la plegaria; y cuando ruega el Cuerpo del Hijo, no aparta de sí a su Cabeza; y así es el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, el único Salvador de su Cuerpo, el cual pide también por nosotros y en nosotros; y también oramos nosotros. Ora por nosotros como sacerdote nuestro; ora en nosotros como nuestra Cabeza; y nosotros oramos a El como nuestro Dios. Reconozcamos en El nuestra voz, y su voz en nosotros" (Comentario al salmo 85,1).

IV. UN FUNDAMENTO DE LA VIDA COMÚN: LA IGLESIA.

Para Agustín la comunidad monástica no es un fenómeno marginal y separado de la vida eclesial, sino que está dentro de la Iglesia y es como una especificación de la unidad cristiana común recibida en el bautismo. De hecho, la vida religiosa es una de las tres maneras de realizar la vocación cristiana (clérigos fieles, y monjes): "De estas tres clases de hombres se dijo: 'Habrá dos en el campo: uno será tomado y otro dejado; habrá dos en el lecho: se tomará al uno y se dejará al otro; habrá dos en el molino: la una será tomada y la otra dejada' (Lc. 17, 34-35). Se hallan en el campo los que gobiernan la Iglesia... Quiso que se entendiese por los que estaban en el lecho los que amaron el reposo, pues por el lecho simbolizó el descanso; estos no se marchan entre las turbas, no se hallan en el alboroto del género humano; en el descanso sirven a Dios; y, sin embargo, de allí, uno será tomado y otro dejado. Allí hay virtuosos y reprobados. No os atemoriceis porque se encuentren allí réprobos pues hay algunos ocultos que sólo aparecerán al fin; Las dos personas del molino se consignan en género femenino, queriendo se entendiese la plebe, la turba o el pueblo" (Comentario al salmo 132,4; 99,13) (Con relación a los buenos y malos en el monasterio Agustín se presenta tremendamente realista y con frecuencia habla de ello: Comentario al salmo 54,9; 99,1; 99,11; 132,4; 99,13...).

Cada uno de estos tres tipos de cristianos está simbolizado en un personaje bíblico. Comentando las palabras de Ezequiel (14,13-16), dice: "Estos ya fueron liberados en otro tiempo, pero en estos tres nombres simbolizó otros tres géneros de hombres. Noé representa a los rectores de la Iglesia, porque gobernó el arca en el diluvio. Daniel, eligió la vida descansada; en el celibato sirvió a Dios, es decir, no tuvo mujer; era varón santo, entregado en la vida a deseos celestes; fue tentado muchas veces, y encontrado oro acendrado. ¡Cuán aquilatado era el que se hallaba seguro entre los leones! Luego en el nombre de Daniel, que también fue llamado varón de deseos, pero sin duda castos y santos, se hallaban simbolizados los siervos de Dios... En el nombre de Job se halla representada una de aquellas que fue tomada del molino... Luego en estos tres nombres se hallan simbolizados los tres géneros de hombres lo mismo que en aquellos tres que conmemoré del Evangelio" (Comentario al salmo 132,5).

Dos son las imágenes que utiliza Agustín sobre la Iglesia que nos pueden ayudar a comprender el puesto de la vida religiosa en esta Iglesia. A través de la imagen del cuerpo y de la república desarrollaremos ahora esta doctrina agustiniana.

Agustín encuadra su comunidad dentro de la Iglesia universal. Se podría decir que el monasterio viene a ser como un eco de la Iglesia en su aspecto de Cuerpo Místico y la vida religiosa solo tiene sentido en el conjunto orgánico de este cuerpo: "Somos miembros de un mismo cuerpo, tenemos una sola Cabeza, gozamos de una misma gracia, comemos el mismo pan, caminamos por el mismo camino y habitamos en la misma casa... ¡Oh santos hermanos, amados de Dios, miembros recíprocos nuestros! ¿Quién dudará de que un mismo espíritu nos anima, sino quien no advierte el amor que nos estrecha?" (Epístola 31,3; cfr. Comentario al salmo 132,7).

En la comunidad eclesial son esenciales dos cosas; la diversidad de miembros y de funciones y la unidad de vida en un principio común y dentro de esos miembros diversos entran los religiosos: "Así es la Iglesia de Dios: en unos santos hace milagros, en otros

proclama la verdad, en otros guarda la virginidad, en otros la castidad conyugal; en unos una cosa y en otros otra; cada uno realiza su función propia, pero todos viven la misma vida, lo que es el alma respecto al cuerpo del hombre, eso mismo es el Espíritu Santo respecto al cuerpo de Cristo que es la Iglesia. El Espíritu Santo obra en la Iglesia lo mismo que el alma en todos los miembros de un único cuerpo" (Sermón 267,4; Sermón 341,5).

La sociedad de los santos, donde se vive en unidad perfecta de corazones, es una comunidad unida por un lazo de vida que comunica a los miembros de Cristo entre sí y con El: "Somos uno en Cristo, cuerpo de Cristo somos, los que deseamos y pedimos aquella única cosa, los que gemimos en nuestros días malos los que creemos ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes" (Comentario al salmo 26,2,23; Cfr. Contra Fausto 22,40). Este lazo de vida que hace que todo lo que los demás tienen sea de él, es la caridad: "Que nadie, pues, se apene porque no se le ha concedido lo que se ve que concedió a otro: tenga la caridad, no sienta envidia de quien posee el don y poseerá con quien lo tiene lo que él personalmente no tiene. En efecto, cualquier cosa que posea mi hermano, si no siento envidia por ello y lo amo, es mío. No lo tengo personalmente, pero lo tengo en él; no sería mío si no formásemos un solo cuerpo bajo una misma cabeza" (Sermón 162 A,4).

Dentro de este Cuerpo Místico que es la Iglesia, los religiosos son el grupo de miembros más selecto y honorable: "Es de muy pocos esa virginidad, y si en los varones puede hablarse de virginidad, son también muy pocos los que conservan en la Iglesia la santa integridad corporal: estos son los miembros más honrosos" (Comentario al evangelio de Juan 13,12).

Pero estos miembros no están separados del cuerpo, sino que forman un solo cuerpo con los otros miembros: "Lo primero que tenéis que saber, amadísimos, les dice Agustín a sus monjes, es que los miembros, más excelentes del cuerpo de Cristo no son los únicos miembros. Existe también la vida conyugal, digna de alabanza, que tiene su lugar propio en el cuerpo de Cristo... como sabemos que os tributan honor a vosotros, sabemos que os juzgan mejores que ellos. Pero cuanto más os honran ellos a vosotros, tanto más debéis vosotros devolverles el tributo del honor... Y me atrevo a decir que quienes viven la vida conyugal, si son humildes, son mejores que los castos soberbios" (Sermón 354,4; Sermón 343,4).

Para Agustín, los religiosos, al ser los miembros más honrados en el cuerpo de Cristo, tienen un puesto más destacado en la Iglesia: "Por eso mi exhortación va dirigida a vosotros los que tenéis un propósito más elevado, es decir, los que tenéis un lugar más destacado en el mismo cuerpo de Cristo por don suyo, no por mérito vuestro y poseéis la caridad que os ha dado Dios" (Sermón 354,3).

En los miembros del cuerpo que viven en el ocio encuentran los que están inmersos en el apostolado y las tareas, el descanso. Así se lo dice Agustín a los monjes de la Isla Cabrera: "Cuando pienso en ese sosiego que tenéis en Cristo, también yo reposo en vuestra caridad, aunque me debato en duros y múltiples trabajos. Somos un solo Cuerpo bajo una Cabeza, para que vosotros estéis atareados en mí y yo en vosotros descansen" (Epístola 48,1).

La Iglesia por el Espíritu comienza a ser una sociedad con verdadera existencia de unidad: "Allí descendió el Espíritu Santo y llenó a los santos congregados en uno..." (Comentario al salmo 66,9). En este conjunto orgánico, tanto los cristianos normales como

los religiosos, forman parte de este reino y se confunden en la unidad de la caridad (cfr. Contra Fausto 5,9). Pero dentro de esta Iglesia, ya desde el principio, se destaca un grupo que quiere vivir de manera más absoluta y perfecta (cfr. Sermón 77,4) y deseosos de perfección, renuncian a cuanto poseen y se entregan a vivir en una santa sociedad, donde todo se hace común, no formando sino una sola alma y un solo corazón en Dios (La ciudad de Dios 18,54,1; La catequesis de los principiantes 23,42). Este hecho, según Agustín, explica el origen de los monasterios (cfr. Sermón 301 A,4). Así los monjes son, a imitación de los primeros cristianos, esos miembros selectos de la Iglesia (cfr. Contra las cartas de Petiliano II,104,258).

Agustín es, sin duda, un enamorado de la Iglesia: "Esclavo soy de la Iglesia, máxime de sus miembros más débiles sin que importe saber qué clase de miembro soy yo mismo" (Del trabajo de los monjes 29,37). Al fundar su comunidad pretende que sea una vida cristiana profunda y eclesial a la vez. La comunidad agustiniana es una comunidad de caridad, que vive la vida cristiana con más ardor y generosidad" (Comentario al salmo 132,12; 132,9).

Para Agustín, el misterio de la comunidad, el único secreto para ser comunitario, lo mismo que para ser eclesial, se encuentra y está centrado en la unión de los miembros con Cristo hasta formar el 'alma única'. La condición de vida que tienen los religiosos, como es lógico, requiere a Cristo, supone estar unidos a la Cabeza, en la tensión constante de ser uno solo Cristo: "Luego nosotros somos él, porque somos sus miembros, porque somos su cuerpo, por ser él nuestra cabeza, por ser el Cristo total la Cabeza y el cuerpo" (Sermón 133,8) y es que, como ocurre en todo organismo, también ocurre en esta realidad del cuerpo de Cristo: "La cabeza y los miembros son un solo Cristo" (Comentario al salmo 54,3; 108,5; 26,2,2). De alguna manera, podemos decir que Agustín, quiere que se encarne de forma radical en la comunidad monástica, el ritmo de la Iglesia y mantener así fresca esta estructura que es la más seria y profunda de la comunidad eclesial. Es decir, Agustín concibe la comunidad como ese grupo de personas que vive el misterio de la Iglesia con radicalidad y que su dinamismo está marcado por el esfuerzo constante de crear Iglesia.

Desde este punto de vista, el consagrado tiene como máxima aspiración habitar en Cristo, formar con Él una unidad cada vez más fuerte, dado que la fuerza de la unidad de toda comunidad está en la unión que tengamos con Él. De aquí que "habitar en uno", para Agustín, sea sinónimo de "habitar en Cristo" o lo que es lo mismo, llegar a la **unificación** con Cristo (cfr. Epístola 243,4).

Todos los que son miembros de Cristo quedan santificados por la unión viva con su cabeza que es la que comunica la vida de la gracia (cfr. Comentario al evangelio de Juan 108,5). Cristo es el único autor de la santificación del hombre, porque él es el que concede el Espíritu Santo. La Iglesia, al ser el Cuerpo de Cristo donde mora el Espíritu del Padre y del Hijo, es considerada santa, y sus miembros son llamados santos y fieles: "Si siendo fiel de Cristo y miembro de Cristo dijese que no eres santo, serías ingrato" (Comentario al salmo 85,4; cfr. Comentario al salmo 67,25; 87,15). La santidad de la Iglesia es una consecuencia de la santidad de sus miembros y en especial de la santidad de su Cabeza, dado que la Iglesia no es más que la prolongación y la plenitud de vida visible y terrena de Cristo (Comentario al salmo 3,1).

Siguiendo en la misma línea, hay que decir que la santidad personal, sólo es posible alcanzarla dentro de la Iglesia. Para Agustín: "Estar en el número de los santos de Dios es contarse en el número de los hijos de la Iglesia" (Comentario al salmo 93,12). Tanto Cristo como la Iglesia son necesarios para la salvación: "Nadie puede llegar a esta salud y vida eterna si no tiene a Cristo como cabeza. Y nadie puede tener a Cristo por Cabeza si no estuviese en su cuerpo, que es la Iglesia" (La unidad de la Iglesia 19,49). El religioso, por tanto, al tener un empeño mayor de santidad, tiene que recorrer el mismo camino y con mayor firmeza.

Parece que Agustín ha querido fundar una comunidad que fuese encarnación del ideal de unidad de la Iglesia, un símbolo de su unidad, que puede llegar a ser signo de contradicción para los enemigos de la unidad eclesial: "De aquí que uno solo se curaba en la piscina. Nos respondan y expliquen los que ultrajan el nombre de monjes por qué aquel que fue hallado soportando por espacio de treinta y ocho años una enfermedad respondió al Señor: "Al ser movida el agua, no tengo quien me arroje a ella, y otro baja antes que yo". Bajaba uno y no bajaban más. Uno sólo se curaba, el cual simbolizaba la unidad de la Iglesia. Con razón ultrajan el nombre de unidad quienes se apartaron de ella. Con razón ven con malos ojos el renombre de monjes, porque ellos no quieren habitar en unión con los hermanos, puesto que, siguiendo a Donato, abandonaron a Cristo" (Comentario al salmo 132,6).

También la unidad y la santificación de la comunidad religiosa sólo la puede realizar Cristo, que reduce a cada miembro a la unidad (Comentario al evangelio de Juan 108,5; 132,7). A la vida religiosa se viene a habitar en unidad, pero sólo habitan en unidad aquellos en quienes la caridad de Cristo es perfecta (cfr. Comentario al salmo 132,12; 100,11).

Precisamente poseyendo la caridad de Cristo nos hacemos miembros de Cristo y, a través de ella es Cristo el que se ama a sí mismo: "Amándose se hace él mismo miembro y entra por el amor a formar parte de la trabazón del cuerpo de Cristo, y serán un Cristo amándose a sí mismo. Cuando mutuamente se aman los miembros, el cuerpo se ama a sí mismo" (Comentario a la epístola de Juan 10,3). El amor del religioso le lleva a desprenderse, a no pasar factura, a orientar toda su vida hacia las cosas de Cristo: "Antes amaba y aumentaba por cualquier medio los bienes privados; ahora no busca las cosas que son suyas, sino las de Jesucristo; ha pasado a la caridad de la vida común para vivir en sociedad con aquellos que tienen un alma sola y un sólo corazón hacia Dios, de modo que nadie llama propio a nada, sino que todo es común" (Del trabajo de los monjes 25,32).

Los cristianos no son solamente uno entre ellos por su asentimiento a las creencias comunes, o porque tengan una misma manera de pensar y de obrar, sino que, sobre todo, han llegado a ser 'uno' en Cristo, han llegado a ser Cristo mismo, la unidad se funda sobre el ser mismo de Cristo; hablando en términos filosóficos diríamos que esta unidad no es sólo intencional, sino ontológica: "Felicitémonos, pues, a nosotros mismos y seamos agradecidos; se nos ha hecho llegar a ser no sólo cristianos, sino Cristo mismo. ¿Os dais cuenta, hermanos, comprendéis lo que Dios nos ha hecho? Es para que os llenéis de admiración y de alegría. Se nos ha hecho llegar a ser Cristo mismo. Porque si Él es la cabeza y nosotros somos los miembros, todo el hombre es Él y nosotros" (Comentario al evangelio de Juan 21,8; Este mismo pensamiento lo repite Agustín con frecuencia: cfr. Comentario al evangelio de Juan 21,7 y 9; Comentario al salmo 54,17; 70,2; Sermón 144; 143,5).

También en la vida religiosa, para construir una auténtica comunidad, no es suficiente vivir en la misma casa, sino que se requiere que cada miembro, conservando su personalidad, se integre, cada vez más en la unidad del cuerpo Místico. Siendo Cristo la riqueza de la comunidad, cuanto más 'cristificado' esté un religioso, más aportará a la vida común.

La comunidad agustiniana, por tanto, sólo se puede concebir en la Iglesia, de donde toma su estructura. Siempre tiene que hacer referencia a la Iglesia. De hecho, para Agustín, al que no le baste Dios y la Iglesia, el que busque otros intereses, está de sobra en el monasterio y no deberá permanecer en la comunidad (Sermón 355,6). Si es verdad que "todos los que son perfectos, debido al Evangelio y a la gracia de Dios viven en este mundo en atención a otros" (Comentario al salmo 30,II,s. 2,5), esto tiene que tener una aplicación más concreta en los religiosos. Agustín hablando a los fieles de Hipona, les dice: "La razón de nuestro vivir sois vosotros" (Sermón 355,1).

La vida religiosa, por la unión entre la cabeza y los miembros, implica una compenetración con todos los miembros del cuerpo de Cristo. El testimonio de consagración y de oración servicial tienen que ser útiles para todos los miembros. Nosotros hacemos visible algo del amor de Cristo a través de nuestra fraternidad. De aquí que, como dice la Regla, debemos "exhalar en nuestro trato el buen olor de Cristo" (Regla 48), de manera que es importante no sólo ser, sino también parecer, tener buena fama: "Ya antes la fama y luego los hermanos Eustasio y Andrés, venidos de ahí, nos han traído el bueno olor de Cristo que despiende vuestra conducta" (Epístola 48,4) Agustín, a veces, se expresa como si la misión del religioso en la Iglesia fuese, precisamente, la de ser buen olor de Cristo. Hablando a los monjes que vivían desordenadamente les dice: "¿Así cubrís las asechanzas del astuto enemigo, que trata por todos los medios de oscurecer con sus hedores vuestra buena fama, ese magnífico olor de Cristo, para que no digan las almas buenas: corramos en pos de la fragancia de sus perfumes, y así escapen de sus lazos?" (Del trabajo de los monjes 28,36).

Los religiosos en cierta medida, somos corresponsables del cuerpo de Cristo y tenemos que trabajar con constancia para que ese cuerpo llegue a su plenitud. Aquí tendrá su fundamento el apostolado, dado que, según Agustín, todos los pueblos están llamados a formar parte del cuerpo Místico de Cristo (Comentario al salmo 74,4; 95,2; 147,19; La unidad de la Iglesia 12,32).

Otra imagen que Agustín utiliza para hablar de la Iglesia es la de la república; compara la Iglesia con la sociedad civil, y, más en concreto con la república romana. Con los mismos términos que se emplean en la sociedad civil, expresa Agustín la vida interna de la Iglesia. Pero lo que más nos interesa a nosotros en este tema, es que la analogía de la república le permitirá fundamentar la doctrina de la comunidad monástica en un marco plenamente eclesial.

La analogía de la república la expresa Agustín en estos términos: "Los héroes antiguos de la república civil suelen ser celebrados por el verbo brillante de sus literatos porque anteponían a sus bienes privados el bien común de los habitantes de su ciudad. Uno de ellos (Escipión el Africano) obtuvo los honores del triunfo después de sojuzgar el Africa, pero no tuvo al casar a su hija con qué dotarla, y hubo de dotarla el Senado a expensas públicas. ¿Pues qué intenciones habrá de abrigar para con su república el ciudadano de la eterna Jerusalén Celeste? Ha de tener comunes con su hermano los bienes que logra con su

esfuerzo. El común suplirá, si de algo necesita" (Del trabajo de los monjes 25,32). Este texto bien puede estar enmarcado en el sentir monástico de Agustín, sobre todo si tenemos en cuenta que está dicho en una obra típicamente monástica y que la última parte parece que está apuntando a la comunión de bienes. Sin embargo, creo que, al hablar del 'ciudadano de la eterna Jerusalén celeste', se está refiriendo al cristiano, máxime si tenemos en cuenta que para Agustín todo cristiano es ciudadano de la Iglesia, como nos lo dice casi a renglón seguido del texto citado: "única es la república de los cristianos" (Del trabajo de los monjes 25,33).

Como ciudadano, todo cristiano, a ejemplo de los ciudadanos romanos, debe servir a la causa de la república. En este sentido, también el monje, antes que nada, es ciudadano de la república, miembro de la comunidad eclesial, y para ella tiene que vivir: "Tú reposas, y la puerta está cerrada para mí; tú te entregas al ocio, que pocos pueden tener, y, mientras tanto, la abundancia de la impiedad entibia en muchos la caridad... Bate para sacudir el sosiego de los buenos ociosos, y clama: Ábreme, hermana mía por mi sangre, próxima a mí por mi acercamiento, paloma mía por mi espíritu, perfecta mía por mi doctrina, que con mayor plenitud has aprendido en tu reposo; ábreme, predícame, ¿Cómo he de entrar a aquellos que me cerraron la puerta, sin que haya quien me la abra? ¿Cómo han de oír, si no hay quien les predique?" (Comentario al evangelio de Juan 57,4; La ciudad de Dios 19,19). Lógicamente si el monje es ciudadano de la Iglesia, no puede eximirse de sus necesidades y problemas y no pueden vivir sino como le pide la Iglesia. Estas ideas han ido madurando en Agustín a medida que fue descubriendo y adquiriendo una dimensión nueva y más profunda de la Iglesia y así se lo dice a los monjes de la isla Cabrera: "Si la Iglesia reclama vuestro concurso, no os lancéis a trabajar con orgullo ávido ni hagáis el trabajo con torpe desidia... No antepongáis vuestro ocio a las necesidades de la Iglesia, pues si no hubiese buenos ministros que se determinasen a asistirla, cuando ella da a luz, no hubiésemos encontrado medio de nacer" (Epístola 48,2).

Lo mismo que en toda república, también en la Iglesia hay civiles y militares: "La Iglesia tiene en cierto modo sus soldados y sus proveedores" (Epístola 157,37). Pero la terminología no es uniforme en Agustín. De hecho, de vez en cuando, Agustín da el nombre de soldado de Cristo a todos los cristianos. El cristiano tiene que luchar y defenderse y de esta lucha ascética e individual, le ha dado ejemplo su Emperador, Cristo, que permitió ser tentado: "Cristo, emperador de los mártires, que no se substraiga al combate mandando a sus soldados a la batalla y quedándose Él atrás, sino que fue Él el primero que luchó y venció para animar con su ejemplo a los combatientes, y ayudarles con su regia presencia" (Comentario al salmo 40,1). "Si el general soportó el ser tentado, fue para enseñar al soldado a luchar" (Sermón 51,2; Comentario al salmo 30,II,1,10).

Más normal es que Agustín reserve el título de soldado de Cristo a los ministros y predicadores: "Y si esto deben hacer los dispensadores de la palabra de Dios y ministros de sus sacramentos los soldados de Cristo, ¡Cuánto más deben hacer penitencia los provinciales (laicos) de la Iglesia, envueltos en negocios mundanos!" (Sermón 351,5). Si la misión de los soldados es ser dispensadores y ministros, la del pueblo fiel es ser proveedor del ejército: "Consintió Jesús que unas mujeres le acompañasen y preparasen lo necesario para enseñar que el pueblo fiel, como proveedor del ejército, ha de suministrar lo que se debe a los evangelistas y ministros del Señor, que son los soldados" (Del trabajo de los monjes 5,6). Tanto los soldados como los simples ciudadanos tienen el mismo destino si cada uno cumple con su misión; Ambos están destinados al mismo reino y bajo el mismo Emperador: "Con todo, estos reinarán con aquellos, porque unos como soldados que son, otros como simples

ciudadanos que proveyeron de víveres, estarán bajo el Emperador en aquel Reino. El soldado como fuerte, el proveedor como oferente; el soldado como fuerte pelea contra el diablo con oraciones; el abastecedor, como oferente, proporciona víveres a los soldados" (Comentario al salmo 90,I,10).

Agustín con frecuencia en este contexto habla de los derechos de los soldados: "Recibes los bienes espirituales, les dice Agustín a los fieles, da tú los carnales, son los derechos de los soldados, y a Él le das; tú eres proveedor de Cristo. ¿Quien milita jamás a expensas propias? ¿Quien planta una viña y no come de su fruto?" (Comentario al salmo 103,III,9; cfr. Sobre la catequesis de los principiantes 23,43). En el mismo sentido habla de recibir la soldada, siempre haciendo referencia a San Pablo: "Queda, pues, bien claro que no fue un precepto, sino una facultad concedida a los apóstoles no vivir de otra cosa que del Evangelio; y de aquellos en quienes con la predicación del Evangelio sembraban bienes espirituales, recogiesen los materiales, esto es, lo necesario para su corporal sustento, y, como soldados de Cristo, recibiesen de sus proveedores la soldada. Con este motivo, este mismo soldado de Cristo (Pablo) había dicho poco antes a cerca de esto: '¿Quién sirve en la milicia a sus propias expensas?'. Y esto es lo que él hacía: porque trabajaba más que todos" (Comentario al evangelio de Juan 122,3; cfr. Sermón del Señor en el monte 2,17,56).

Posiblemente en lo dicho hasta este momento podríamos contemplar ya el puesto que los religiosos tienen en esta república, dado que ellos, a través de sus oraciones y predicación testimonial y de servicio, formaran parte del ejército de Cristo pero Agustín es aún más explícito en este sentido, hasta el punto de poder afirmar que, para Agustín, el nombre de "soldado de Cristo" le corresponde a los monjes por derecho propio.

La idea de soldado de Cristo o de milicia espiritual aplicada a los monjes es bastante frecuente en Agustín. Posiblemente la terminología militar marque el principio y el desarrollo de todo su monacato, sobre todo si consideramos la conversión del jardín de Milán como conversión a la entrega radical al servicio de Cristo, es decir, como conversión al monacato. Poco antes de la narración de la escena del jardín Agustín, dirigiéndose a Dios, le dice: "rehusaba entrar en tu milicia" (Confesiones 8,5,11). En la narración que le hizo Ponticiano de los agentes de negocios de Téveris, está el tema militar patente, de hecho pregunta uno al otro: "¿Cuál es el fin de nuestra milicia?". Y comentó que estaba dispuesto a dedicarse al servicio de Dios. Y el otro le respondió que "quería juntársele y ser compañero de tanta merced y de tan gran milicia" (Confesiones 8,6,15). Hablando del amigo Evodio, Agustín dice que "se había antes que nosotros convertido a ti y bautizado y, abandonando la milicia del siglo, se había alistado en la tuya" (Confesiones 9,8,17), aunque esto, posiblemente, haga únicamente referencia a la conversión al cristianismo, vemos que en todo el relato de la conversión está como telón de fondo, el tema militar.

Por otra parte Agustín utiliza la terminología militar como expresión de la vida monástica; así, a los monjes frecuentemente les llama "soldados de Cristo" (Epístola 243,6; 220,12; Comentario al salmo 132,6; Del trabajo de los monjes 28,36). Entrar en el monasterio es entrar en el ejército: "has venido a la Santa milicia" (Del trabajo de los monjes 22,26) o, lo que es lo mismo, es "haberse convertido a esta vida y milicia espiritual" (Del trabajo de los monjes 25,32); y el entrar en el ejército implica no abandonar el campamento: "Si te tienes por recluta de Cristo, no abandones el campamento" (Epístola 243,1).

En general cuando Agustín emplea estas expresiones para designar la vida monástica, es en contraposición a la milicia del siglo y siguiendo con la analogía de la sociedad civil. En la milicia cristiana, vida monástica, se exige al menos el mismo grado de desapego y la misma renuncia que en la otra. Si en la milicia secular, el soldado, que se implicaba en el servicio del Emperador, renunciaba a todo, hasta a la propia vida, no debe ser menos en la milicia cristiana que es un camino para perfeccionarse. Un peligro que ve Agustín es que los pobres se puedan engreír, por eso dice: "No se humillan piadosamente los ricos en la milicia cristiana para que se engrían orgullosamente los pobres" (Del trabajo de los monjes 25,33).

Lo mismo que en el ejército no todos los soldados se batían por la salud de la república, sino que hay algunos que lo hacen por el salario que reciben (cfr. Sermón del Señor en el monte 2,17,56), también en la milicia cristiana existe este peligro, de aquí que Agustín insista y nos amonesté a "que no se trueque la milicia cristiana en una conquista de lo material" (Del trabajo de los monjes 26,35).

Para un ejército la disciplina es imprescindible sin ella sería imposible el funcionamiento de defensa. También en el monasterio, para vivir en común, la disciplina debe ocupar un puesto destacado, en concreto esta disciplina Agustín la resume en la ley del trabajo y en la obediencia: "Así decía de aquellas pobres mujeres lo que nosotros comentamos y lloramos en estos malos hombres, ociosos y charlatanes, que hablan lo que no conviene contra el mismo San Pablo, en cuya Epístola leemos el texto. Si han venido a la santa milicia con el propósito de agradar a aquel a quien se consagraron, vigor y salud tienen no sólo para aprender, sino también para trabajar según el precepto del Apóstol... No sólo no imitan la obediencia de los santos, que trabajan en paz, y de los otros monasterios que viven dentro de la disciplina saludable según la norma apostólica, sino que insultan a los mejores, predicán la ociosidad como valladar del Evangelio y denuncian la misericordia como si fuese prevaricadora" (Del trabajo de los monjes 22,26; cfr. 16,19).

Esta disciplina exige estar alerta y luchar, prepararse en el manejo de las armas y renunciar a todo lo que pueda impedir ser auténticos soldados de Cristo. Así se lo dice Agustín al joven Leto: "Si te tienes por recluta de Cristo no abandones el campamento, en el que has de edificar aquella torre de la que habla el Señor en el Evangelio. Si en ella te mantienes y militas bajo las armas de la Palabra de Dios, por ninguna parte podrán penetrar las tentaciones ... Considera también que nuestro Señor Jesucristo, siendo nuestro Rey, llamó reyes a sus soldados en esta sociedad en que quiso ser nuestro hermano, y advirtió a cada uno que, para luchar contra un rey que viene con veinte mil soldados, tiene que prepararse con diez mil... Por tanto vemos que el capital para edificar la torre y los diez mil soldados que se oponen al que viene con veinte mil, no significa otra cosa que la renuncia a todo lo que se tiene... El Señor ha tocado el clarín para que vigilemos en el campamento y edifiquemos la torre desde la que podemos rechazar y dominar al enemigo de la vida eterna. ¡El clarín celeste lleva al soldado de Cristo a la batalla, y le retiene su madre!... Recuerda que has de odiar eso de ella (el afecto privado en la madre), si la amas, si eres recluta de Cristo, si has echado el cimiento de la torre... Se nos exhorta a que en la milicia cristiana matemos ese hombre carnal en nosotros y en los nuestros" (Epístola 243,1-3 y 6-7).

La carta que Agustín dirige a Leto es un documento inestimable para conocer lo que Agustín piensa con relación a la misión de sus monasterios y de sus monjes. Leto es un joven que ha manifestado deseos de ser monje, pero tiene la dificultad de que su madre no le deja

dar ese paso. Agustín le escribe y le pone una serie de motivaciones para dar el paso. Hemos visto algunas de ellas en el texto anterior.

El sentido de la carta está bastante claro. Tenemos que tener en cuenta que Leto no es clérigo, es un aspirante a la vida monacal. Pero Agustín para animarle a decidirse le pone motivaciones apostólicas. Le habla de guerra, de conquista, de evangelizar a los pobres, de la recogida de la mies, de anteponer los bienes eternos a los temporales (cfr. Epístola 243,12). Agustín presenta a Leto el ideal eclesial, la lucha por llevar nuevos hijos a la Iglesia y la necesidad que tiene esta buena madre de miembros aguerridos. En la carta queda patente el ansia misional y pastoral de Agustín, ante las múltiples necesidades de la Iglesia.

Se ve claro que Agustín quiere hacer de sus monjes auténticos soldados de la Iglesia. Soldados que han de adiestrarse en la guerra para aprender a pelear y manejar bien las armas. El monacato es la milicia en pie de guerra, en campaña. Agustín es consciente que tiene que preparar a los apóstoles para que se pongan incondicionalmente al servicio de la Iglesia.

Esta milicia exige también vivir en el hoy y dejar a un lado todos los negocios seculares: "He ahí por qué en esta nuestra milicia no nos preocupamos por el mañana, sino por lo eterno en que reina un sempiterno hoy, por lo que nos consagramos a Dios para agradarle desembarazados de los negocios seculares" (Del trabajos de los monjes 27,35).

De todo lo dicho podemos concluir que para Agustín el puesto que ocupa la vida monástica dentro de la comunidad eclesial es el de cuerpo de choque y de defensa del resto de los cristianos. Esto llevaría consigo que, según Agustín, la comunidad eclesial tiene necesidad en sí misma de este ejército, es decir, que sin este grupo le faltaría algo a la Iglesia.

I. AGUSTIN HOMBRE DE IGLESIA.

. Agustín esclavo de la Iglesia----> Trabaj. monjes 29,37

1.- Agustín fundador

- + la comunidad garante de la unidad eclesial-----> Epíst. 211,4
Comentario al salmo 132,6
- + La Iglesia, criterio para saber lo que tienen que hacer---> Epíst. 48,2
- + Disponibilidad para el ministerio-----> Contra Fausto 32,10
- + Para ser fecundos-----> Contra Fausto 22,58

2.- Agustín polemista

- + Iglesia, no te dejes engañar---> Contra Fausto 15,3
- + Con los maniqueos no puede ser cruel----> Carta del Fundamento 2,3
- + Con los donatistas: presentar la verdad----> Epíst. 34,1
la caridad le obliga a hablar---> Epíst. 105,1 y 17
- + Con los pelagianos-----> silencia el nombre----> Epíst. 186,1-3
- + síntesis-----> Posidio, Vida 7

3.- Agustín reformador

- + La Epístola 22 como documento del talante reformador de Agustín
- + Epíst. 29

4.- Agustín pastoralista-----> Epíst. 21

- + el ministerio es peligroso-----> Serm. 146,1
hay que dar cuentas----> Serm. 46,2 y Serm. 339,1
- + necesidad de preparación-----> Epíst. 21,3
- + necesidad de la caridad-----> Epíst. 137,18 y Serm. 350,2

5.- Agustín sacerdote

- + Servir a Cristo-----> Comentario a Juan 51,12
dispuestos a dar la vida-----> Serm. 246,4 y 5
- + Servir a la verdad-----> Comentario al salmo 11,7; Serm. 46,14
- + Ser administradores-----> Serm. 260 D, 2; Epíst. 161,2

6.- Agustín predicador de la palabra

- + Identificarse con la palabra-----> Serm. 288,5
- + No buscar los propios intereses--> Trab. de monjes 26,34; Serm. 137,5
- + No buscar clientes-----> Serm. 46,8

7.- Agustín, el hombre de todos---> Posidio, Vida, 20

- + siervo de sus hermanos---> La Trinidad 3, prol., 1
- + vigía de la Iglesia---> Posidio, vida, 19
- + Agustín es la voz de los sin voz---> Serm. 66,5; Serm. 61,13
- + Dar al pobre es dar a Dios----> Serm. 259, 5

8.- Síntesis entre actividad pastoral y vida contemplativa

- + Agustín desea liberarse de la actividad-----> Trab. de monjes. 29,37
- + Síntesis vital----> La ciudad de Dios 19,19

II. EL ESPÍRITU Y LA IGLESIA

1. La Iglesia cuerpo viviente por el Espíritu Santo
 - El Espíritu es el alma del cuerpo de Cristo---> Coment. a Juan 27,6.
 - Por el Espíritu la Iglesia vive---> Sermón 268,2.
 - Es principio de unidad---> Sermón 8,18.
 - Deber de estar unidos al cuerpo---> Sermón 270,6 271.
2. La Iglesia hogar del Espíritu.
 - La Iglesia es la prolongación de Cristo---> Sermón 341,1.
 - 2.1. La Iglesia templo del Espíritu.
 - El Cristo total templo de Dios---> Sermón 217,4.
 - Dios habita en la concordia---> Ciudad de Dios 10,3,2.
 - Universalidad de la Iglesia---> Enquiridion 56,15.
 - Vivir desde la unidad---> Coment. al salmo 131,5.
 - Ser piedras vivas---> Sermón 15,1.
 - 2.2. La Iglesia tabernáculo de Dios---> Comentario al salmo 41,9.
3. Acercamiento a la doctrina de Agustín sobre la Iglesia.
 - La experiencia de Agustín antes de convertirse-----> Sermón 51,6.
 - 3.1.- La Iglesia y Cristo.
 - 3.1.1. Cristo se hace hombre para fundar la Iglesia----> Sermón 216,7.
 - Ser cuerpo de Cristo----> Comentario al salmo 21,2,19.
 - 3.1.2. De la Iglesia vamos a Cristo y al revés---> Sermón 238,3;116,6.
 - las dos ciudades y amores están juntos---> Gn. a la letra 11,15,20.
 - 3.1.3. Modos de ser de la Iglesia:
 - + celeste y terrestre----> Enquiridión 57,15.
 - + visible e invisible-----> La ciudad de Dios 21,25,2-4.
 - 3.2.- La Iglesia nació del costado de Cristo---> Comentario a Juan 9,10.
 - 3.2.1. La Iglesia es Cuerpo y Esposa---> Coment. al salmo 30,II,s.1,4.
 - 3.2.2. La Iglesia es madre---> La virginidad 2,2; Epístola 198,5;
 - nos ha dado a luz----> Sermón 72A,8.
 - disponibles hacia esta madre---> Epístola 243,8.
 - 3.2.3. Trabajar para la Iglesia-----> Sermón 138,7;
 - Comentario al salmo 74,4.
 - Atraer otros miembros----> Comentario a Juan 31,11.
 - 3.3.- La Iglesia sociedad visible una, católica, apostólica y santa.
 - 3.3.1. Compuesta de buenos y malos----> Sermón 223,2;
 - Comentario al salmo 25,2,5; La ciudad de Dios 18,49.
 - 3.3.2. Propiedades fundamentales de la Iglesia:
 - * Unidad---> Comentario al salmo 29,20;
 - Réplica a la carta de Petiliano 2,77,172.
 - La eucaristía principio de unidad---> Epístola 108,17.
 - * Catolicidad. Es la universalidad---> Sermón 137,6.
 - Extendida por toda la tierra----> Sermón 46,18;
 - Réplica a la carta del fundamento 4.
 - * Apostolicidad----> Epístola 232,3.
 - Lista de los sucesores de Pedro---> Epístola 53,2.
 - * Santidad.

Consiste en la unión con Dios----> Comentario a Juan 108,5;
Retracciones 1,19,9.

III. EL CRISTO MÍSTICO Y EL CRISTO TOTAL: UN ASPECTO DE LA ECLESIOLOGÍA AGUSTINIANA.

1. El Cristo total: Cabeza y Cuerpo-----> Sermón 341,11.
A la Iglesia pertenecen todos los justos---> Sermón 4,11;
Sermón 9,8.
La Iglesia es el Cuerpo de Cristo-----> Sermón 45,5;
Comentario al salmo 90,2,1.
El y nosotros somos un Cristo-----> Comentario a Juan 28,1.
2. Ser miembros del Cuerpo de Cristo.
¿Cómo convertirse en miembros?----> Sermón 224,1.
No es sólo algo espiritual---> Sermón 161,1-2.
El distintivo es el amor---> Comentario a Juan 65,1-2.
La alegría de ser miembro---> Comentario a Juan 21,8.
Cada miembro tiene su función---> Sermón 96,9.
3. Cristo es ofendido y padece en sus miembros.
Sermón 82,4.
Al ayudar ayudamos a Cristo---> Sermón 53A,6.
Cristo identificado con los pequeños---> Sermón 113B,4.
Practicar las obras de misericordia----> Sermón 236,3.
El padece con nosotros---> Comentario al salmo 62,2.
4. La santidad de los miembros de Cristo.
Comentario al salmo 85,4.
Cristo el Justo y el que justifica---> Epístola 185,40.
Estar unidos al Cuerpo---> Comentario a Juan 32,8.
5. El Espíritu Santo alma de la Iglesia---> Sermón 268,2.
Permanecer en el Cuerpo de Cristo-----> Comentario a Juan 27,6.
Vivir en la unidad---> Sermón 8,17-18.
6. La Iglesia esposa de Cristo---> Comentario a Juan 9,2.
Unidad de la Iglesia y Cristo---> Comentario a la epístola de Juan 10,3.
Cristo ama a la Iglesia---> Sermón 213,8.

IV. UN FUNDAMENTO DE LA VIDA COMÚN: LA IGLESIA.

La comunidad en la Iglesia-> Coment. salmo 132,4; 99,13.

4.1. La Iglesia como cuerpo místico.

Los religiosos eco de la Iglesia-> Epist. 31,3; Sermón 267,4.

miembros selectos---> Coment. Juan 13,2.

forman un cuerpo---> Sermón 354,4.

Tienen un puesto de honor----> Sermón 354,3.

El amor nos hace miembros de Cristo-> Coment. epíst. Juan 10,3;

Trabajo de los monjes 25,32.

4.2. La Iglesia como república de los cristianos

vivir para esta república---> Coment. Juan 57,4.

hay civiles y militares---> Epístola 157,37.

soldados son: los ministros-> Sermón 351,5; monjes-> Epíst. 243,6.

Es necesaria la disciplina---> trabajo monjes 22,26.

estar alerta---> Epístola 243,1-3.

desprenderse de los negocios---> Trabajo monjes 27,35.

22."Por tanto, hermanos, entendemos aquí para siempre estableceré su descendencia como dicho no sólo de aquella carne de Cristo nacida de María, sino también de todos los creyentes en Cristo. Pues todos somos miembros de aquella Cabeza. No se puede decapitar a este Cuerpo. Si es glorificada la Cabeza para siempre, también lo serán los miembros para siempre a fin de que permanezca eternamente el Cristo íntegro" (Comentario al salmo 88, 5).

22."Luego como se nos canta la misericordia y el juicio, obrando nosotros la misericordia, esperamos el juicio. Somos Cuerpo de Cristo; cantemos estas cosas. Cristo canta esto; si únicamente canta la Cabeza, del Señor es este cántico, no nos pertenece. Por el contrario, si canta el Cristo total, a saber, la Cabeza y el Cuerpo, sé de sus miembros, únete a El por la fe, por la esperanza y la caridad, y así cantarás en El y en El te alegrarás, porque también El sufre en ti: en ti siente hambre y sed y es atribulado en ti. El todavía muere en ti, y tú ya has resucitado en El" (Comentario al salmo 100, 3).

22."Dios no puede dar ningún don mayor a los hombres que hacer que su Verbo, por el cual creó todas las cosas, fuese Cabeza de ellos y adaptarlos a El como miembros, a fin de que fuese Hijo de Dios e hijo del hombre; un solo Dios con el Padre y un solo hombre con los hombres. Por tanto, cuando hablamos a Dios suplicando, no separamos al Hijo de la plegaria; y cuando ruega el Cuerpo del Hijo, no aparta de sí a su Cabeza; y así es el Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, el único Salvador de su Cuerpo, el cual pide también por nosotros y en nosotros; y también oramos nosotros. Ora por nosotros como sacerdote nuestro; ora en nosotros como nuestra Cabeza; y nosotros oramos a El como nuestro Dios. Reconozcamos en El nuestra voz, y su voz en nosotros" (Comentario al salmo 85, 1).

22."Ninguna desdicha abate al que ninguna felicidad corrompe... Tal es el que canta en este salmo. ¿Quién es? El cuerpo de Cristo. ¿Quién es él? Vosotros si queréis; todos nosotros si queremos; todos los hijos de Coré, pues todos somos un solo

hombre, porque uno solo es el cuerpo de Cristo. ¿Cómo no ha de ser un hombre solo el que tiene una única cabeza? Cristo es la cabeza de todos nosotros, y el cuerpo de esta Cabeza somos todos nosotros. Y todos en esta vida nos hallamos en los lagares. Si hemos entendido bien. hemos llegado ya a los lagares" (Comentario al salmo 83, 5).

22."La Iglesia es todo el pueblo de los santos que pertenecen a una ciudad. Esta ciudad es el cuerpo de Cristo, la cual tiene por Cabeza a Cristo. De ella son también nuestros conciudadanos los ángeles, con la diferencia que nosotros peregrinamos y trabajamos y ellos esperan en la ciudad nuestra llegada. De aquella ciudad a la que nos dirigimos nos fueron enviadas cartas, las santas Escrituras, que nos exhortan a vivir bien" (Comentario al salmo 90, s.2, 1).

22."Este será el oficio de los tranquilos, la obra de los desocupados, la acción de los sosegados, el afán de los seguros. Así como estos días suceden solemnemente con grata alegría a los días pasados de la Cuaresma, por los que antes de la resurrección del cuerpo del Señor se simboliza la tristeza de esta vida, así el día que se dará después de la resurrección del Cuerpo total del Señor, esto es, a la santa Iglesia, se presentará con perpetua bienaventuranza, excluyendo todas las miserias y dolores de esta vida" (Comentario al salmo 110, 1).

22."Luego como cuando se hallaba en el cielo, sin perseguirle nadie, clamó: ¿Por qué me persigues?, reconociendo la Cabeza a sus miembros y no separando la Cabeza el amor de la trabazón de su Cuerpo, así, cuando no aparta de El su misericordia, no la aparta de nosotros, que somos sus miembros y su cuerpo" (Comentario al salmo 88, 2, 3).

22."Con razón denominamos cimientos del cielo a los santos y fieles, en los cuales se edifica el reino de los cielos; pues a estos llama la Escritura piedras vivas. El primero y principal cimientos de estos es el mismo Cristo, nacido de la Virgen" (Comentario al salmo 81, 5).

22."Ved que celebra este salmo a cierto hombre alborozado con dichosa alegría. Prefigura al pueblo que tiene lleno el corazón de amor de Dios, es decir, al Cuerpo de Cristo librado de todo mal" (Comentario al salmo 110, 1).

22."Se alborotaba el mar, peligrosaba la barquilla. La barquilla es la Iglesia; el mar, el mundo. Vino el Señor, anduvo sobre el mar, y contuvo el oleaje" (Comentario al salmo 92, 7).

22."Se proponen ejemplos de los patriarcas tanto de su fe como de las promesas de Dios, para que, imitándolos y esperando, seamos su linaje; no únicamente el pueblo hebreo, sino cuantos reciben en toda la tierra esta gracia" (Comentario al salmo 104, 36).

22."La tierra de Dios es el campo de Dios y el cuerpo de Dios es la Iglesia de Dios. De esta tierra desaparece la memoria de aquellos que, siendo ramos por naturaleza, debido a la incredulidad se rompieron" (Comentario al salmo 108, 18).

22."El nos salvó gratuitamente, El no atendió a nuestras maldades, El nos buscó sin buscarle nosotros; nos halló, nos redimió, nos libró de la sujeción del diablo y del poder de los demonios; El para purificarnos nos amarró con la fe, de ella deja libre a los enemigos que no creen, y, por lo mismo, no pueden ser purificados... No os aparte el enemigo del camino, para que así el que nos congrega, como a sus polluelos, bajo sus alas, nos caliente; no nos separemos de sus alas, no sea que el milano aéreo arrebathe a los polluelos aun implumes. El cristiano no debe confiar en sí mismo; si quiere estar seguro, se nutra con el amor materno. El es la gallina que recoge a sus polluelos... Luego como ellos no quisieron protegerse debajo de las alas de esta gallina, y con esto nos dieron un ejemplo por el que debemos temer a los aéreos espíritus inmundos, que buscan en todo tiempo a quien arrebatar, nos metemos debajo de las alas de esta gallina, de la divina Sabiduría, puesto que enfermó por sus pollos hasta la muerte. Amemos al Señor, Dios nuestro; amemos a su Iglesia; a El como Padre, a ella como madre; a El como a Señor, a ella como a Esclava, porque somos hijos de la Esclava. Pero este matrimonio se halla unido con

gran caridad. Nadie ofende al uno y tiene propicio al otro... ¿De qué te aprovecha no ofender al padre que reclama venganza por la madre ofendida? ¿De qué te aprovecha ensalzar al Señor, honrar a Dios, elogiarle, reconocer y alabar a su Hijo, que está a la derecha del Padre, si ultrajas su Iglesia?... Luego, carísimos, retened todos unánimemente a Dios por padre, y a la Iglesia por madre. Celebrad con moderación la festividad de los santos, para que imitéis de este modo a los que nos antecedieron y se alegren de vosotros los que oran por vosotros" (Comentario al salmo 88, 2, 14).

22."En cuanto da a indicar el mismo texto, el anterior canta sobre el pueblo de Israel, éste sobre la Iglesia de Dios difundida por todo el orbe terraqueo" (Comentario al salmo 106, 1).

22."Nuestro Señor Jesucristo tomó estos afectos de la humana flaqueza, lo mismo que la carne de la debilidad humana, y la muerte, de la carne humana, no por imposición de la necesidad, sino por conmiseración voluntaria, a fin de transformar en sí a su Cuerpo que es la Iglesia, para la que se dignó ser Cabeza; es decir, a fin de transformar a sus miembros en santos fieles suyos; de suerte que, si a alguno de ellos le aconteciere contristarse y dolerse en las tentaciones humanas, por esto no se juzgase ajeno a su gracia; y, por lo mismo, que estos padecimientos no eran indicios de los pecados, sino de la humana fragilidad; y como cora que canta después del que entona, así también su cuerpo aprendiese de su misma Cabeza a padecer" (Comentario al salmo 87, 3).

22."Falta hablar de la cuarta tentación, en la que todos peligramos, pues todos estamos en la nave, unos trabajan, otros son transportados; sin embargo, todos a un mismo tiempo peligramos en la tempestad y todos nos salvamos al arribar al puerto" (Comentario al salmo 106, 12).

22."Contra el Cuerpo de Cristo se levantan los malos cristianos, de quienes cotidianamente soporta el Cuerpo de Cristo tribulaciones" (Comentario al salmo 85, 19).

22."Dice: En cualquier día que me halle atribulado, inclina tu rostro hacia mí, teniendo en cuenta la unidad del Cuerpo, en la que, si un miembro padece, padecen con él todos los miembros. Hoy eres tú atribulado, también yo lo soy; mañana lo es otro, también me atribulo; a seguida de esta generación son atribulados otros que vienen después y que suceden a estos; pues bien, también yo lo soy; con todos los que hasta el fin del mundo son atribulados en mi Cuerpo, soy yo atribulado" (Comentario al salmo 101, 3).

22."Sea nuestra cabeza y seamos nosotros sus miembros, hallándonos dos en una carne. Para ser primero pobre, se apartó del Padre, tomando la forma de siervo... Luego oigamos ya lo que ora la Cabeza y el Cuerpo, el esposo y la esposa, Cristo y la Iglesia, ambos uno. El Verbo y la carne no son uno (en esencia); el Padre y el Verbo lo son; Cristo y la Iglesia son uno, un solo hombre perfecto en la disposición de su plenitud... Luego oigamos a Cristo pobre en nosotros, con nosotros y por nosotros" (Comentario al salmo 101, 2).

22."¿Cuál es tu esperanza, ¡oh Cuerpo de Cristo!, ¡oh Cristo!, que estás sentado en el cielo a la diestra del Padre, pero que sufres en tus pies y en tus miembros en la tierra y que dices: Saulo, Saulo, por qué me persigues?" (Comentario al salmo 91, 11).

22."Hablemos todos a nuestra alma, porque el alma de todos nosotros, debido a la única fe, es una sola, y todos nosotros, los que creemos en Cristo, atendiendo a la unidad de su cuerpo, somos un solo hombre" (Comentario al salmo 103, 2).

22."De aquí, de los judíos, salió la salud, Cristo; de aquí, los apóstoles; de aquí, los primeros creyentes y los que colocaron el precio de sus haciendas a los pies de los apóstoles; de aquí salieron todos estos" (Comentario al salmo 79, 9).

22."¿Por qué son cimientos los apóstoles y los profetas? Porque su autoridad sostiene nuestra flaqueza. ¿Por qué son puertas? Porque entramos por ellos en el reino de Dios, puesto que nos le anuncian. Y, cuando entramos por ellos, entramos

por Cristo, pues El es la puerta. Se dice en el Apocalipsis que la ciudad de Jerusalén tiene doce puertas y una sola puerta, la cual es Cristo... Es un simbolismo de universalidad, puesto que la Iglesia había de extenderse por todo el orbe de la tierra, de donde es llamado este edificio, la Iglesia, a la trabazón de Cristo. Por tanto, como ha de venir este edificio de todas partes a ser juzgado, los tronos son doce, así como son doce las puertas por las que de todas las partes se entra a aquella ciudad" (Comentario al salmo 86, 4).

22."No seas infructífero en la bondad ni recibas estérilmente el castigo... Eres viña, ¡oh Iglesia!, y tienes a Dios por agricultor. Ningún agricultor hace llover sobre su viña. Luego, carísimos hermanos, entrañas de la Iglesia, hijos de la madre celestial, oíd, cuando hay tiempo... Ved de qué modo, en nombre del Espíritu de Dios, disponiéndolo interiormente El, que habita en el corazón de los suyos, mandó a las nubes de Dios que no lloviesen sobre la viña; que, al esperar que produjese uvas, engendró espinas" (Comentario al salmo 103, 11).

22."Pero El está a la derecha de Dios y con voz potentísima clamó desde lo alto: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? No diría estando en el cielo y a quine nadie tocaba: ¿Por qué me persigues?, si no estuviese sentado en el cielo a la derecha del Padre de tal modo, que también yacía en la tierra en nosotros" (Comentario al salmo 109, 18).

22."El demonio meridiano no te derribará. No es de extrañar que no derribe a la Cabeza. Pero tampoco derribará a aquellos que se adhirieron a la Cabeza al estilo que dice el Apóstol: El Señor conoce a los suyos. Pues hay algunos de tal modo predestinados, que el Señor sabe que pertenecen a sus Cuerpo" (Comentario al salmo 90, s.2, 2).

22."Al monte de Sión a quien amó, lo entendemos mejor aplicándoselo a la Iglesia de Cristo, que adora a Dios no por los bienes carnales del tiempo presente, sino porque contempla, ya que Sión significa contemplación, de un modo más sublime, con los ojos de la fe, los premios futuros y eternos" (Comentario al salmo 77, 41).

22."Precedió Cristo como Cabeza, sigue como Cuerpo. Por tanto, Cristo aun sufre aquí, Cristo también padece aquí, debido a Saulo, cuando Saulo oyó: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Habla como suele quejarse la lengua, diciendo al ser pisado el pie: "Me pisas". Nadie toca a la lengua; ella clama por compasión, mas no por haber sido maltratada. Cristo aun se halla necesitado aquí; todavía peregrina por este mundo, enferma y es encarcelado" (Comentario al salmo 86, 5).

22."De este pueblo es José, el hombre justo, y la Virgen María, que dio a luz a Jesucristo; de él es Juan Bautista, el amigo del esposo, y sus padres Zacarías e Isabel; de él son el anciano Simeón y la viuda Ana, que oyeron a Cristo, aunque no hablaba corporalmente; pero, si no hablaba como niño que era, le conocieron en espíritu. A este pueblo pertenecían los apóstoles... De este pueblo fueron asimismo aquellos que, después de la resurrección, fueron bautizados en un día tres mil, y en otro cinco mil, e inflamados por el fuego de la caridad tenían un solo corazón y una sola alma, y ninguno de ellos decía ser suya cosa alguna, sino que todas les eran comunes; de él son los santos diáconos, y uno de ellos, Esteban, fue coronado antes que los apóstoles con el martirio... Todos aquellos que pertenecían a aquel pueblo eran heredad de Dios... La gente que de aquella nación constituyó el cuerpo de Cristo es heredad de Dios" (Comentario al salmo 78, 2).

22."¿O no son estas las llaves por las que en la Iglesia se perdonan a diario los pecados? Puesto que Pedro significaba la Iglesia, lo que se le concedió a él solamente, se le concedió a la Iglesia. Por ende, Pedro significaba a la Iglesia, Iglesia que es el Cuerpo de Cristo" (Sermón 149, 7).

22."No se puede dudar de que se les ayuda con las oraciones de la santa Iglesia, con el sacrificio salvador y con las limosnas que se otorgan en favor de sus almas" (Sermón 172, 2).

22."Somos obreros de Dios; el templo está todavía en construcción" (Sermón 163, 3).

22."Claramente dijo que nuestros cuerpos son miembros de Cristo, puesto que Cristo es nuestra cabeza en cuanto que se hizo hombre por nosotros" (Sermón 161, 1).

22."Desaparezca la tristeza donde es tan grande el consuelo; séquese el llanto del alma y que la fe expulse el dolor. Con tan grande esperanza no es decoroso que esté triste el templo de Dios. En él habita el buen consolador, en él, el buen cumplidor de las promesas hechas. ¿Qué motivo hay para llorar a un muerto tanto tiempo? ¿Porque es amarga la muerte? También por ella pasó el Señor" (Sermón 173, 3).

22."La Esposa sois vosotros mismos, si amáis lo que ama ella; y amáis lo que ama ella si pertenecéis a ella. Decid, por ende, todos, porque todos formáis parte de la unidad que habla por labios de la Esposa" (Sermón 138, 7).

22."Si cuando alimentas a un cristiano alimentas a Cristo, cuando despojas a un cristiano despojas también a Cristo" (Sermón 178, 4).

22."Gracias a que Cristo tuvo un cuerpo, nuestro cuerpos son miembros de Cristo; gracias a que el Espíritu de Cristo habita en nosotros, nuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo" (Sermón 161, 2).

22."En efecto, todos los santos son inflamados conjuntamente por el fuego de la caridad y constituyen un único templo para Dios; son un único templo cada uno en particular y todos en conjunto" (Sermón 136B).

22."Porque, mientras permanece un miembro cualquiera en la unidad orgánica, queda la esperanza de salvarle; una vez amputado, no hay remedio que lo sane" (Sermón 137, 1).

22."Ponderad, hermanos, a dónde llega el amor de nuestra Cabeza. Aunque ya en el cielo, sigue padeciendo aquí mientras padece la Iglesia. Aquí tiene Cristo hambre,

aquí tiene sed, y está desnudo, y carece de hogar, y está enfermo y encarcelado. Cuando padece su Cuerpo, él mismo ha dicho que lo padece él" (Sermón 137, 2).

22."La madre Iglesia pone a su disposición los pies de otros para que lleguen, el corazón de otros para que crean, la lengua de otros para que hagan la profesión de fe; para que, como están enfermos a consecuencia del pecado de otros, así también, cuando hay otros sanos, se salven por la confesión que éstos hacen en su nombre" (Sermón 176, 2).

22."La salud de este Cuerpo es la unión de sus miembros y la trabazón de la caridad. Si se resfría la caridad, sobreviene, aun perteneciendo uno al Cuerpo de Cristo, la enfermedad" (Sermón 137, 1).

22."Aun siendo así conviene, no obstante, que en el cuerpo haya dedos y que estén sanos, antes que sean ojo cubierto de legañas por alguna afección, pues la salud, común a todos los miembros, es más preciosa que las funciones de cada uno de ellos. Así ves que en la Iglesia un hombre tiene algún don pequeño y, con todo, tiene la caridad; quizá veas en la misma Iglesia a otro más eminente, con un don mayor, que, sin embargo, no tiene caridad. Sea el primero el dedo más alejado, y el segundo el ojo; el que pudo obtener la salud, ése es el que más aporta al conjunto del cuerpo. Finalmente, es molestia para el cuerpo entero cualquier miembro que en él enfermase, y, en verdad, todos los miembros aportan su colaboración para que sane el que está enfermo y la mayor parte de las veces sana. Pero si no hubiera sanado y la podredumbre engendrada indicase la imposibilidad de ello, de tal modo se mira por el bien de todos que se le separa de la unidad del cuerpo" (Sermón 162A, 6).

22."Porque ya van mandadas sobre este particular a la Sede Apostólica las actas de dos concilios; también vinieron de allá contestadas. El asunto está concluido; plegue a Dios concluya pronto el error" (Sermón 131, 10).

22."Así, pues, hermanos, vemos que cada miembro, en su competencia, realiza su tarea propia, de forma que el ojo ve, pero no actúa; la mano en cambio actúa, pero no ve; el oído oye, pero no ve ni actúa; la lengua habla, pero ni oye ni ve; y aunque cada miembro tiene funciones distintas y separadas, unidos en el conjunto del cuerpo tienen algo común entre todos. Las funciones son distintas, pero la salud es única. En los miembros de Cristo, la caridad es lo mismo que la salud en los miembros del cuerpo" (Sermón 162A, 6).

22."Vosotros, en cambio, hermanos míos, miembros del cuerpo de Cristo, retoños de la unidad, hijos de la paz, celebrad este día con alegría y tranquilidad. En vosotros se cumple lo que se anunciaba en aquellos días, cuando vino el Espíritu Santo. Como entonces los que recibían el Espíritu Santo, incluso cada uno en particular, hablaban en todas las lenguas, así también ahora la misma unidad habla las lenguas de todos los pueblos; en ella estáis enraizados los que tenéis el Espíritu Santo, los que no estáis separados por ningún cisma de la Iglesia de Cristo, que habla todas las lenguas" (Sermón 271).

22."Como él ascendió sin apartarse de nosotros, de idéntica manera también nosotros estamos ya con él allí, aunque aun no se haya realizado en nuestro cuerpo lo que tenemos prometido. El ha sido ensalzado ya por encima de los cielos; no obstante, sufre en la tierra cuantas fatigas padecemos nosotros en cuanto miembros suyos" (Sermón 263A, 1).

22."Amad al Señor, puesto que él os ama a vosotros; visitad frecuentemente esta madre que os engendró. Ved lo que ella os ha aportado: ha unido la creatura al creador, ha hecho de los siervos hijos de Dios, y de los esclavos al demonio, hermanos de Cristo. No seréis ingratos a tan grandes beneficios si le ofrecéis el obsequio respetuoso de vuestra presencia. Nadie puede tener propicio a Dios Padre si desprecia a la Iglesia madre. Esta madre santa y espiritual os prepara cada día los alimentos espirituales, mediante los cuales robustece no vuestros cuerpos, sino vuestras almas" (Sermón 255A).

22."Dios, que no sufre hambre, quiso, no obstante, ser alimentado en la persona del pobre. Por tanto, no despreciemos a nuestro Dios necesitado en la persona del pobre, para que, cuando nos sintamos necesitados, nos saciemos en quien es rico" (Sermón 206, 2).

22."El, aunque rico, sigue estando necesitado hasta el fin del mundo. Tiene necesidad, sí, pero no en la cabeza, sino en los miembros. ¿Dónde está necesitado? En aquellos miembros por los que sentía dolor cuando dijo: 'Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Seamos, pues, condescendientes con Cristo. El está entre nosotros en sus miembros: está entre nosotros en nosotros mismos'" (Sermón 239, 7).

22."Convenía, pues, que nosotros, la Iglesia congregada de entre los gentiles, uniésemos la celebración de este día en que Cristo se manifestó a las primicias de los gentiles, a la de aquel otro en que Cristo nació de los judíos, y conservásemos, mediante la doble solemnidad, el recuerdo de tan gran misterio" (Sermón 204, 2).

22."¿Qué misterio, hermanos míos! Entra en casa de ellos, se convierte en su huésped, y el que no había sido reconocido en todo el camino, lo es en la fracción del pan. Aprended a acoger a los huéspedes, pues en ellos se reconoce a Cristo. ¿O ignoráis que, si acogéis a un cristiano, lo acogéis a él?... Así, pues, cuando un cristiano acoge a otro cristiano, sirven los miembros a los restantes miembros, y se alegra la cabeza, y considera como dado a sí mismo lo que se otorgó a uno de sus miembros. Demos de comer en esta tierra a Cristo hambriento, démosle de beber cuando tenga sed, vistámosle si está desnudo, acojámosle si es peregrino, visitémosle si está enfermo. Son necesidades del viaje. Así hemos de vivir en esta peregrinación, donde Cristo está necesitado. Personalmente está lleno, pero tiene necesidad en los suyos" (Sermón 236, 3).

22."Así es la Iglesia de Dios: en unos santos hace milagros, en otros proclama la verdad, en otros guarda la virginidad, en otros la castidad conyugal; en unos una cosa y en otros otra; cada uno realiza su función propia, pero todos viven la misma vida. Lo que es el alma respecto al cuerpo del hombre, eso mismo es el Espíritu

Santo respecto al cuerpo de Cristo que es la Iglesia. El Espíritu Santo obra en la Iglesia lo mismo que el alma en todos los miembros de un único cuerpo. Mas ved de qué debéis guardaros, qué tenéis que cumplir y qué habéis de temer" (Sermón 267, 4).

22."Ved, por tanto, hermanos, lo que debéis amar ante todo y a lo que debéis adheriros firmemente. El Señor, glorificado en su resurrección, nos recomienda la Iglesia; glorificado en su ascensión, nos recomienda otra vez la Iglesia; enviando al Espíritu Santo desde el cielo, nos recomienda de nuevo la Iglesia" (Sermón 265, 12).

22."Cristo el Señor, al mismo tiempo que está allí a la derecha del Padre, está aquí fatigado en la tierra; allí está él, pero aquí están sus miembros; allí está el que ha de juzgar a vivos y muertos, y él mismo está aquí en los suyos" (Sermón 229K, 1).

22."Cuando confiaba a Pedro sus ovejas, a nosotros nos confiaba. Y cuando confiaba nuestras personas a Pedro, confiaba sus miembros a la Iglesia. Confía, pues, Señor, tu Iglesia a tu Iglesia y encomiéndose a ti tu Iglesia" (Sermón 229P, 4).

22."A causa del trigo, que gime ahora en medio de la paja, y cuya cantidad, almacenada en los graneros, se hará manifiesta en la última limpia, recibió las llaves del reino de los cielos, para que, por obra del Espíritu Santo, tenga lugar en ella el perdón de los pecados mediante la sangre de Cristo. En esta Iglesia revive el alma que había muerto por el pecado para ser vivificada con Cristo, por cuya gracia hemos sido salvados" (Sermón 214, 11).

22."Ved que os habéis convertido en miembros de Cristo. Si consideráis en qué os habéis convertido, todos vuestros huesos dirán: 'Señor, ¿quién como tú?' En efecto, nunca se puede considerar como se merece la condescendencia divina; ¿no nos fallan las palabras y los sentidos ante el hecho de que nos haya llegado la gracia gratuita sin mérito alguno precedente? Por eso mismo se llama gracia: porque se nos ha donado gratuitamente. ¿De qué gracia estoy hablando? De la gracia de ser

miembros de Cristo e hijos de Dios; de que también vosotros sois hermanos del Hijo único. Si él es Hijo único, ¿cómo sois vosotros hermanos sino porque él es Hijo único por naturaleza y vosotros sois hermanos por gracia?" (Sermón 224).

22."Esperad en él, asamblea del nuevo pueblo, pueblo que estás a punto de nacer, pueblo que hizo el Señor; esmérate para ser alumbrado con salud y evitar un aborto propio de fieras. Pon tus ojos en el seno de la madre Iglesia; advierte su esfuerzo envuelto en gemidos para traerte a la vida, para alumbrarte con la luz de la fe. No agitéis por impaciencia las entrañas maternas, estrechando así las puertas del parto. Pueblo que estás siendo creado, alaba a tu Dios; alaba, alaba a tu Dios, pueblo que te abres a la vida. Alábale porque te amamanta, alábale porque te alimenta; puesto que te nutre, crece en sabiduría y edad. También él aceptó la espera del parto temporal, él que ni sufre mengua por la brevedad del tiempo, ni aumento por la amplitud del mismo, antes bien excluyó desde la eternidad todas las estrecheces y hasta el tiempo mismo. Como aconseja a un niño aquel hombre bondadoso que lo nutría: 'No seáis niños en vuestro pensar; sedlo en cuanto a la malicia; sed perfectos en el pensar' Como 'competentes', haceos adolescentes en Cristo competentemente, para crecer cual jóvenes hasta llegar a ser varones adultos. Como está escrito, alegrad a vuestro padre con vuestro progresar en la sabiduría y no contristéis a vuestra madre con vuestro desfallecimiento" (Sermón 216, 7).

22."¿Qué otra cosa mostró sino que nuestros cuerpos y nuestra cabeza, que es Cristo, constituyen en conjunto el único templo de Dios? Tenemos confianza en que el cuerpo de Cristo y nuestros cuerpos serán el templo de Dios, y ciertamente lo serán; pero, si no creemos, no llegaremos a serlo" (Sermón 217, 4).

22."La Iglesia de este tiempo es semejante a una era que tiene grano y paja mezclados, es decir, buenos y malos juntos; pero después del juicio tendrá solamente buenos sin malo alguno" (Sermón 223, 2).

22."Honrad, amad, pregonad también a la Iglesia santa, vuestra madre, como a la ciudad santa de Dios, la Jerusalén celeste. Ella es la que fructifica en la fe que acabáis de escuchar y crece por todo el mundo" (Sermón 214, 11).

22."Si no existiese en la Iglesia, ninguna esperanza nos quedaría. Si no existiese en la Iglesia el perdón de los pecados, ninguna esperanza habría de vida y liberación eterna. Damos gracias a Dios porque concedió ese don a la Iglesia" (Sermón 213, 9).

22."Nosotros somos la santa Iglesia; pero no dije 'nosotros', como si me refiriese sólo a los que estamos aquí, a quienes ahora me oís, sino a cuantos por la gracia de Dios somos fieles cristianos en esta Iglesia, es decir, en esta ciudad; cuantos hay en esta región, en esta provincia, cuantos hay al otro lado del mar y en todo el orbe de la tierra, pues el nombre del Señor es alabado desde la salida del sol hasta el ocaso. Esta es la Iglesia católica, nuestra verdadera madre y la verdadera esposa de aquel espeso. ¡Honrémosla porque es Señora de tan gran Señor! ¡Grande y particular la misericordia del esposo para con ella!" (Sermón 213, 8).

22."En efecto, del hecho de que la santa Iglesia celebra cada año los últimos días de quienes abandonan este mundo en justicia y santidad, no se sigue de que se les aumente el honor a los justos, sino que se nos propone a nosotros un ejemplo que imitar" (Sermón 335 L, 1).

22."Aquel huerto del Señor, hermanos, tiene no sólo las rosas de los mártires, sino también los lirios de las vírgenes, la hiedra del matrimonio y las violetas de las viudas. En ningún modo, amadísimos, tiene que perder la esperanza de su vocación ninguna clase de hombre: Cristo padeció por todos" (Sermón 304, 2).

22."Si nosotros somos la casa de Dios, somos edificados en este mundo para ser dedicados al fin del mundo. Todo edificio, mejor, toda edificación, requiere trabajo; la dedicación pide alegría. Lo que acontecía aquí cuando se levantaba este edificio, sucede ahora cuando se congregan los fieles en Cristo. El creer equivale, en cierto modo, arrancar las vigas y piedras de los bosques y montes; el ser catequizados,

bautizados y formados se equipara a la tarea de tallado. pulido y ajustamiento por las manos de los carpinteros y artesanos. Sin embargo, no edifican la casa de Dios más que cuando se ajustan unos a otros mediante la caridad. Si estas vigas y estas piedras no se unen entre sí de un cierto orden, si no se combinan pacíficamente, si en cierto modo no se amasen estrechándose entre sí, nadie entraría aquí. Además, cuando veis que las piedras y las vigas se ajustan bien en algún edificio, entras tranquilo sin temer que se caiga. Así, pues, queriendo Cristo el Señor entrar y habitar en nosotros, como si estuviera edificándonos decía: Os doy un mandamiento nuevo... Por tanto, para libraros de la vetustez de vuestra ruina amaos los unos a los otros... ¿Qué tiene de peculiar el cántico nuevo sino un nuevo amor? Cantar es propio del que ama. La voz de este cantor es el fervor del santo amor" (Sermón 336, 1).

22."Esto es lo que quiso significar con estas palabras: 'Nadie sube al cielo sino el que bajó del cielo'. Nadie subió, a no ser Cristo. Si quieres subir, permanece en el cuerpo de Cristo; si quieres subir, sé miembro de Cristo" (Sermón 294, 10).

22."Para los suyos, él es morador y ellos la morada, pues quienes habitan en la casa de Dios son también casa de Dios, que contempla su deleite, es protegida en cuanto su templo y se esconde en el escondite de su rostro. Esta es nuestra esperanza; la realidad aún no la vemos" (Sermón 337, 3).

22."Como sabéis, el Señor Jesús eligió antes de su pasión a sus discípulos, a quienes llamó apóstoles. Entre ellos sólo Pedro ha merecido personificar a toda la Iglesia casi por doquier. En atención a esa personificación de toda la Iglesia que sólo él representaba, mereció escuchar: 'Te daré las llaves del reino de los cielos'. Estas llaves no las recibió un solo hombre, sino la unidad de la Iglesia. Por este motivo se proclama la excelencia de Pedro, porque era figura de la universalidad y unidad de la misma Iglesia cuando se le dijo: 'Te daré', lo que en realidad se daba a todos" (Sermón 295, 2).

22."Como vigas incorruptibles, haced de nosotros mismos la casa de Dios. Ajustaos, tallaos en el trabajo, en la necesidad, en la vigilia, en las ocupaciones; estad dispuestos a toda obra buena, para que merezcáis descansar en la vida eterna, como en la trabazón de la sociedad de los ángeles" (Sermón 337, 4).

22."¡Nadie ame a la Iglesia de manera que sienta envidia de sus nuevas conquistas!" (Sermón 296, 15).

22."Ciertamente está claro, y lo proclama la conciencia de todos, que es difícil usar de las cosas permitidas sin excederse un tanto. Pero, cuando te excedes, ofendes a Dios, de quien eres templo" (Sermón 278, 10).

22."Construid con amor espiritual la casa de la fe y de la esperanza; construirla con las buenas obras que no existirán allí, porque no habrá indigencia alguna. Poned, pues, como cimiento en vuestros corazones los consejos de los profetas y apóstoles; echad delante vuestra humildad cual pavimento liso y llano; defended juntos en vuestros corazones la doctrina saludable con la oración y la palabra cual firmes pareces; iluminadlos con los divinos testimonios cual si fueran lámparas; soportad a los débiles como si fuerais columnas; protegéd bajo los techos a los necesitados, para que el Señor nuestro Dios os recompense los bienes temporales con los eternos y os posea por siempre una vez acabados y dedicados" (Sermón 337, 5).

22."Se os ha construido esta iglesia; pero vosotros sois Iglesia en un sentido más pleno. Se os ha construido la iglesia en que entren vuestros cuerpos; pero vuestras mentes deben ser el lugar adonde entre Dios" (Sermón 359, 9).

22."Esta unión es fruto de la caridad. El mismo que es nuestra cabeza es el salvador de su cuerpo. Así, pues, Cristo predica a Cristo, el cuerpo predica a su cabeza, y la cabeza protege a su cuerpo" (Sermón 354, 1).

22."No puede dudarse en modo alguno que el hombre en el que habita el amor sea templo de Dios" (Sermón 350, 1).

22."Por eso, el mismo Apóstol, cuando aún era Saulo, escuchó: 'Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?', puesto que el cuerpo va unido a la cabeza. Y cuando él, ya predicador de Cristo, sufría, de parte de otros, lo mismo que él había hecho sufrir cuando era perseguidor, dice: 'Para suplir en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo', mostrando que cuanto él padecía pertenecía a la pasión de Cristo. Esto no puede aplicarse a él en cuanto cabeza, puesto que, presente ya en el cielo, nada padece; sino en cuanto cuerpo, es decir, la Iglesia; cuerpo que con su cabeza forma el único Cristo" (Sermón 341, 12).

22."Considera, cristiano, que son miembros de Cristo; mira que son miembros de Cristo no los de otro, sino los tuyos propios, puesto que has sido comprado con la sangre de Cristo" (Sermón 349, 3).

22."Y si esto deben hacer los dispensadores de la palabra de Dios y ministros de sus sacramentos, ¡cuánto más la restante multitud tributaria y cierta provincia del gran rey! Para no ofenderla ni siquiera con la falsa sospecha de avaricia, el apóstol Pablo, soldado fidelísimo y valerosísimo, militó a sus propias expensas... ¡Cuánto más deben hacer penitencia los provinciales (laicos) de la Iglesia, envueltos en negocios mundanos" (Sermón 351, 5).

22."Al decir eso, no se dirigía sólo a ellos, sino a todo su cuerpo, a todos sus miembros. Que nadie que quiera estar en su cuerpo y ser miembro suyo se extrañe de que el mundo lo odie" (Sermón 354, 1).

22."El tercer modo tiene lugar cuando se anuncia el Cristo total en cuanto Iglesia, es decir, la cabeza y el cuerpo. La cabeza y el cuerpo forman un único Cristo; no en el sentido de que no esté íntegro sin el cuerpo, sino en cuanto que se dignó ser un todo íntegro con nosotros el que aun sin nosotros existe íntegro no sólo en cuanto Palabra, como Hijo unigénito del Padre, sino incluso en el hombre mismo que tomó, con el cual es, al mismo tiempo, Dios y hombre. Con todo, hermanos, ¿cómo somos nosotros su cuerpo y él un único Cristo con nosotros? ¿Dónde encontramos que el único Cristo lo forman la cabeza y el cuerpo, es decir, la cabeza con su cuerpo? En

Isaías, la esposa habla con el esposo como en singular; ciertamente es una y misma persona la que habla. Pero ved lo que dice: 'Como a esposo, me ciñó la diadema, y como a esposa, me revistió de adornos'. Como a esposo y como a esposa; a la misma persona llama esposo, en cuanto cabeza, y esposa, en cuanto cuerpo. Parecen dos y es uno solo. De otro modo, ¿cómo somos miembros de Cristo? El Apóstol lo dice clarísimamente: 'vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros'. Todos en conjunto somos los miembros y el cuerpo de Cristo; no sólo los que estamos en este recinto, sino también los que se hallan en la tierra entera; no sólo los que viven ahora, sino también, ¿qué he de decir? Desde el justo Abel hasta el fin del mundo, mientras haya hombres que engendren y sean engendrados, cualquier justo que pase por esta vida, todo el que vive ahora, es decir, no en este lugar, sino en esta vida, todo el que venga después; todos ellos forman el único cuerpo de Cristo y cada uno en particular son miembros de Cristo. Si, pues, en conjunto son el cuerpo y en particular son miembros, tiene que haber una cabeza para este cuerpo. Y él mismo es, dice, la cabeza del cuerpo de la Iglesia; el primogénito, el que tiene el primado. Y como dijo también de él que siempre es la cabeza de todo principado y potestad, esta Iglesia, peregrina ahora, se asocia a aquella otra Iglesia celeste, donde tenemos a los ángeles como ciudadanos, y pecaríamos de arrogantes al pretender ser iguales a ellos tras la resurrección de los cuerpos, de no haberlo prometido la Verdad al decir: 'Serán iguales a los ángeles de Dios'. Así se constituye la única Iglesia, la ciudad del gran rey" (Sermón 341, 11).

22."Puesto que se hizo conocer por Cristo y en Cristo, para que su Iglesia se extendiese por el orbe y, mediante ella, al Dios de Israel se le llamase Dios de toda la tierra" (De cons. evang. 1,31,47).

22."Ha sido la Iglesia la que ha sido creada a base de este lodo por medio de la Palabra encarnada en el tiempo preciso, Palabra por la cual fueron hechas todas las cosas" (Anot. a Job, 38).

22."Allí se dicen muchas cosas de la presencia, humillación y pasión de Cristo, y del cuerpo, cuya cabeza es él, es decir, de su Iglesia, cuando habla de ella como de

una estéril que no da a luz. La Iglesia que, en sus hijos, esto es, en sus santos, iba a existir en todos los pueblos, durante muchos años no se manifestó" (De cons. evang. 1,31,47).

22."Para que nadie piense haber conocido a Cristo, si no participa de su cuerpo, es decir, de la Iglesia, cuya unidad encarece el Apóstol en el misterio del pan al decir: Siento muchos, somos un solo pan, un solo cuerpo. Así, cuando al ofrecerles el pan bendecido se les abrieron los ojos y lo reconocieron, se les abrieron también para conocerlo, removido el obstáculo que les impedía reconocerlo" (De cons. evang. 3,25,72).

22."La unificación de estos santos constituye su cuerpo, que es la Iglesia, de la que Job, en cuanto justificado, constituye una parte en el sentido literal, a la vez que es figura de la Iglesia universal" (Anot. a Job, 38).

22."El término adolescentes podemos aplicarlo a quienes han aprovechado tanto en la Iglesia que tienen superada ya la etapa de la simplicidad que comporta la niñez, pero que aun no han llegado a la consistencia varonil en que incluso se llega a despreciar al perseguidor" (Anot. a Job, 24).

22."Cristo lo permitió hasta el misterio del pan, a fin de que se entienda que el impedimento puesto por el enemigo para que no se reconozca a Cristo se remueve participando en la unidad de su cuerpo" (De cons. evang. 3,25,72).

22."Cuando arrecia la persecución se contabilizan tres tipos de hombres en la Iglesia: los que contemporizan, los que huyen y los que padecen. El prototipo de todos éstos es Job" (Anot. a Job, 24).

22."Os exhortamos en el Señor, hermanos, a que os mantengáis en vuestros compromisos y perseveréis hasta el fin. Si la Iglesia reclama vuestro concurso, no os lancéis a trabajar con orgullo ávido ni huyáis del trabajo con torpe desidia. Obedeced a Dios con humilde corazón, llevando con mansedumbre a quien os gobierna a vosotros. El dirige a los mansos en el juicio y enseña a los humildes sus caminos.

No antepongáis vuestro ocio a las necesidades de la iglesia, pues si no hubiese buenos ministros que se determinasen a asistirle, cuando ella da a luz, no hubiésemos encontrado medio de nacer" (Carta 48, 2).

22."Sea El tu colaborador en las empresas, valiéndose de tu sacerdocio para conceder a su Iglesia misericordia" (Carta 22, 1).

22."Esta es la Iglesia. Va bogando con los malos peces en la red del Señor, pero está separada de ellos por el corazón y las costumbres y puede presentarse a su Esposo llena de gloria, sin mancha ni arruga. Ella espera la separación corporal en la playa del mar, es decir, en el fin de los tiempos, corrigiendo a los que puede, tolerando a lo que no puede corregir. Pero no abandona la unidad de los buenos por razón de los malos, cuya maldad no puede corregir" (Carta 93, 34).

22."Pensando que podía perecer el nombre cristiano en el mundo si rompía aquella unidad de la Iglesia de que él había desertado. Por eso permitió las disensiones libres y sacrílegas" (Carta 105, 9).

22."En todo esto, la mejor disciplina para el cristiano es acomodarse al modo que viere observar en la iglesia en la que se encontrare. Pues lo que no va contra la fe ni contra las buenas costumbres hay que tenerlo por indiferente y observarlo por solidaridad con aquellos entre quienes se vive" (Carta 54, 2).

22."Oye más bien la voz de la medicina por la que te sana, para que veas a Dios, ya que esa vista se te ha postergado: te presenta un hombre para que lo veas; lo ofrece para que lo maten; lo consigna para que lo imiten; lo traslada para que lo crean, para que, con esa fe, se cure el ojo de la mente que ha de ver a Dios. ¿Por qué, pues, no queremos oír la voz del Cuerpo, voz de la boca de la Cabeza?, la Iglesia padecía en El cuando por la Iglesia padecía El; como en la Iglesia padecía El cuando la Iglesia padecía por El. Como hemos oído en Cristo la voz de la Iglesia paciente: Dios mío, Dios mío, ¿por qué...?" (Carta 140, 18).

22."Esto dice Cristo representando a su Cuerpo, que es la Iglesia. Lo dice representando a la debilidad de la carne de pecado, que El transfiguró en aquella que tomó de la Virgen y que era semejanza de carne de pecado. El Esposo habla aquí representando a la Esposa, puesto que en cierto modo la unió consigo" (Carta 140, 18).

22."¿Qué sucedería si en nuestra misma Cabeza no hubiésemos visto un ejemplo tan claro, en el que aprendiéramos a proponer lo terreno o celestial, atendiendo no a lo que se ve, sino a lo que no se ve" (Carta 140, 29).

22."Eramos nosotros los que estábamos en esa fortuna: la Cabeza hablaba por su Cuerpo, pues no había separación en la conexión de la unidad, tampoco la había en la distinción de la fórmula" (Carta 140, 29).

22."En el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, que es su Iglesia y la unidad de sus miembros, estás muy unida a mí, pues te amo como a miembro honorable en el organismo cristiano y vives conmigo en el santo Espíritu de Cristo" (Carta 208, 1).

22."Sepa cuán lejos estoy de despreciarlo, cuánto temo a Dios en él y cuánto pienso en nuestra Cabeza, en cuyo cuerpo somos hermanos" (Carta 148, 4).

22."Nadie puede poner otro fundamento distinto del que está puesto, que es Cristo Jesús. Y así la Iglesia, fundamentada en Cristo, recibió de El, en la persona de Pedro, las llaves del reino de los cielos, esto es, el poder de atar y desatar los pecados" (Comentario a Juan 124, 5).

22."En este lugar del Evangelio, hermanos, dice el Señor que El es la vid, y sus discípulos los sarmientos; y lo dice en cuanto El es la cabeza de la Iglesia y nosotros miembros suyos, como Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús" (Comentario a Juan 80, 1).

22."Mas ¿cómo la dilección que el Padre tiene al Hijo está en nosotros, sino porque somos miembros suyos y en El somos amados cuando El es amado totalmente, esto es, como cabeza y cuerpo? Por eso añadió: Y yo en ellos, como diciendo: porque yo estoy en ellos. De un modo está en nosotros como en su templo, y de otro por ser nosotros miembros suyos, ya que, siendo nuestra cabeza por haberse hecho hombre, nosotros somos su cuerpo. Ha terminado la oración del Salvador y da comienzo su pasión" (Comentario a Juan 11, 6).

22."Arriba está Cristo, sentado a la derecha del Padre; pero también está aquí abajo, según lo que dijo a Saulo, que ejercía su crueldad en la tierra: ¿Por qué me persigues?" (Comentario a Juan 57, 1).

22."Moramos en El cuando somos miembros suyos, y El mora en nosotros cuando somos templo suyo. La unidad nos junta para que podamos ser sus miembros; y la unidad es realizada por la caridad. ¿Y cuál es la fuente de la caridad? Pregúntale al Apóstol: La caridad de Dios, dice, es difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado. Luego es el Espíritu quien vivifica, porque el Espíritu es quien hace que los miembros tengan vida. El Espíritu sólo da vida a los miembros que encuentra unidos al cuerpo, que informa y vivifica. Porque el Espíritu que existe en ti, ¡oh hombre!, y por el que eres hombre, ¿vivifica, por ventura, los miembros que del cuerpo están separados? Yo llamo espíritu tuyo a tu alma; y tu alma sólo vivifica los miembros que están unidos con tu cuerpo. Si separas uno, ya no es vivificado por tu alma, porque ya no forma parte de la unidad de tu cuerpo. Se dicen estas cosas para que nos enamoremos de la unidad y temamos la división. Nada debe ser tan temible al cristiano como el separarse del cuerpo de Cristo, porque, si se separa del cuerpo de Cristo, ya no es miembro suyo; y si no es miembro suyo, no vive de su Espíritu" (Comentario a Juan 27, 6).

22."Felicitémonos, pues, a nosotros mismos y seamos agradecidos; se nos ha hecho llegar a ser no sólo cristianos, sino Cristo mismo. ¿Os dais cuenta, hermanos, comprendéis lo que Dios nos ha hecha? Es para que os llenéis de admiración y de alegría. Se nos ha hecho llegar a ser Cristo mismo. Porque, si El es la cabeza y

nosotros somos los miembros, todo el hombre es El y nosotros" (Comentario a Juan 21, 8).

22."Porque no iría en busca del hombre que había hecho si no se hiciese El lo mismo que había hecho... Porque Cristo no está únicamente en la cabeza y no en el cuerpo, sino que Cristo está todo entero en la cabeza y en el cuerpo. Lo que son sus miembros lo es también El; mas lo que es El no lo son siempre sus miembros" (Comentario a Juan 28, 1).

22."¿Quieres,pues, tú recibir la vida del Espíritu de Cristo? Incorpórate al cuerpo de Cristo. ¿Por ventura vive mi cuerpo de tu espíritu? Mi cuerpo vive de mi espíritu, y tu cuerpo vive de tu espíritu. El mismo cuerpo de Cristo no puede vivir sino del Espíritu de Cristo. De aquí que el apóstol Pablo nos hable de este pan, diciendo: Somos muchos un solo pan, un solo cuerpo. ¡Oh qué misterio de amor, y qué símbolo de la unidad, y qué vínculo de la caridad! Quien quiere vivir sabe dónde está su vida y sabe de dónde le viene la vida. Que se acerque, y que crea, y que se incorpore a este cuerpo, para que tenga participación de su vida. No le horrorice la unión con los miembros, y no sea miembro podrido, que deba ser cortado; ni miembro deforme, de quien el cuerpo se avergüence; que sea bello, proporcionado y sano, y que esté unido al cuerpo para que viva de Dios para Dios, y que trabaje ahora en la tierra para reinar después en el cielo" (Comentario a Juan 26, 13).

22."También nosotros recibimos el Espíritu Santo si amamos a la Iglesia, y si estamos unidos por la caridad, y si nos gozamos del nombre y fe católicos. Creámoslo así, hermanos; en el mismo grado que ama alguien a la iglesia, en ese mismo grado posee el Espíritu Santo" (Comentario a Juan 32, 8).

22."Este manjar y esta bebida significan la unidad social entre el cuerpo y sus miembros, que es la Iglesia santa, con sus predestinados, y llamados, y justificados, y santos ya glorificados, y con sus fieles" (Comentario a Juan 26, 15).

22."Esta es mi alegría y consuelo en todos los trabajos y peligros de esta vida: vuestro amor a Dios, vuestra piadosa diligencia. vuestra firme esperanza, vuestro fervor de espíritu... Voz es ésta oída ya con frecuencia y que debéis recordar, y voz no de un solo hombre y sí de un hombre solo; no de uno solo, porque los fieles son muchos, mucho el grano que gime entre la paja, sembrado por todo el mundo; y sí también de uno solo, y es que todos son miembros de Cristo, y por eso son un cuerpo solamente" (Comentario a Juan 7, 1).

22."Duerme Adán para que Eva sea formada, y muere Cristo para que nazca la Iglesia. Mientras duerme Adán, es formada Eva de una de sus costillas. Después de muerto Cristo, la lanza hiere su costado. Entonces fluyen de allí los sacramentos para que por ellos se forme la Iglesia" (Comentario a Juan 9, 10).

22."Luego nosotros, que somos miembros del cuerpo de Cristo, no caigamos en los lazos del anticristo, no anhelemos nuestra propia gloria. Porque, si aquel buscó la gloria del que le envió, ¿cuánto más nosotros debemos buscar la gloria del que fue nuestro Creador?" (Comentario a Juan 29, 8).

22."En la Iglesia hay miembros diversos, que, como veis, poseen y gozan dones diversos. Hay casados y casadas; hay viudas y viudos, que rehúsan segundas nupcias; los hay que desde su infancia conservan su integridad, y los hay también que han consagrado a Dios con voto su virginidad. Los dones son diversos, pero todos ellos son una sola virgen" (Comentario a Juan 13, 12).

22."Porque Cristo no está únicamente en la cabeza y no en el cuerpo, sino que Cristo está todo entero en la cabeza y en el cuerpo. Lo que son sus miembros lo es también El; mas lo que es El no lo son siempre sus miembros. Porque, si El mismo no fuera sus miembros, no tenía por qué decir: Saulo, ¿por qué me persigues? Saulo no le perseguía a El en la tierra, sino a sus miembros, a sus fieles. No quiso decir a mis santos, a mis servidores, ni, finalmente, lo que es más honorable todavía, a mis hermanos, sino a mí, es decir, a mis miembros, de los que soy yo la cabeza" (Comentario a Juan 28, 1).

22."Los fieles conocen el cuerpo de Cristo si no desdeñan ser el cuerpo de Cristo. Que lleguen a ser el cuerpo de Cristo si quieren vivir del Espíritu de Cristo. Del Espíritu de Cristo solamente vive el cuerpo de Cristo" (Comentario a Juan 26, 13).

22."Básteos saber que el redil de Cristo es la Iglesia católica. Quien quiera entrar en el redil, entre por la puerta, confiese al verdadero Cristo. Y no sólo confiese al verdadero Cristo, sino que busque la gloria de Cristo y no la suya propia; porque muchos, buscando su gloria, dispersaron las ovejas de Cristo en lugar de reunir las" (Comentario a Juan 45, 5).

22."La plenitud de Cristo o todo el Cristo es la cabeza y los miembros. ¿Cuál es la cabeza y cuáles son los miembros? Cristo y la Iglesia. Gran soberbia sería, pues, arrogarnos tal honor si El mismo no se hubiera dignado prometérselo por el Apóstol: Vosotros sois el cuerpo de Cristo y sus miembros" (Comentario a Juan 21, 8).

22."Nosotros somos miembros del Hijo; y lo que nosotros, sus miembros, aprendemos, lo aprende El en cierto modo en sus miembros. ¿Cómo aprende en nosotros? ¿Cómo padece en nosotros? ¿Cómo probar que sufre en nosotros? Por aquella voz que se oyó del cielo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" (Comentario a Juan 21, 7).

22."En el cuerpo solamente el ojo ve; pero ¿acaso ve únicamente para sí mismos? Ve también para la mano, y para los ojos, y para los demás miembros; porque, si el pie sufre algún daño, no quita la vista de allí para tomar precauciones. La mano, lo mismo, es la única que trabaja del cuerpo; pero ¿acaso trabaja únicamente para sí? Trabaja también para los ojos. Porque, si viene un golpe a la cara y no a la mano, ¿por ventura dice la mano: No me muevo, porque este golpe no viene a mí? Lo mismo el pie; andando trabaja por el bien de todos los miembros: todos los demás miembros callan, y para todos habla la lengua" (Comentario a Juan 32, 8).

22."¿Cuál es el sentido de estas palabras: Cristo es enseñado por Cristo mismo? El sentido es que son enseñados los miembros por la cabeza. Mira, esto en ti mismo lo

puedes ver. Haz la hipótesis de que tú quieres coger algo con los ojos cerrados; no sabe tu mano adónde dirigirse, y tu mano es miembros tuyo, porque no está dividida de tu cuerpo. Abre los ojos; la mano ya ve adónde dirigirse. El miembro sigue la dirección que le muestra la cabeza. Luego si en ti se da eso: que tu cuerpo enseña a tu cuerpo y por medio de tu cuerpo se le enseña algo a tu cuerpo, ¿qué extraño que se diga que es enseñado Cristo por Cristo mismo? La cabeza muestra para que vean los miembros; la cabeza enseña para que aprendan los miembros; sin embargo, miembros y cabeza son un solo hombre. No quiso alejarse, sino que tuvo la dignación de incorporarse a nosotros" (Comentario a Juan 21, 9).

22."Acabáis de oír en el salmo el gemido del pobre, cuyos miembros padecen persecuciones por toda la tierra hasta el fin del mundo. Trabajad con denuedo, mis hermanos, para conseguir la unión con estos miembros, para ser de estos miembros. Todas las tribulaciones pasan. ¡Ay de los que se alegran! La verdad dice: 'Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados'. Dios se hizo hombre. ¿Qué llegará a ser el hombre por quien se hizo Dios hombre? Esta esperanza es la que nos debe consolar en todas las tribulaciones y tentaciones de esta vida" (Comentario a Juan 10, 1).

22."Roguemos al médico del herido, llevémosle a la casa del enfermo, pues El es quien ha prometido la salud, quien se compadeció del que dejaron los ladrones semivivo en el camino, lo bañó con vino y aceite, curó sus llagas, lo llevó en su jumento, lo condujo a la posada y lo encomendó al posadero. ¿A qué posadero? Quizá a Aquel que dijo: Somos embajadores de Cristo. Dio, además, dos monedas para emplearlas en curar al herido; quizá sean estas dos monedas los dos mandamientos de los cuales pende toda la Ley y los Profetas. También la Iglesia, hermanos, es posada del viajero, donde se cura a los heridos durante esta vida mortal; pero allá arriba tiene reservada la posesión de la herencia" (Comentario a Juan 41, 13).

22."Dios engendra por la Iglesia, no hijos que le sucedan, sino hijos que vivan perpetuamente con El" (Comentario a Juan 12, 5).

22."Este fruto en todos sus trabajos lo produce ahora la Iglesia con el deseo, entonces lo producirá con la visión; con lágrimas ahora, entonces con alegría; ahora con oraciones, entonces con alabanzas. Por eso este fruto es del género masculino, porque a este fruto de contemplación se enderezan todos los esfuerzos de la acción" (Comentario a Juan 101, 5).

22."Rogamos por vosotros, hermanos; mas vosotros rogad por mí. Rueguen todos los miembros unos por otros, interceda por todos la Cabeza" (In Jn. Epist. 1,8).

22."En efecto, oíd y ved. Todos los que salen de la Iglesia y se apartan de su unidad son anticristos" (In Jn. Epist. 3,7).

22."Quien se aparta de la Iglesia, ¿cómo ha de estar en Cristo, no siendo de los miembros de Cristo?; pues, ¿cómo está en Cristo quien no está en el cuerpo de Cristo?" (In Jn. Epist. 1,12).

8."...les dice el Señor: *¿Acaso vosotros también queréis iros?* Conoced que yo os soy necesario, no vosotros a mí. Aquellos a quienes el sol no había quemado respondieron por la palabra de Pedro: *Señor, tienes palabra de vida, ¿a quién iremos?*" (In Jn. Epist. 1,12).

22."Por fin, la misma suprema autoridad de la Iglesia católica, que, como madre de todos los santos, se difunde fecunda por todo el orbe terráqueo en virtud del mismo don del Espíritu Santo, ¿a qué hereje o cismático hizo perder la esperanza de absolución si se corrige? ¿A quién cerró la puerta de la reconciliación con Dios? ¿No invita a todos con lágrimas a acercarse a sus pechos, que fueron abandonados con orgulloso desprecio? ¿Quién de los herejes se encuentra, ya sea príncipe o grey, que no se oponga al Espíritu Santo?" (In Epist. Rom. Incoada, 15).

22."Concisamente distingue en dos palabras la dignidad de la Iglesia y de la vejez de la Sinagoga, ya que la Iglesia se denominó Iglesia debido a la vocación, y la Sinagoga debido a la congregación. Ser convocados se dice más bien de los

hombres; congregarse, de las bestias, por lo cual suele llamarse con propiedad grey la reunión de animales" (In Epist. Rom. Incoada, 2).

22."Esta Cabeza habla alguna veces como Cabeza nuestra; otras, en representación nuestra, es decir, en representación de los miembros; por ejemplo, cuando dijo: Tuve hambre y me disteis de comer, hablaba en representación de los miembros, no de su persona. También cuando dijo: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?, clamaba la Cabeza por los miembros, y, con todo, no dijo: ¿Por qué persigues a mis miembros?, sino: ¿Por qué me persigues? Si El padece en nosotros, también nosotros seremos coronados en El. Esta es la caridad de Cristo. ¿Qué puede compararse a ella? Pone el himno de esta realidad en nuestra boca y canta esto en persona de sus miembros" (Comentario al Salmo 39, 5).

22."En el cuerpo de Cristo, cada hombre de por sí goza como miembro particular de sus propios dones, porque Aquel que eligió para sí al pueblo en heredad formó sus corazones uno a uno" (Comentario al Salmo 32, 2, s.2, 21).

22."No sólo fue ungida nuestra Cabeza, sino también su cuerpo, es decir, nosotros mismos. Es rey porque nos guía y nos gobierna; sacerdote, porque intercede por nosotros, y, además, sólo El fue tal sacerdote que fue también sacrificio. El sacrificio que ofreció a Dios no fue distinto de sí mismo... De aquí se deriva que nosotros somos cuerpo de Cristo, porque todos somos ungidos, y todos estamos en El, siendo Cristo y de Cristo, porque en alguna manera el Cristo total es cabeza y cuerpo. Esta unción nos perfeccionará espiritualmente en aquella vida que se nos promete. Y ésta es la voz del que anhela aquella vida; es la voz del que desea la gracia de Dios, la cual se perfecciona al fin en nosotros" (Comentario al Salmo 26, 2, 2).

22."Luego todos nosotros, unidos a nuestra Cabeza, Cristo, somos vigorosos, pero sin nuestra Cabeza no valemos para nada. ¿Por qué? Porque, unidos a nuestra Cabeza, somos vid; sin nuestra Cabeza, lo que Dios no permita, somos sarmientos cortados, destinados no para ser empleados por los agricultores, sino para el fuego. De aquí que Cristo dice en el Evangelio: 'Yo soy la vid, vosotros los sarmientos, mi Padre el agricultor'; y también: 'Sin mí nada podéis hacer'. ¡Oh Señor!, sin ti, nada;

contigo, todo. En efecto, todo lo que obra El por nosotros parece que lo ejecutamos nosotros. El puede mucho; aún más, todo sin nosotros; nosotros no podemos nada sin El" (Comentario al Salmo 30, 2, s.1, 4).

22."Habla Cristo, porque en los miembros de Cristo está Cristo" (Comentario al Salmo 30, 2, s.1, 4).

22."Por ventura podemos entender con rectitud que tenía miedo Cristo al acercarse a la pasión, siendo así que por ella vino al mundo?; y acercándose a lo que venía, ¿acaso temía morir? Si sólo hubiera sido hombre, sin ser Dios, más bien se alegraría por su resurrección que temería por su muerte. Así, pues, el que se dignó tomar la forma de siervo y en ella vestirse de nosotros, el que no se desdeñó asumirnos, no se desdeñó transformarnos en El ni hablar nuestras palabras, para que también nosotros hablásemos las suyas. Acaeció esta maravillosa conmutación, y así tuvo lugar el intercambio divino y se celebró en este mundo la permuta de las cosas por el divino comerciante, pues vino a recibir las afrentas y a dar los honores, a vaciar en sí el dolor y a darnos la salud, a recibir la muerte y dar la vida. Como iba a morir en lo que tenía de nosotros, temía no en sí, sino en nosotros, y por eso dijo que su alma estaba triste hasta la muerte, y, por tanto, también todos nosotros con él. Porque sin El nada somos; mas en El, Cristo y nosotros. ¿Por qué? Porque el Cristo completo es cabeza y cuerpo. La cabeza es el salvador del cuerpo, que ya subió al cielo; el cuerpo es la Iglesia, que sufre en la tierra. Si este cuerpo no estuviese adherido por el vínculo de la caridad a su Cabeza, de suerte que se forme con el cuerpo y la cabeza un todo único, no hubiera dicho desde el cielo, corrigiendo al perseguidor: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" (Comentario al Salmo 30, 2, s.1, 3).

22."Si ha herido, ámesele; si ha injuriado, no se le abandone; recuperará el sentido y dará las gracias. ¡Cuántos se conocen a sí mismos aquí, se ven mutuamente y hablan de sí en la Iglesia de Dios!; en el regazo de la santa Iglesia encaminaron sus ocupaciones, ya buenas, en torno a la palabra de Dios, en torno al ejercicio y

servicio de la caridad; frecuentando la grey de Cristo, no se apartan de la iglesia, se ven y hablan mutuamente de sí mismo" (Comentario al Salmo 39, 8).

22."Hablemos el cuerpo de Cristo, hablemos todos como si fuésemos uno, porque todos juntos formamos unidad" (Comentario al Salmo 30, 2, s.1, 5).

22."No esperarían que pudiera perderse la Iglesia, propagada extensamente, si no creyeran que no estaba encomendada al cuidado de Dios" (Comentario al Salmo 3, 9).

22."Salmo dedicado al Mediador de mano fuerte, que trata de la perfección de la Iglesia en este siglo, donde temporalmente lucha contra el diablo" (Comentario al Salmo 28, 1).

22."Somos uno en Cristo, cuerpo de Cristo somos, los que deseamos y pedimos aquella única cosa, los que gemimos en nuestros días malos, los que creemos ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes. A todos nosotros, que somos uno en uno, se nos dice: Espera en el Señor, obra con fortaleza y confórtese tu corazón, y espera en el Señor... Oigan esto los varones, oigan esto las mujeres, porque en un varón está el hombre y la mujer. Pues en Cristo no hay varón ni mujer, según dice el Apóstol. Espera en el Señor; obra con firmeza y confórtese tu corazón y espera en el Señor. Esperando en el Señor le tendrás; tendrás a quien esperas. Si encuentras otra cosa mejor, más grande y deleitable, deséala" (Comentario al Salmo 26, 2, 23).

22."Cántico de la dedicación de la casa'. En este título se encierra toda la esperanza y todo el secreto de la solución de esta cuestión. La casa que ahora se edifica será dedicada o consagrada más tarde. Ahora se fabrica la casa, es decir, la Iglesia; más tarde se dedicará. En la dedicación aparecerá la gloria del pueblo cristiano, que ahora está oculta" (Comentario al Salmo 29, 2, 6).

22."Ved qué aval tengamos, pues nosotros por la fe, la esperanza y la caridad estamos en el cielo eternamente con nuestra Cabeza, y El mismo por la divinidad, la

bondad y la unidad está con nosotros en la tierra hasta la consumación del mundo" (Comentario al Salmo 26, 2, 11).

22."La necesidad nos obliga a entender que se trata de Cristo completo y total, es decir, de Cristo cabeza y cuerpo. Cuando habla Cristo, habla unas veces en persona únicamente de la Cabeza, la cual es el mismo Salvador, nacido de la Virgen María; otras habla en persona de su cuerpo, el cual es la santa Iglesia, difundida por toda la tierra. Nosotros somos su cuerpo, si es que nuestra fe sincera, nuestra esperanza segura y nuestra caridad ardiente se fundan en El; somos su cuerpo y miembros de El, y vemos también que nosotros hablamos en El" (Comentario al Salmo 37, 6).

22."Todos los miembros suyos, que creen en El, son su tabernáculo, y El es lo escondido del tabernáculo" (Comentario al Salmo 26, 2, 10).

22."Todos los miembros pertenecemos a un mismo cuerpo; de nuestra Cabeza recibimos el vigor, en ella está nuestra esperanza, en ella nuestra fortaleza. No dudemos exigir del Señor, nuestro Dios, la misericordia" (Comentario al Salmo 32, 2, s.2, 28).

22."La casa de Dios es la Iglesia; aún contiene malos, pero la belleza de la casa de Dios reside en los buenos; se halla en los santos" (Comentario al Salmo 25, 2, 12).

22."Y ahora uno solo es el hombre que habla a todas las gentes en todas las lenguas, un solo hombre, que es cabeza y cuerpo; sólo un hombre, varón perfecto, Cristo y la Iglesia; El es el esposo, ella la esposa" (Comentario al Salmo 18, 2, 10).

22."Dondequiera que Dios es temido y alabado, allí está la Iglesia de Cristo" (Comentario al Salmo 21, 2, 24).

22."En la Iglesia católica, sin vestigio de simulación, enlazados por la trabazón de la unidad, confesaron a Cristo; como miembros, desearon seguir a la Cabeza, que les precedió. Pero ¿qué anhelaron? Padecer en los tormentos, ser felices en la

confesión, ser veraces en sus palabras; lanzaban saetas a Dios en presencia de quienes les interrogaban, y los herían airándolos; a muchos hirieron para salud. Esto es lo que nos proponemos a nuestra consideración, lo que contemplamos y deseamos imitar. Estos son los espectáculos cristianos; estas cosas ve Dios desde el cielo; a ellas exhorta y con ellas nos ayuda" (Comentario al Salmo 39, 16).

22."Nuestra Cabeza está arriba, está libre. Unámonos a ella por la caridad, para que después nos incorporemos a ella por la inmortalidad" (Comentario al Salmo 30, 2, s.1, 10).

22."El título del salmo es: 'En favor de aquella que recibe la herencia'. Se entiende de la Iglesia, la cual recibe en herencia la vida eterna debido a nuestro Señor Jesucristo, para que posea al mismo Dios, a quien adhiriéndose se hace bienaventurada, conforme a aquello: 'Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra'... Luego Dios es nuestra herencia, porque nos alimenta y conserva, y nosotros somos heredad de Dios, porque nos administra y gobierna. Por lo tanto, en este salmo se deja oír la voz de la Iglesia, llamada a la herencia para que ella se haga herencia del Señor" (Comentario al Salmo 5, 1).

22."Quien desgarrar la unidad, profana el templo de Dios, porque no está unido a la cabeza, por la cual todo el cuerpo, unido y compaginado mediante la universal acción de la suministración alimenticia, según la operación de los miembros, obra a la medida de cada uno el incremento del cuerpo para edificación de sí mismo en caridad. Dios está en este santo templo suyo, el cual consta de muchos miembros, que ejecutan sus propios oficios y se hallan conformados por la caridad en un solo edificio. Todo el que, basado en su preeminencia, se aparta de la sociedad católica, profana este templo" (Comentario al Salmo 10, 7).

22."Los que estáis en la iglesia no ultrajéis a los que están fuera de ella, sino más bien orad para que entren. Poderoso es Dios para injertarlos de nuevo" (Comentario al salmo 65, 5).

22."Como conocemos ya la cabeza y el cuerpo, El la cabeza y nosotros el cuerpo, cuando oímos su voz, debemos entenderla como procediendo de la cabeza y del

cuerpo, porque todo cuanto padeció, también lo padecemos nosotros en El, y, asimismo, lo que padecemos nosotros, El lo padece en nosotros. Si en el hombre padece algo la cabeza, ¿podemos decir que no lo padecen las manos? O si padecen algo las manos, ¿puede decirse que no lo padece la cabeza? O si padecen algo los pies, ¿por ventura puede decirse que no lo padece la cabeza? Cuando padece algo algún miembro nuestro, todos los miembros restantes se apresuran a socorrer al miembro que padece. Luego, si, cuando el padeció, padecemos nosotros en El, y El ya subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre, todo cuanto padece su Iglesia en las tribulaciones de este mundo, en las tentaciones, en las necesidades, en las angustias, puesto que así conviene que sea adiestrada, para que, como oro, se purifique por el fuego, lo padece El también" (Comentario al salmo 62, 2).

22."Estas mismas cosas también se hallan consignadas en el salmo del cual pronunció el Señor desde la cruz el primer versillo: ¡Dios mío, Dios mío!, mírame; ¿por qué me abandonaste? Prefigurándonos en lo que decía y en su cuerpo, puesto que también nosotros somos su cuerpo y El nuestra Cabeza, no habló desde la cruz por su boca, sino por la nuestra. Pues Dios nunca le abandonó ni El jamás se separó del Padre" (Comentario al salmo 43, 2).

22."Cristo, que, atendiendo a que es Cabeza, es salvador del Cuerpo, y que, naciendo de la Virgen, fue crucificado, y que ya nos mostró con la resurrección de su carne una copia de nuestra resurrección, y que está sentado a la derecha del Padre e intercede por nosotros, también está aquí, pero en su Cuerpo, que es la Iglesia. Su Cuerpo está unido a la Cabeza, y así habla la Cabeza en favor del Cuerpo cuando dice: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Que el Cuerpo está unido a la Cabeza, lo dice el Apostol con estas palabras: Y a una con El nos resucitó y a una con El nos asentó en los palacios celestes. Nosotros estamos sentados allí y El sufre aquí; nosotros estamos sentados allí con la esperanza y El está aquí con nosotros con la caridad. Esta trabazón forma de dos como la constitución de un solo hombre en una carne, el esposo y la esposa" (Comentario al salmo 55,3).

22."De aquí es que comienza el salmo y dice: Aclamad a Dios. ¿Quiénes? Toda la tierra. No únicamente Judea. Ved, hermanos, de qué modo recomienda la universalidad de la iglesia difundida por el orbe" (Comentario al salmo 65, 2).

22."Luego también aquí entendemos que se habla de la pasión del Señor y que nos habla Cristo, cabeza y cuerpo. Siempre o casi siempre que oigamos la voz de Cristo en los salmos, no pensemos que habla sólo aquella cabeza, aquel único Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que también, según la divinidad, en el principio era el Verbo, Dios en Dios; Verbo que se hizo carne y habitó entre nosotros, tomando la carne de la estirpe de Abrahán, de la casa de David mediante la Virgen María; sino también el Cristo cabeza y cuerpo, el varón todo íntegro" (Comentario al salmo 58,s.1, 2).

22."El Cristo total es Cabeza y Cuerpo, lo que no dudo que vosotros ya sabéis; la Cabeza es nuestro Salvador, que padeció debajo del poder de Poncio Pilato y que ahora, después de resucitar de entre los muertos, está sentado a la diestra de Dios Padre; su Cuerpo es la Iglesia, no esta o aquella, sino la difundida por el orbe; ni tampoco sólo la que ahora se halla en los hombres de esta vida, sino aquella a la cual pertenecen asimismo quienes vivieron antes que nosotros y los que después de nosotros vivirán hasta el fin del mundo. Esta Iglesia, que consta de todos los fieles, porque todos ellos son miembros de Cristo, tiene la Cabeza colocada en el cielo, la cual gobierna a su Cuerpo, el cual, aunque esté separado por la visión, está unido por la caridad. Como el Cristo total es cabeza y cuerpo, por eso en todos los salmos, al oír la voz de la Cabeza, oigamos la del Cuerpo... Si está con nosotros, habla con nosotros, de nosotros y por nosotros; como también nosotros hablamos en El, y por eso hablamos verdad, porque hablamos en El" (Comentario al salmo 56, 1).

22."El este salmo se recomienda de modo especial la pasión del Señor; pero como no pudieron ser fuertes los mártires a no ser contemplando al que padeció primeramente ni pudieron soportar en su pasión los tormentos que El soportó a no ser esperando en la resurrección tales gozos cuales El demostró en sí mismo,

reconozcamos aquí no sólo la voz del Señor, sino también la nuestra y que todos los que están unidos a El son miembros de su cabeza" (Comentario al salmo 63, 1).

22."Esto se ejecuta en la Iglesia; bajan y suben los ángeles de Dios sobre el Hijo del hombre porque arriba está el Hijo del hombre, es decir, su cabeza, la cual suben con el corazón; y abajo está también el Hijo del hombre, es decir, su cuerpo. Sus miembros están aquí; su cabeza, arriba. Se sube a la cabeza, se baja a los miembros. Cristo está allí, Cristo está aquí. Si únicamente está allí y no aquí, ¿por qué dijo: Saulo, Saulo, por qué me persigues? ¿Quién le molestaba en el cielo? Nadie; ni los judíos, ni Saulo, ni el diablo tentador. Allí nadie le molestaba, pero clama la lengua en la trabazón del cuerpo humano al ser pisado el pie" (Comentario al salmo 44, 20).

22."La Cabeza estaba en el cielo y decía: ¿Por qué me persigues? Nosotros estamos con El en el cielo por la esperanza y El está con nosotros en la tierra por el amor" (Comentario al salmo 54, 3).

22."El cuerpo de Cristo en la tierra es pobre y está dolorido, pues aunque sean ricos los cristianos, con todo, si son cristianos, son pobres" (Comentario al salmo 68, 2, 14).

22."Hemos nacido para contemplar el esplendor de la Iglesia de Cristo, y hemos encontrado a la estéril, a la cual se pronosticó y anunció un gran gozo, porque había de tener más hijos que la que tenía varón, de tal forma que se olvidó de la afrenta de su viudez... si pensásemos prudente y rectamente, como sazónada ya la víctima, que la vida humana sobre la tierra es una continua tentación y que nadie está seguro por completo, ni debe pensar que lo está hasta que llegue a la patria, de donde ningún amigo sale y adonde ningún enemigo entra aun ahora en el mismo esplendor de la Iglesia, reconoceríamos las voces de nuestra aflicción, y como miembros de Cristo, unidos a nuestra cabeza por la trabazón de la caridad, conservada mutuamente entre nosotros, hablaríamos sobre los salmos lo que aquí encontrásemos que hablaron los mártires anteriores a nosotros, porque la tribulación es común a todos desde el principio hasta el fin" (Comentario al salmo 68, 1, 1).

22."Luego este único hombre que es la unidad de Cristo prorrumpie en estos gritos. Es necesario que muchos fieles que murieron se hallen ya en el descanso que ofreció Dios a las almas de los fieles; pero todavía hay aquí miembros de Cristo: los que viven y los que más tarde han de nacer" (Comentario al salmo 70, 1, 6).

22."Cuando comenzare Cristo a habitar en el interior del hombre por la fe y comenzare el invocado a poseer al que confiesa, se constituye el Cristo total, cabeza y cuerpo, y de muchos se hace uno" (Comnetario al salmo 74, 4).

22."Luego hay judíos por la circuncisión de la carne y los hay por la circuncisión del corazón. Muchos santos padres nuestros tenían la circuncisión de la carne, atendiendo al signo de fe, y la circuncisión del corazón, atendioendo a la misma fe" (Comentario al salmo 75, 1).

22."La heredad de Dios, es decir, su pueblo, arrojado fuera por El, se hizo inmundo" (Comentario al salmo 73, 13).

22."Luego permanecerá con el sol mientras el sol salga y se ponga; esto es, mientras perdure este tiempo subsistirá la Iglesia de Dios, es decir, el cuerpo de Cristo en la tierra" (Comentario al salmo 71, 8).

22."Oid, oid, queridísimos hijos del cuerpo de Cristo, vosotros los que tenéis al Señor, Dios vuestro, por vuestra esperanza y no ponéis los ojos en las vanidades y falsas locuras. Y los que todavía las contempláis con halago, oíd para no mirarlas" (Comentario al salmo 72, 1).

22."No existe punto de comparación. Pero también en ella hay piedras preciosas. Son tan valiosas que se denominan piedras vivas. Son piedras preciosas que le sirven de adorno; pero ella es aún más valiosa. Quiero exponeros algo acerca de estas piedras

preciosas en la medida de mi capacidad y de la vuestra, de mi temor y del que vosotros debéis tener. Siempre hubo y hay en la Iglesia piedras preciosas, hombres

doctos, llenos de ciencia, de don de comunicación y de instrucción en la ley. Sin duda son piedras preciosas" (Serm. 37,3).

22."No os agrade ninguna piedra que esté fuera de las galas de esta mujer. Ella, más valiosa que las piedras preciosas, ella misma es el valor de sus adornos" (Serm. 37,3).

22."Yace en tinieblas la piedra preciosa si no forma parte de los adornos de esta mujer. Dondequiera que se halle, se encuentra en tinieblas la piedra preciosa que no engalana a aquella mujer. Le era necesario permanecer entre sus adornos, estar en compañía del restante ornamento. Lo digo con toda confianza. Se llaman piedras preciosas porque son caras. Es vil, perdió su valor la que no tiene caridad" (Serm. 37,3).

22."Os había puesto en la tierra a mis pequeñuelos necesitados. Dirá: 'Yo, como Cabeza, me encontraba sentado en el cielo a la derecha del Padre, pero mis miembros padecían en la tierra, mis miembros tenían necesidades en la tierra. Lo que hubierais dado a mis miembros hubiera llegado hasta la Cabeza. Y os hubierais dado cuenta de que, cuando os puse en la tierra a mis pequeñuelos necesitados, los constituí para vosotros en portadores que llevasen vuestras obras hasta mi tesoro. Y no pusisteis nada en sus manos, y por eso no encontrareis nada en mí" (Serm. 18,4).

22."En la Iglesia de Cristo no hay mejor prueba de la caridad que cuando es desdeñado ese mismo honor que parece darse a los hombres, para que los miembros del niño no sean divididos, para que la debilidad cristiana no sea desmembrada y rota la unidad" (Serm. 10,8).

22."A vosotros pregunto, miembros de Cristo: ¿Quién os dio a luz? Responderéis: "La madre Iglesia." Pues ¿cómo no será madre de Cristo la Iglesia, que da a luz a los miembros de Cristo?" (Sermón 65 A, 7).

22."La cabeza está en el cielo, pero tiene los miembros en la tierra. Dé un miembro de Cristo a otro miembro de Cristo: quien tiene dé al necesitado. Miembro de Cristo eres tú que tienes qué dar; miembro de Cristo es el otro y necesita que le des. Los dos camináis por un mismo camino, ambos sois compañeros de viaje. El pobre va aliviado de peso, y tú, rico, oprimido por la carga. Da de lo que te oprime; da al indigente algo de eso que te resulta pesado. Así tú te alivias y ayudas al compañero" (Sermón 53 A, 6).

22."Pero en el campo del Señor, esto es, la Iglesia, a veces, lo que era trigo se hace cizaña y lo que era cizaña se convierte en trigo; y nadie sabe lo que será mañana" (Sermón 73 A, 1).

22."Y a vosotros, a quienes estoy hablando, que sois miembros de Cristo, ¿quién os ha dado a luz? Oigo la voz de vuestro corazón: la Madre Iglesia. Esta Madre santa, honorable, semejante a María, da a luz y es virgen" (Sermón 72 A, 8).

22."Sed, pues, cuerpo de Cristo, no opresión para el cuerpo de Cristo. Tenéis la orla del vestido para tocarla y sanar la hemorragia de sangre, es decir, el flujo de los placeres carnales" (Sermón 62, 7).

22."Los hombres en la Iglesia son con frecuencia perturbados por las alabanzas y honores de los hombres, y casi naufragan; por eso, Pedro tembló en el mar, aterrado por la fuerte violencia de la tempestad" (Sermón 75, 10).

22."Y creamos que la penitencia solo es provechosa cuando se acepta la Iglesia, en que se da la remisión de los pecados y se mantiene la sociedad del espíritu en el vínculo de la paz" (Sermón 71, 37).

22."Como hijos suyos habéis oído ya que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo y, si queréis, lo sois vosotros mismos" (Sermón 62, 5).

22."Cuando entras, cuando sales, cuando estás en tu casa, cuando te levantas, eres templo. Mira lo que haces; procura no ofender al que mora en él, no sea que te abandone y te conviertas en ruinas" (Sermón 82, 13).

22."Si alguien viene con corazón sincero a esta congregación, aunque tope con un clérigo malo, réprobo y falso, con tal que sea ministro católico, recibe la remisión de los pecados en el Espíritu Santo" (Sermón 71, 37).

22."¿Queréis construirla? Sed vosotros casa de Dios y quedó ya construida" (Sermón 107A).

22."Cuando oísteis, ¿quién encontrará a la mujer fuerte?, no penséis que habla de aquella Iglesia que está oculta, sino de aquella que fue encontrada por uno para que a nadie se ocultara. Por lo tanto, merece ser descrita, alabada, recomendada, amada como madre por todos nosotros, pues es esposa de un solo marido" (Sermón 37, 2).

22."Dios habita en su templo santo, esto es, en sus fieles, en su Iglesia; y por ser templos vivos, perdona los pecados mediante ellos" (Sermón 99,9).

22."Misericordiosamente quiso que en cierto modo su persona estuviera en los pequeñuelos que están fatigados en la tierra, viniendo desde el cielo en su socorro. Das, pues, a Cristo cuando das a un necesitado" (Sermón 113B, 4).

22."Porque esa madre que en todos los santos se manifiesta, es decir, la Iglesia, como entendió la profecía, da un consejo al hijo menor" (Sermón 4, 13).

22."¿Y qué es la Iglesia? El cuerpo de Cristo. Añádele a ella la cabeza y se convierte en un solo hombre. Cabeza y cuerpo unidos son un solo hombre. ¿Quién es la cabeza? Quien nació de la Virgen María; quien recibió carne mortal sin pecado, quien fue golpeado, flagelado, despreciado, crucificado, 'quien fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación' El es la cabeza de la Iglesia,

él es el pan de aquella tierra. ¿Quién es su cuerpo? Su esposa, es decir, la Iglesia" (Sermón 45, 5).

22."Los otros, sin embargo, uno aquí, otro allí, unidos en el corazón, avergonzándose de permanecer haciendo el mal, pensando en las amonestaciones de Dios, despreciando la esperanza del siglo y confiando en la esperanza celeste, cambian sus amores y costumbres; son ya aceite de santidad en la almazara, vasos de honor en la gran casa, oro en el horno y grano en el granero. Ahí está la hermosura de la casa de Dios" (Sermón 15, 9).

22."¿Qué se nos manda? Renunciar a las obras de la muerte. Esto se nos advirtió de forma figurada en Moisés, cuando el Señor le dijo: 'Descálzate, pues el sitio en que estás es tierra sagrada'. ¿Hay tierra más santa que la Iglesia de Dios? Puesto que estamos en ella, descalcémonos, renunciemos a las obras de la muerte" (Sermón 101, 7).

22."Entended por Iglesia, hermanos, no sólo aquellos que después de la venida de Cristo y su natividad comenzaron a ser santos; todos cuantos fueron santos pertenecen a la misma Iglesia. Porque a nosotros nos pertenece el padre Abrahán, aunque vivió antes de que Cristo naciera de la Virgen y nosotros fuimos hechos cristianos tanto tiempo después, a saber, después de la pasión de Cristo" (Sermón 4, 11).